BIBIANA REYES

# BAJO EL CONVENTO

BIBIANA REYES

# BAJO EL CONVENTO

BIBIANA REYES

# BAJO EL CONVENTO




ÍNDICE

*Para el hombre que*

*siempre ocupará mi corazón*

*Mi Padre*

B*ajo el Convento* es un intrigante relato, de emocionante y ágil lectura, que contiene dos hilos narrativos sincrónicos a pesar de estar separados por varias centurias entre sí, ambientados ambos en la ancestral geografía urbana de La Laguna. La riqueza descriptiva, revestida de los recursos propios del lenguaje y de la conversación de los protagonistas, hacen que la autora nos traslade de forma sabia e inteligente a esas dos historias paralelas que se abrazan, se nutren e intercalan, en un fascinante viaje a los diferentes rincones emblemáticos de esta bellísima ciudad, donde se intercalan la recia arquitectura de los conventos e iglesias de siglos pasados con sus encantadoras plazas, cafeterías y librerías de hoy en día. El resultado buscado, y créanme, absolutamente conseguido, es el de una historia repleta de misterio que se funde en una simbiosis perfecta entre la Aguere del siglo XVI —silenciosa, religiosa, envuelta en perpetuas nieblas— y la San Cristóbal de La Laguna del siglo XXI, auténtica joya patrimonial de las Islas y referente cultural de primer orden.

**Daniel García Pulido**

**(Investigador especializado en el estudio y**

**transcripción de fuentes documentales)**

# I



**La ciudad de La Laguna en la actualidad.**

A las tres de la madrugada, la niebla espesa se había apoderado de las calles, dejando al margen las torres y la cúpula de la iglesia. La escasa luz de las farolas ocultaba la presencia de una figura humana que parecía mimetizarse con el entorno. Se detuvo frente al antiguo edificio de la familia Perdomo y alzó la mirada hacia la segunda planta, por donde se filtraba una tenue luz a través de la cortina. El sujeto arqueó la espalda y apoyó el peso de la mochila contra el muro. Su ropa oscura lo hacía casi invisible, solo se apreciaba el fulgor que producía el cigarrillo al consumirse. De pronto, un pensamiento fugaz lo inquietó. Comenzó a imaginarse lo que podía estar ocurriendo en esa habitación. Su pulso aumentaba a medida que recreaba la escena. Consumió el tabaco hasta hacerlo desaparecer con la última calada. Luego retiró la colilla de sus labios y la apretó contra la pared antes de metérsela en el bolsillo de la sudadera. Sustituyó sus guantes térmicos por unos quirúrgicos y cruzó la calle para situarse frente al portal. Abrió la puerta sin esfuerzo, como si fuera un miembro más de la comunidad de vecinos. Contuvo el aliento para dominar sus nervios y afianzó la mano izquierda sobre la barandilla de madera para sentir la suavidad a través del látex. Comenzó su recorrido ascendente al compás del hueco sonido de sus pasos. Se detuvo en el primer rellano

para sacar un arma de la mochila y esconderla bajo el pantalón, cerca de su vientre. Aseguró bien el cinto para no perderla y continuó su trayecto hasta llegar a la vivienda. Analizó la cerradura y se arrodilló ante la puerta mientras sacaba la ganzúa del bolsillo. Se dio cuenta de que la llave ni siquiera estaba pasada. Todo fue rápido. Cruzó el salón guiado por la luz que se proyectaba bajo la puerta de la habitación y por el sonido de unas voces. Sus movimientos eran ágiles y precisos. Se descolgó la mochila de la espalda, sacó el hacha y la dejó junto al marco de la puerta. Permaneció atento y expectante unos instantes tras la hoja de madera, escuchando la conversación que sucedía en el dormitorio. Oyó, susurros, risas, suspiros y jadeos. Intentó reprimir su carácter irascible, pero cuando la voz femenina comenzó a emitir gemidos de placer, se alteró. Su corazón desbocado le golpeaba el pecho con fuerza. Sintió una erección involuntaria y abrió la puerta de golpe. La pareja se vio sorprendida sin saber cómo reaccionar.

—Levántate, asqueroso. Aléjate de ella o descargo la pistola en tu jodida cara —dijo con la voz ronca de la excitación.

El amante se levantó y fijó la mirada en el arma que lo estaba apuntando, luego se fue distanciando lentamente de la cama. Podía leer en la cara del agresor una amenaza real.

—¡Me das asco! —dijo de nuevo.

Y esas fueron las últimas palabras que pronunció antes de apretar el gatillo.

Victoria, la inspectora recién llegada de Barcelona, saltó del colchón y se quedó sentada sobre la cama como una muñeca de porcelana, pálida e inexpresiva, igual que si hubiera visto a un fantasma. Sintió que había tenido la peor de sus pesadillas desde hacía semanas. Esta vez era más real e intensa que nunca. Su piel estaba bañada en sudor y la blusa se había adherido a su cuerpo. Su garganta reseca la estrangulaba y el corazón estaba a punto de estallarle. Miró el reloj de la mesilla de noche y descubrió que eran las tres y cuarto de la madrugada. Se había esforzado por dormir, los ansiolíticos no le estaban haciendo el efecto deseado. Su estado de inconsciencia, cada vez que intentaba conciliar el sueño, la dominaba. Sin embargo, en estado de vigilia, Victoria retomaba el control de su vida. Encendió la luz de la lamparita y permaneció varios minutos sobre las sábanas revueltas. Quería comprobar que todo estaba en calma y que se sentía a salvo, en su casa, lejos de Barcelona, lejos de sus temores. Sabía que

la situación era delicada, pero irreal. Solo padecía de delirios nocturnos, y estaba convencida de que su estancia en Tenerife le haría bien. Luego se levantó y se dirigió hacia la cocina para prepararse una infusión. Escuchó crujir la madera bajo sus pies. La vieja casa de su abuelo cada día le parecía más siniestra. Apenas se reflejaba la claridad que entraba por las ventanas. La oscuridad de los muebles y del entorno en general, le parecía más tétrica ahora que cuando era niña.

Victoria sacó el teléfono móvil que tenía en el bolso y llamó a su terapeuta. No era la mejor hora, pero sabía que tenía carta blanca para hacerlo.

—¿Victoria, has tenido otra pesadilla?

—¡Siento mucho llamarte a estas horas, Laura!

—Tranquilízate. Podemos hablar hasta que te calmes.

—Gracias. Se ha repetido el sueño, pero esta vez ha sido demasiado intenso.

—Cuéntame —dijo su amiga con voz sosegada.

—Me sentí atrapada de nuevo. Encerrada dentro del altillo del armario. Podía verlo a través de la ranura de las puertas. Estaba preparando las maletas para marcharse. Había colocado la ropa de forma meticulosa sobre la cama, y por ello me sentí aliviada durante un breve instante. Tenía la esperanza de que se marchara. Fue el único momento donde vi la posibilidad de escapar. Pero algo lo detuvo. Se dio media vuelta, sosteniendo el cuchillo entre los dientes, y fijó la mirada sobre el armario donde estaba escondida. No sé qué le alertó. Juraría no haber hecho ruido.

—¡Cálmate, solo fue un sueño!

—Sí, pero parecía real…

—Se asemeja a tu última pesadilla. Pero sabes que no fue así como ocurrió. Pudiste escapar, ¿lo recuerdas? —dijo Laura, intentando restarle intensidad a la recreación mental que acababa de vivir.

—Esta vez fue una sensación diferente. Horrible. Creía que iba a morir. Solo sentí estar a salvo cuando desperté. Parecía tan auténtico que pensé que, esta vez, me rajaría de arriba abajo. No puedo describírtelo.

Laura era una de sus amigas de Barcelona, y fue ella la que insistió en tratarla. La conocía lo suficiente como para darle las pautas que mejor se ajustaban a su situación, y así marcarle un tratamiento eficaz. Su voz la serenaba, logrando incluso desmoronar los pensamientos catastrofistas de Victoria, enfocando la situación desde otro ángulo. Juntas intentaban romper la barrera de la ficción que frenaba las capacidades de la detective, y así lograr interpretar los sueños como realmente eran: miedos infundados que debía exteriorizar.

Todo era tan reciente que no podía hacer otra cosa que acompañarla en sus noches de insomnio.

## II



El manto de la noche se estaba levantando y sumergiendo a la ciudad lagunera en el abrigo de sus calles. Recónditos lugares iluminados por la tenue luz de las farolas, donde el sereno y la neblina habían barnizado las superficies. Los tejados parecían almibarados por la condensación de agua, y los intrusos verodes colonizaban cualquier

grieta con sus raíces. La humedad hacía relucir el pavimento rugoso del empedrado, lamía la carrocería de los vehículos, y con el transcurso del tiempo, había deteriorado la mampostería de algunas de las viviendas más antiguas, que habían quedado en el olvido. Todo ese baile de penumbras en el casco histórico de la ciudad se disipó durante unos instantes. Un intenso haz de luz de color azul recorrió la vía principal y alteró el ambiente que la oscuridad había llegado a formar.

La entrada de ese antiguo edificio, situado en la calle Rodríguez Moure, hoy era portada de prensa y el interés de las lenguas vecinales. Los murmullos, cuchicheos y especulaciones se intensificaban a medida que los viandantes se acercaban al lugar. Varios agentes acordonaron el perímetro con la intención de cortar el tránsito y el acceso a la vía. Intentaban mantener la calma de los espectadores y alejar a los curiosos reporteros de la zona. No era la primera vez que alguno se colaba argumentando alguna sandez de carácter legal. Sin embargo, la pericia policial, esta vez, detuvo las intenciones de muchos, pero no pudo evitar que los vecinos de las casas colindantes gozaran del espectáculo en butacas de primera fila. Los ciudadanos ya intuían que algo trágico había sucedido durante la noche, algo que iba a cambiar el ritmo cotidiano de sus vidas. “Un hecho escalofriante que no te deja indiferente”, esas fueron las palabras de aquel agente que acababa de salir de la vivienda, y que había estado presente en el lugar del crimen.

Las ambulancias no dejaban de sucederse, bañando las fachadas con la intensa luz cegadora y encandilando a los agentes y a doña Matilde, la vecina de enfrente, que se mantenía rígida en el balcón, sujetando con firmeza la barandilla. Cuando una de las camillas entró por el portal, su corazón dio un vuelco. Creía que estaba soñando. Había vivido más de 70 años contemplando esas ventanas de guillotina y casi sintiéndose parte de la familia. La anciana se estremeció al pensar en su buen vecino Agustín Perdomo, un hombre recto, amable y muy respetado en la zona. Temía que le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Todo había comenzado de madrugada con una extraña llamada al 112. Un tipo con una voz perturbadora le había recitado varios textos en latín a la operadora de la línea de urgencias. El sujeto en cuestión no se identificó ni alertó a la telefonista de ninguna situación de emergencia. Sin embargo, facilitó la llegada de los sanitarios, gracias a que había dejado la línea telefónica abierta.

Cuando el capitán Andrés Mendoza subió por las estrechas escaleras de madera hasta la segunda planta, los auxiliares técnicos ya estaban allí analizando el escenario del crimen: el fotógrafo, los peritos, el forense, el planista y dos de los detectives de su departamento. Lo primero que hizo nada más cruzar el umbral de la puerta, fue quitarse la chaqueta; sabía lo que iba a encontrar a continuación. Había entrado acalorado y con el estómago en un puño.

El escenario era dantesco: sangre, indicios de violencia y caos. No era un panorama que Mendoza estuviera acostumbrado a presenciar, pero sí se asemejaba bastante a un caso ocurrido cinco años atrás. El mismo patrón, el mismo modus operandi y el mismo número de víctimas.

Entró a la habitación anticipando sus pensamientos a la realidad, temiendo que el resultado final de la investigación fuera exactamente el mismo que el anterior: un fracaso absoluto.

La zona delimitada con las cintas ocupaba una amplia área del dormitorio principal, aunque el resto de la casa también estaba siendo objeto de estudio. Las pistas podrían aparecer en los lugares más inverosímiles.

—Buenos días capitán. En las perchas de ahí tiene el equipamiento —dijo Pedro Álvarez, elevando la voz mientras señalaba hacia el pequeño perchero de forja que estaba sujeto a la pared del fondo.

Álvarez era el criminólogo forense del departamento policial de Madrid, se había jubilado hacía dos escasos años y había regresado de nuevo a su tierra natal. Colaboraba con el departamento lagunero de forma excepcional. Era serio, recto y en pocas ocasiones se había dejado intimidar por sus superiores. Sus afirmaciones eran palabra de Dios. En sus 45 años de carrera, jamás había tenido que rectificar ninguno de sus informes, y eso era porque estaba considerado el mejor criminólogo de la capital, por no decir el mejor de todo el estado. Los casos escabrosos le fascinaban, pero este en particular le venía repetido. Le había llegado la información de un asesinato similar cuando él aún estaba ejerciendo en la Península.

Mendoza giró la cabeza y contempló el mono blanco, los guantes, la mascarilla y los cubrezapatos. El material necesario para no contaminar la escena del crimen.

—En realidad no vengo a interferir en su tarea, Álvarez, estoy

aquí con la orden del fiscal para el levantamiento del cadáver —dijo intentando tragar el nudo que le atenazaba la garganta.

—Déjesela a Marcos, él está rellenando el registro de Cadena de Custodio en el salón.

El capitán cerró los ojos intentando recordar aquel horrible crimen ocurrido en el 2016. Parecía volver a vivirlo: la ventana y la cortina del dormitorio cerradas, salpicaduras de sangre en las paredes y un charco espeso de color granate en la alfombra. A menos de un metro de la víctima relucían dos casquillos de bala, una pista demasiado obvia que podía haber evitado el agresor. Un detalle muy revelador también era la cabeza del difunto. Estaba separada de su cuerpo. Había rodado medio metro hasta detenerse junto a la pata de la mesilla de noche. El piso de la habitación tenía un ligero desnivel hacia la zona sur de la vivienda. Había una segunda víctima, esta aún respiraba, pero no por seguir respirando había corrido mejor suerte. Alguien se había ensañado con ella de forma encarnizada. No estaba reaccionando muy bien a las peticiones de los sanitarios. Parecía desorientada y aturdida. “Igual hubiera deseado estar muerta”, dijo el capitán en voz baja.

Álvarez se inclinó junto al cadáver y tomó muestras de piel en el orificio de salida y de entrada de ambos proyectiles. Y todo sin cambiar al sujeto de posición. Había dos agujeros de bala en la zona del omoplato izquierdo. Dejó las muestras de tejido dentro de dos minúsculas bolsitas trasparentes y giró la cabeza para continuar la conversación.

—Usted y yo sabemos lo familiar que nos resulta esta situación. Creo que es una segunda oportunidad para resolver el primer caso y detener estos crímenes.

—Sí, sabemos lo que ha sucedido, pero no sabemos ni quién, ni por qué —añadió el capitán mientras se secaba las gotitas de sudor de la frente con un pañuelo.

Resultaba ser que, a pesar del dantesco escenario y por segunda vez consecutiva, no había ningún testigo ocular de lo sucedido. Los detectives recorrieron las calles en busca de algún sujeto que pudiese aportar testimonios fiables. Pero fue inútil. La hora del suceso, los casquillos de bala y el testimonio de la telefonista que había atendido la llamada era lo único que tenían.

—Esta mujer está perdiendo mucha sangre —gritó el auxiliar que

la estaba atendiendo—. No quiero que pierda también el conocimiento.

Comprobó sus constantes vitales y valoró la gravedad de la situación, y antes de envolverla en la manta térmica, la levantó en brazos y la sacó del edificio escaleras abajo. Allí, los equipos de emergencia se ocuparían de ella. La camilla era demasiado larga para adaptarla a la estrechez que presentaba el hueco de la escalera, y no se podía esperar a que llegasen los equipos adecuados para sacarla del edificio.

—¿Estará bien? —preguntó Mendoza con un hilo de voz.

—No se preocupe capitán, ha perdido sangre, pero las heridas no son tan profundas como parecía en un principio. No hay arterias afectadas, así que es fácil pensar que saldrá de esta —dijo el forense con una ligera curvatura en los labios.

## III



Me dirigía hacia la jefatura de policía cuando vi a Mendoza atravesar la calle Nava y Grimón sin ser consciente de lo que estaba haciendo. Parecía que su coche se dirigía de forma automática hacia los aparcamientos que tenía reservados frente a la comisaría. Estacionó su clásico Ford Escort con una ligera sacudida. Las ruedas

traseras habían tocado el bordillo de la acera, acto que hizo que el capitán regresase de nuevo al presente. Le auguraba una mañana llena de dolores de cabeza. La situación de la noche anterior ya era lo suficientemente desbordante como para tener también que lidiar con la prensa.

Entró en el departamento ignorando el alboroto que se había formado. Andrés Mendoza me buscó con la mirada antes de cerrar la puerta de su oficina, dejando fuera todo el ajetreo y el incesante timbre de los teléfonos. Era una situación que nos había cogido por sorpresa. La plantilla de la que disponía el municipio no era suficiente para atender un caso de tanta envergadura como este. Y este en particular, se merecía un buen equipo de investigadores. Así que no era difícil adivinar las intenciones de mi jefe. En breve acudiría a mí para intercambiar sus impresiones. Y así fue, no habían pasado ni diez minutos de su llegada, cuando escuché tres golpes huecos en la parte lateral de mi cubículo. En ese momento estaba atendiendo a una llamada, pero tapé el auricular con la mano y lo miré.

—Le quiero ya en mi oficina. Debemos tratar un asunto que no permite demoras —dijo con voz firme.

—Enseguida estoy ahí —le anuncié mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

Finalicé la conversación, recogí los informes que había redactado anoche, y me dispuse a salir del exasperante lugar ocupado por el caos y el descontrol.

Entrar en el despacho del capitán era como dar un paseo por la selva. No sé si en otra vida se había dedicado a la botánica, pero en esta, parecía como si quisiera vivir en su propio espacio natural. El clima era apacible, buena iluminación, armarios bien organizados y la funcionalidad de su mesa estaba acorde con su estricto perfeccionismo. Cuando estuve a la altura de su mirada, descansando en la silla que tenía justo enfrente, pude apreciar una imagen bien distinta a la que nos tenía acostumbrados. Percibí preocupación y nerviosismo, dos condiciones que encendieron la voz de alarma. Mendoza, por lo general, solía ser un personaje despreocupado, con una mirada a veces grotesca y a veces amable, dependiendo de la urgencia con la que pedía el papeleo, pero como norma general, estaba sobrado de todo: de tiempo, de talento y sobre todo, sobrado de eficacia. Tenía una predisposición natural para resolver los casos sin

dificultad. Como si todo el material que le llegaba fueran las piezas de un engranaje que encajaba a la perfección. Pero en esta ocasión, su cara era como un libro abierto, un libro de terror.

—Marcos, ¿le apetece tomar un café? —dijo señalando el pequeño vaso de plástico que tenía junto al portátil.

—No gracias, ya me he tomado uno nada más levantarme.

—Le aseguro que este lo va a necesitar. No he podido tocarlo, tengo el estómago descompuesto desde anoche —dijo arrugando la cara a modo de desprecio hacia la bebida.

—Bueno, hay situaciones que sobrepasan los límites del ser humano. Y más aún, si no estamos acostumbrados a ellas. Un caso aislado como el de anoche, no da tiempo a crear una rutina que nuestro estómago soporte. Nos cuesta familiarizarnos con tanta sangre. El único que ha disfrutado de todo esto es Álvarez —añadí.

—Sí, el ser humano se acostumbra rápido a la comodidad de los casos sencillos y cotidianos, pero no es cierto que el asesinato de anoche sea un caso aislado —dijo negando con la cabeza—. ¿Cuántos años lleva como detective en este departamento, Marcos?

—Tres años —dije mientras me acomodaba en el asiento.

—Pero estará al corriente de lo que sucedió en el 2016.

—Algo he podido intuir. Hay rumores de prensa, pero nada sólido. Puras especulaciones.

—¿Y si le digo que las especulaciones son ciertas y que este crimen está repetido?

—Eso significaría… que hay un asesino en serie en la isla —afirmé.

—En la isla no lo sé, pero en La Laguna le aseguro que sí —dijo exhalando. Un asesinato perpetrado hace cinco años que acabó con la vida de José Marrero, vecino de este municipio. Ambos crímenes idénticos: hombre blanco con dos disparos a la altura del corazón y la cabeza separada del cuerpo. Su pareja sentimental estaba drogada y en la misma postura que la mujer que encontramos anoche. Desnuda, arrodillada delante del cadáver y con la espalda ensangrentada. La única diferencia esta vez, es que una de las víctimas sigue con vida.

—¡Es tremendo! —dije sin más.

—La llamada a la telefonista de urgencias hace cinco años no se produjo, y la joven, al parecer, se desangró. Pasó más de una semana antes de que se encontrasen los cuerpos —dijo forzando las palabras —. Usted imagínese el panorama que encontramos cuando abrimos la puerta de la vivienda. Dos cadáveres desnudos en pleno proceso de descomposición. Los vecinos fueron los que alertaron a la policía.

—¿Eso significa que hay un testigo ocular? La mujer que sobrevivió. Es un buen comienzo.

—No es un buen comienzo. En realidad, eso significa que estamos metidos en un buen lío si estos detalles se filtran a la prensa. Será cuestión de tiempo que la bomba de relojería estalle. Los medios informativos están como locos por obtener información, y no les temblará el pulso si comienzan una noticia con puras especulaciones. Si esto ocurre, el alcalde pondrá el grito en el cielo —dijo Mendoza mordisqueando el bolígrafo que tenía en la mano.

—Lo comprendo. Y la responsabilidad recaerá sobre usted si la prensa anuncia que hay un demente suelto.

—Exacto, Marcos. No hay que ser muy intuitivo para llegar a esa conclusión. Estoy metido en un buen lío.

—Esta vez podría ser diferente. Si contamos con todas las pruebas forenses y fotográficas del caso anterior… estaríamos hablando de una segunda oportunidad para resolver el crimen. Y lo mejor de todo es tener a la telefonista y a una de las víctimas como testigos.

—La mujer se llama Elena López. La hemos identificado esta mañana. Está ingresada en el Hospital Universitario de La Laguna, y por el momento, requiere de asistencia psiquiátrica. Dudo mucho que podamos incluirla como una pieza valiosa para el caso: no solo porque estaba drogada en el momento del suceso, sino por la delicadeza con la que se debe tratar su estado emocional.

—Entonces, los psiquiatras serán el punto de unión entre el departamento y la víctima. Ellos sabrán manejar la situación con sutileza —dije pensativo.

—Pero el tiempo está en nuestra contra. Necesita recuperarse. De todas formas, no le he hecho venir simplemente para compartir esta información.

—¿Entonces cómo quiere que colabore, capitán? —pregunté mientras me reclinaba hacia atrás.

—Localizando a Victoria Reyes. Una de las mejores detectives de la isla. Y no es por despreciar el talento de los agentes, pero es que la experiencia que arrastra esa profesional no es comparable a la de ninguna otra que conozca. Debemos incluirla de forma extraoficial en la plantilla. Colaborará contigo —puntualizó.

—¿Cómo dice?

—Sí, que tendrás una compañera de equipo. Lo único que me ha estado quitando el sueño durante estos cinco años, es haber archivado un caso sin estar resuelto. El asesino se nos escapó de las manos una vez y no estoy dispuesto a repetirlo. Si seguimos los mismos pasos, obtendremos los mismos resultados, por lo tanto, tendremos que cambiar de estrategia.

—Sí, parece lógico. Lo que no sé es cómo se lo tomarán mis compañeros —añadí.

—Eso déjemelo a mí, Marcos —dijo con un timbre de voz más calmado.

—Si esa mujer es la mejor, habrá que aprovechar sus capacidades detectivescas.

—No solo es la mejor en su campo. Hay un amplio currículum que la precede. Ha estado al frente de casos de asesinato, homicidio, corrupción, etc. Ha trabajado más de 15 años en Barcelona. Su experiencia no es comparable a la nuestra. Y para culminar sus dotes magistrales, ha estado al frente del caso *Sicario*, ese que tanta guerra dio a la comunidad catalana. ¿Sabe lo mejor de todo?

—No, capitán.

—Que ha regresado a Tenerife. Ahora está viviendo en La Orotava. Pidió una excedencia hace unos meses. ¿No es genial? Parece una acción del destino.

# IV



Se sentó sobre la cama y apoyó el pie contra la vestidora para subirse las pantis con delicadeza. Una trayectoria ascendente que la seda fue cubriendo poco a poco hasta llegar a la cicatriz de la ingle. El deseo de que esa marca se borrase era tan imperante como su propia existencia. Sentía dolor con solo mirarla. Se dirigió hacia el armario y

removió entre la ropa que colgaba de las perchas hasta detenerse ante una falda entubada de color negro. Le quedaba holgada. Había perdido cinco kilos en tan solo unos meses. Para compensar el exceso de tela y la falta de volumen, se ajustó el cinturón con dos agujeros menos, luego se abotonó la camisa blanca de manga baja y de cuello amplio que le había regalado su madre en uno de sus viajes a Miami. Sonrió al verse elegante y poderosa durante unos segundos, luego tomó el delineador de ojos y trazó una línea perfecta en el párpado inferior mientras hacía una mueca con la boca ante el espejo.

En el fondo se había dado cuenta de que todo era una fachada. Por más que se engalanase y le diese la sensación de haber recuperado su aspecto de mujer guerrera, el suceso de su último caso le había arrebatado lo que más apreciaba de ella misma: su fortaleza y su carácter. Una situación que había minado su autoestima. Se había dado cuenta de que en el fondo era una mujer vulnerable, como el resto. Ahora deseaba tomarse unos años de descanso en Tenerife y dejar atrás esos recuerdos que la atormentaban cada noche.

Se estaba recogiendo el cabello cuando el timbre del teléfono la sobresaltó. No esperaba escuchar ese viejo sonido de nuevo. Miró el aparato con extrañeza. Poca gente sabía que había regresado a la isla, y sus familiares y amigos solían mantener contacto con ella a través del móvil. Dudó un instante antes de descolgar el auricular. Intuía que el sonido seguiría persistiendo durante largo tiempo. No estaba activado el contestador de voz en el teléfono fijo.

—¿Sí?

—¿Victoria Reyes?

—Sí, soy yo —respondió desconfiada.

—Disculpe que la moleste señorita Vicky, mi nombre es Andrés Mendoza. Soy un policía del municipio lagunero. Para ser exacto, soy el jefe del departamento.

El silencio marcó una pequeña pausa. La detective estaba esperando más información de su interlocutor. Seguía sin confiar en esa llamada.

—Debo pedirle un favor —dijo Mendoza suavizando la voz.

—No comprendo en qué podría ayudarlo.

—Necesito su colaboración en un caso.

—En estos momentos, mis intereses no están puestos en el área laboral. Digamos que me estoy tomando unas largas y merecidas vacaciones. ¿Cómo me ha localizado?

—Un familiar suyo es conocido en la jefatura. Nos encontramos en una situación bastante compleja. No tenemos personal lo suficiente cualificado para resolver este crimen. Este asunto nos ha desbordado a todos. No la llamaría si de verdad no necesitase de su experiencia.

—¿Ese familiar no le ha comunicado también que he cogido una excedencia?

—Sí, precisamente por ese motivo la llamo, porque sé que tiene tiempo libre. Su número fijo estaba anotado en mi antigua agenda, temía que ya no estuviese activo.

—El tiempo es muy relativo señor Mendoza, porque aunque me sobre tiempo, me falta voluntad. En estos momentos no estoy ejerciendo mis funciones por motivos de salud. No puedo implicarme en un caso, y menos ahora. Lo siento.

—¿Y si le prometo que moverá los hilos desde lejos? Sin implicarse. Aportando simplemente datos teóricos y dictando las directrices para que nuestros hombres puedan guiarse. Es un asunto muy importante para mí, señorita Reyes. Mi reputación está en juego.

—Es que no sé si podré hacerlo.

—No conozco a nadie mejor que usted —añadió Mendoza a modo de cumplido.

De nuevo el silencio ocupó la línea, y aunque ella no pudiese verlo, el jefe de policía tenía los dedos cruzados y los ojos cerrados, intentando concentrarse en esa respuesta definitiva que le salvaría el culo.

—Está bien, pasaré a recoger las pruebas en cuanto termine de vestirme. Pero no se haga demasiadas ilusiones. No debería poner tantas expectativas en mí.

—Estará acompañada en todo momento por uno de mis mejores agentes, y le prometo que, suceda lo que suceda, le estaré eternamente agradecido.

La detective colgó el teléfono sin que el capitán tuviese tiempo de despedirse, dejando sus halagadoras palabras entre los labios.

Eran las cuatro de la tarde cuando un elegante taconeo desvió la mirada de los tres policías que aún permanecían en la oficina. El sonido de sus firmes andares y la fragancia del perfume penetrante, marcaron un descarado silencio. Uno de ellos, el más avispado, se levantó rápidamente de su asiento para acercarse al mostrador de la entrada. Estaban terminando el papeleo de la mañana, pero no le importó dejarlo a medias para atender a esa bella aparición.

—Buenas tardes agente —dijo Victoria con una sonrisa deslumbrante. Sus dientes perlados contrastaban con el rojo intenso de sus labios.

—Buenas tardes señorita. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy citada con el jefe del departamento. El señor Mendoza.

El joven policía solo tenía que dar media vuelta y tocar la puerta que tenía justo detrás, pero en vez de eso, decidió tomar el teléfono y transmitirle el mensaje, eso le daría tiempo para seguir recreándose en ella.

—Sí capitán, enseguida se lo comunico.

—¿Qué ha dicho?

—Que puede usted pasar a su despacho.

—Muchas gracias.

—Enrique, me llamo Enrique.

—Muchas gracias agente —añadió ella con un trato impersonal antes de seguir su trayectoria.

Dos golpes firmes en la madera de la puerta recibieron una respuesta automática por parte de Mendoza.

—Por favor, ¡pase detective! —dijo alzando la voz lo suficiente como para que todos los agentes pudieran oírle.

La puerta se abrió y al otro lado estaba esperándola un hombre robusto, de cara redondeada y mirada afable. Emitía una pequeña sonrisa que le afinaba los labios. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de agradarla.

—Buenas tardes, señorita Reyes. Tome asiento, por favor —dijo mientras señalaba la silla que tenía justo enfrente.

—Buenas tardes, capitán. No quisiera entretenerme demasiado. Si me siento, igual no me levanto más. Estos zapatos me están matando —añadió con una agradable sonrisa que le marcó unos pequeños hoyuelos en la cara.

—No la entretendré, se lo prometo. Pero antes debo saber si necesita un despacho para usted sola o prefiere trabajar por su cuenta en otro lugar.

—¿Podría tener las dos opciones? —expresó profundizando la mirada.

—Por supuesto que sí.

—¡Magnífico! —exclamó.

Y mientras Andrés Mendoza relataba el suceso de la noche anterior con todo lujo de detalles, Victoria iba tomando notas en su pequeño cuaderno.

—Por supuesto que todo esto se complementará con los informes de los técnicos. En breve le entregaré copia de todo. Es de lo que dispongo hasta el momento. Nos queda pendiente el informe forense; si quiere, puede acercarse usted misma a buscarlo. Está en el Instituto de Toxicología y Ciencias Forenses. En la zona universitaria. La acompañará Marcos Yánez, otro agente que se implicará en el caso.

—Sí, de acuerdo. Prefiero hablar con el forense en persona.

—Entonces llamaré a Marcos para que la lleve.

—Tengo mi propio vehículo.

—Sí, lo supongo, pero es mejor que la acompañe él, no es necesario que vayan por separado. Sobre todo para que la ponga al día, y también, para evitar que se desoriente por la zona. No es sencillo llegar.

# V



No sabía bien cuál era el aspecto de la detective, pero supuse que la mujer que estaba delante de la comisaría levantando enérgicamente la mano era ella. Mendoza le había dejado el modelo y la matrícula de mi vehículo, y seguramente también le habría detallado mis rasgos y mi personalidad. Ya empezaba el encuentro jugando con desventaja.

A la distancia a la que aparqué el Evoque se apreciaba con claridad la dulzura de sus rasgos. Llevaba el cabello recogido y un

vestuario demasiado elegante para meterse en faena. Eso sí, muy femenino: bolso, tacones y una estrecha falda que le cubría poco más que las rodillas.

Me entretuve ordenando la copia de los informes que llevaba en la carpeta, cuando escuché unos golpeteos en la ventanilla. Bajé el cristal, y por fin mantuvimos contacto visual.

—Buenas tardes, ¿es usted el detective Marcos Llanes?—se adelantó a decir.

—Buenas tardes, sí, soy yo —dije con una sonrisa—. Y usted es Victoria, ¿verdad?

—Sí.

—Debería subir al coche, ha salido de casa muy ligera de ropa. Aunque le parezca una tarde apacible, cambiará de opinión en cuestión de horas. Suerte que hoy no ha soplado el viento. Esa agradable brisa lagunera tiene la mala costumbre de colarse por las mangas y los cuellos de las chaquetas.

—Tiene toda la razón. Debo ir en busca de abrigo, me he dejado un suéter en el asiento del coche. Espere un momento. Ahora mismo regreso.

—¿Ahora mismo? ¿Dónde ha aparcado? —pregunté arqueando una ceja.

—Al final de la calle Anchieta.

—Demasiado lejos. Es preferible que le preste una de las chaquetas que guardo en el maletero.

—De acuerdo —dijo sin más, esbozando una sonrisa.

Victoria subió al vehículo, y con ella, todo el perfume que la acompañaba. Se acomodó y se abrochó el cinturón.

—En esta carpeta tengo algunos de los informes que necesitará para comenzar la investigación. Seguramente en unos días nos facilitarán el resto de las pruebas recogidas en el lugar del crimen.

—Perfecto —añadió.

El Instituto Toxicológico presentaba un aspecto insulso. Las paredes eran blancas y luminosas debido a los enormes ventanales, y contrastaban con el color gris encerado de los suelos. Caminamos por el pasillo hasta la sala forense improvisada donde habíamos quedado con Pedro Álvarez. Él fue uno de los diez médicos forenses que residía en Madrid, sin embargo había nacido en Santa Cruz y había decidido pasar la jubilación en su tierra. La puerta estaba entreabierta, pero antes de llegar a la estancia, Álvarez escuchó el taconeo de Victoria y salió a recibirnos.

—Buenas tardes, detectives.

—Buenas tardes, doctor —dije.

—No los esperaba tan pronto. Pero adelante, pueden pasar —añadió.

La sala no era muy distinta de lo que me había imaginado. El frío metálico del entorno se repetía en todo el mobiliario. Lo que más me sorprendió fue el meticuloso orden con el que había confeccionado su lugar de trabajo: el instrumental sobre las mesas, los archivadores sobre las repisas y la alineación de las camillas; una de ellas albergaba un huésped. Se trataba del cadáver que habían traído la noche anterior. Un desafortunado final para ese pobre hombre, pensé.

—Sé lo que puede parecerle todo esto, detective —se adelantó a decir el forense, al observar mi cara de estupor—. Pero antes de sacar conclusiones precipitadas, será mejor que se aproxime.

Álvarez retiró las sábanas y dejó al descubierto una escena bastante desagradable.

La imagen de un hombre pálido y despojado de su miembro pensante era inquietante. Los ojos permanecían cerrados, negando la realidad. Su tez era tersa, pero no era tan joven como aparentaba ser. Bajo los párpados se marcaban unas débiles líneas de expresión. Presentaba un golpe en el lado derecho de la frente y sus finos labios mostraban una boca ligeramente abierta. Los detalles del suceso parecían normales, hasta que mi mirada se centró en su cuello. La vértebra que sobresalía de la carne estaba machacada. Sentí una punzada en el estómago y un sudor frío me recorrió de arriba abajo.

—Tenemos aquí a un hombre caucásico de 37 años, que ha sufrido dos impactos de bala en el pecho. Desde aquí podemos apreciar el orificio de salida de uno de los proyectiles y el de entrada del otro. En la parte frontal del cráneo presenta un traumatismo

perimortem, seguramente provocado por el impacto contra el suelo tras el primer disparo.

El forense mostraba un brillo de emoción en sus ojos a medida que narraba la descripción de las lesiones. Como si la desgracia del cadáver le diese vida.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó Victoria.

—Sí. Ya lo han identificado. Se trata de Francisco Perdomo, el sobrino de Agustín Perdomo, un abogado de considerable reputación en La Laguna —dijo mirándola fijamente—. Su cartera y su documentación estaban sobre la mesilla de noche.

—No cabe duda de que algunos no le tenían demasiado aprecio —añadió la detective negando ligeramente con la cabeza.

—Sí. A veces ejercer la abogacía crea sus propios enemigos. Sin embargo, no hay ningún vínculo entre este hombre y el homicidio del 2016. Su círculo de familiares y amigos no son vinculantes. Tampoco hay relación alguna en el ámbito laboral.

—¿Eso significa que aunque el asesino siga el mismo patrón, no hay un punto en común que relacione a las víctimas? —preguntó Victoria frunciendo el ceño.

—Hasta el momento, no —se adelantó a decir el forense—. De todas formas, todo es muy reciente. Hay algunas muestras químicas y biológicas que ya he mandado a analizar al laboratorio; muestras de sangre, resto de tejido bajo las uñas, muestra epitelial de la boca, posibles restos de semen, astillas de huesos, piezas dentales, músculo, vísceras, saliva, pelos, etc. Lo que sí puedo asegurar es que este hombre perdió su cabeza posmortem. De lo contrario, habría sido una muerte bastante sufrida, porque el hacha que utilizaron para diseccionar ese miembro no estaba muy bien afilada. Y estando vivo, la sangre hubiera salido a borbotones. La arteria ya no bombeaba ningún fluido cuando se desplomó.

—Es bueno saber que no sufrió cuando lo decapitaron —añadí poniéndome la mano en el estómago. Era el único comentario esperanzador de toda la conversación.

—Los restos de sangre hallados sobre la alfombra son insuficientes para creer que falleció por esa causa —terminó de decir Álvarez.

—Si el corazón había dejado de latir tras los disparos de bala, ¿para qué cortarle la cabeza? —dije contrariado, intentando analizar los hechos.

—Eso es lo que intentaremos averiguar, porque en el caso del 2016, la víctima sufrió la misma suerte. Y suerte es morir casi al instante. Por lo tanto, hay algunas lagunas en la investigación.

—A lo mejor el asesino quería dejar su sello personal —dije, barajando posibilidades de forma aleatoria.

—Lo que está claro es que ensañamiento no hubo, si fuera odio hacia la víctima, la muerte no hubiera sido inmediata —dijo Victoria analizando la conducta del agresor—. Y puedo decir más: el odio era hacia la mujer, así que la frustración y el sufrimiento los reservó solo para ella, martirizándola, pero no dejándola morir. La hizo sufrir por duplicado, no solo infligiéndole dolor físico con los latigazos, sino dolor emocional, sacrificando a su amante. Porque remató el crimen seccionándole la cabeza a Francisco. Pero no de un solo tajo, sino de forma atroz. Como un leñador al que se le resiste el tronco de un árbol. Ella se quedará con esa imagen de por vida. Así que… es posible que lo que pretendiera el agresor fuera darle una lección a esa mujer.

—Muy buena observación —dijo Álvarez acariciándose la barbilla.

—Entonces, si la venganza va dirigida hacia la mujer... lo que deberíamos preguntarnos es: ¿qué relación mantenían ambas, la víctima de anoche y la del 2016? —concluí.

—Es una buena forma de comenzar la investigación —expresó la detective satisfecha de sus deducciones—. Es la única alternativa que se me ocurre para cambiar la forma de proceder del crimen anterior.

—Estoy viendo que esta señorita va a dar un giro prometedor a este asunto. Si el caso anterior tuvieron que cerrarlo sin mucho éxito… por lo menos esta vez estaría bien cambiar de táctica. Ojalá tengamos mejor suerte. Solo es cuestión de comparar las pistas y dejarnos llevar por la psicología forense de Victoria —dijo Álvarez apreciando el intuitivo comentario de la experimentada detective.

Desde luego que tanto Victoria como yo, salimos de la habitación con un diferente estado anímico y fisiológico. Ella con el ego subido y

un hambre atroz y yo, con cara de asco y el estómago hecho un nudo.

Recorrimos las instalaciones hasta llegar al coche. Me recosté sobre el asiento y dediqué unos minutos a recomponerme y a borrar la imagen del horrible escenario. El cadáver descuartizado, tanto por el hacha mellada del asesino, como por la hoja del bisturí del forense, había tocado mi fibra sensible. Con mi comportamiento quedaba patente que la policía y los detectives de la zona no estábamos acostumbrados a este tipo de sucesos tan sangrientos.

Victoria me acarició la mano y ejerció una ligera presión para reconfortarme. Pretendía darme ánimos. “¿Tan pálido estoy?”, dije para mí.

—No se preocupe, Marcos. Es una situación violenta a la que no está acostumbrado. Según una de las frases de Hannibal Lecter… *hace falta experiencia para dominar el miedo*. Pues lo mismo ocurre con esta situación. Solo es la falta de experiencia la que hace que no logre acomodarse a este tipo de sucesos. Eso no significa que no sea un buen profesional en su campo.

—Se lo agradezco —dije mostrando una sonrisa forzada—. Solo deme dos minutos más.

Giré la cabeza hacia la ventanilla para tomar la última bocanada de aire antes de girar la llave en el contacto y poner el motor en marcha.

## VI



Victoria había alquilado una habitación en el Hotel Nivaria, en el mismísimo casco histórico de la ciudad. Todo, cortesía de la agencia. Mendoza necesitaba tenerla cerca durante todo el proceso policial porque sabía que la investigación sería larga y extenuante. Era cuestión de tiempo que el laboratorio criminológico revelase los

resultados de las pruebas y que los de balística hallaran la marca del arma homicida. Era una buena forma de alargar su estancia en Tenerife, y de camino, premiar su colaboración desinteresada. ¿Qué menos que mimarla un poco? Gracias a ella el enfoque de este asunto había cambiado de dirección, como si se tratase de una brújula seducida por el magnetismo de un polo. Ya no había que perder el tiempo investigando el cadáver de Francisco Perdomo y su entorno. Esta vez, nos centraríamos exclusivamente en su amante, Elena. La mujer que encontraron arrodillada, ensangrentada y moribunda sobre Francisco.

Imaginé a Victoria tomando las fotos que le había entregado el jefe del departamento lagunero y tapizando la colcha de la cama con ellas. Seleccionando, por un lado, las imágenes de las víctimas, y por otro, las de las pruebas. Seguramente sus facciones permanecieron inamovibles, sin mostrar un gesto de tristeza, ni de horror. Estaba demasiado acostumbrada a tratar con este tipo de violencia, acostumbrada a relacionarse con criminales y dementes, acostumbrada a vivir con el miedo y la desazón, hasta el punto de llegar al límite de sus capacidades. Y ese fue precisamente el motivo que la trajo de vuelta a su tierra. Había traspasado ese límite que la mantenía a salvo. Según me había comentado Mendoza, aunque sin entrar en detalle, en su último caso, la situación se había descontrolado: un criminal a sueldo había cambiado su objetivo, poniéndola a ella en el punto de mira. Victoria experimentaba por primera vez una experiencia traumática. El asesino estaba convencido de que ella debía morir. Un misógino como él se negaba a ser atrapado por una mujer astuta. Esto suponía una humillación para su ego, manchaba su reputación ante los clientes que lo contrataban. Su sed de sangre se intensificaba si las víctimas eran mujeres. Y ese fue el detonante de la historia, que Victoria lo era. Él nunca se dejaría atrapar por ella. No quería darle esa satisfacción. Así que se afanó en amenazarla, acorralarla y aterrarla. Solo así se sentiría vencedor y no vencido. Y resultó ser que un caso sencillo había dado un giro de tuerca, y quien en un principio parecía ser el perseguido, se había convertido en el perseguidor. Ese fue su último caso, el caso *Sicario*.

Las imágenes que le había entregado Mendoza eran de excelente calidad. Estaban proyectadas desde todos los ángulos posibles e inimaginables. Contenían suficiente información para que Victoria pudiese sacar sus propias conclusiones. Ella las examinaría con calma y se metería incluso en el papel de los amantes, generando una reconstrucción intuitiva de lo que había sucedido en esa casa. Solía

hacerlo muy a menudo, dar su opinión inicial y luego, con la información de los peritos y criminólogos, crear la historia, que la mayoría de las veces resultaba coincidir con la realidad. Victoria tomó su cuaderno de notas y comenzó a redactar su teoría y los detalles significativos que iba deduciendo de la fotografías. Habría conectado con el escenario del crimen. Seguidamente, cogió el móvil para hacer una llamada.

—Hola, Marcos.

—Victoria, qué sorpresa. No esperaba tener noticias suyas tan pronto. Se podría decir que apenas nos hemos despedido.

—Bueno, cuanto menos tiempo perdamos nosotros, menos le quedará al agresor para actuar de nuevo.

—Estoy completamente de acuerdo —puntualicé.

Escuché su respiración al otro lado del auricular y un sonido de hojas de papel de fondo. Seguramente aún estaría en el hotel como yo había imaginado desde un principio, porque no tenía ningún otro lugar donde trabajar, exceptuando la comisaría. No se escuchaba tráfico, ni el ajetreo de la gente, ni siquiera el murmullo que suele retumbar de fondo en las cafeterías. Si el silencio se imponía, debía de estar en un lateral de la plaza del Adelantado, disfrutando de su nuevo alojamiento.

—Marcos, necesito que venga de inmediato y me traiga todas las fotografías que tenga del caso *Penitencia.* Si ocurrió igual que este, deberíamos cotejar todos los detalles.

—¿No será mejor que acuda a la oficina? Debo intuir que sigue en el hotel. Esta tarde, a las cuatro, comienza mi turno. Por cierto, señorita Reyes, puede tutearme si lo prefiere. Así lo haré yo también.

—Esto no puede esperar, le necesito aquí y ahora, o mejor dicho, te necesito aquí y ahora.

—Está bien. Dame veinte minutos.

Escuché las protestas de mi estómago nada más colgar el teléfono, y recordé que no había probado bocado desde la última conversación que mantuvimos con el forense. Me había desaparecido el apetito por completo. Sin embargo, parecía volver a despertar tras escuchar la

dulce voz de Victoria tras el auricular. Abrí la puerta del frigorífico y cogí un yogur griego. Necesitaba subir los niveles de azúcar. Me asomé a la ventana y miré hacia el cielo. Las nubes pasaban a toda prisa animadas por el viento que soplaba desde la cumbre. Sombras y claros iluminaban y apagaban las fachadas por momentos. Sabía con exactitud qué ropa debía ponerme.

Mi residencia habitual era un amplio apartamento de alquiler, cerca de la plaza del Cristo. Estaba situado al final de la calle Tabares de Cala, o como se solía decir en otros tiempos, a dos tiros de piedra de mi lugar de trabajo. Debía darme prisa si deseaba llegar puntual al hotel donde se hospedaba Victoria. Un corto trayecto a paso ligero me llevaría esos veinte minutos que le indiqué por teléfono. Comencé el recorrido desde mi calle y fui cruzando por todas las intersecciones de la vía. Atravesé la calle Cabrera Pinto, la de Anchieta, la de San Agustín, la de Bencomo y decidí girar hacia la izquierda al llegar a la calle Dean Palahí, esta última me llevó a cruzar por la Calle Viana y finalmente a salir por uno de los extremos de la plaza del Adelantado. Decidí acortar camino y atravesar la plaza, sorteando las pocetas de los árboles más longevos. Me incomodaba el ligero desnivel de algunos de los adoquines desplazados por la fuerza de las raíces.

Victoria me abrió la puerta de su suite en pijama. Tenía la cara lavada y el cabello anudado con un pañuelo.

—Buenos días señorita. Ya veo la razón por la cual se negaba usted a acudir a la comisaría.

—Buenos días caballero. A esa razón se la llama comodidad. Sin olvidar también que estoy de vacaciones forzosas. No quiero que este asunto sea demasiado intenso. Ni siquiera lo voy a considerar como un trabajo. Colaboradora es la palabra adecuada. Ya le dije a Mendoza que no me iba a implicar demasiado. Esas fueron las condiciones desde un principio, y con ellas accedí. Por cierto, puedes pasar. ¿Te apetecería tomar un café o una infusión?

—No, gracias.

Victoria se paseó por la estancia en calcetines. La gruesa lana trenzada bajo sus pies la deslizaba con facilidad sobre el brillante suelo de madera oscura. Había alquilado la habitación con la cama dosel. La forja negra se entrelazaba formando una estructura elegante que remataba el dibujo del cabecero con forma de escudo de la realeza. Desde lejos eso es lo que parecía ser. Cuatro cortinas caían como una cascada blanca bordeando el lecho. Estaban recogidas y

atadas a los delgados pilares de forja. Sobre la colcha había un despliegue de fotografías con imágenes espeluznantes.

—No sé por qué pones esa cara, ¿no te apasiona ser detective? Esta profesión tiene sus pros y sus contras —dijo Victoria mientras tiraba de los extremos del pañuelo del pelo.

—En su día no. Mi vocación en realidad es la historia, de hecho soy historiador, mi padre lo fue y mi abuelo también. Me apasiona el arte, la geografía y el pasado. Saqué la carrera y ejercí durante algunos años. Pero es una profesión que por sí sola no da de comer, así que, en vez de inclinarme hacia la enseñanza, me decanté por la rama detectivesca. No es lo que soñaba desde niño, pero disfruto resolviendo casos y enlazando verdades.

—Pues acércate para que enlaces esta —dijo la detective moviendo su mano para invitarme a contemplar las fotos—. Obsérvalas con atención. ¿Qué crees que ocurrió en esa habitación?

—Deja que primero te muestre las fotos del caso *Penitencia* —dije.

—¿Por qué *Penitencia*? —preguntó frunciendo el ceño.

—Lo bautizó Mendoza no hace mucho. Le pareció un nombre adecuado, sobre todo por la postura de los cuerpos. La mujer parecía estar rezando para redimirse de su pecado. El pecado carnal.

—Es muy interesante esa apreciación. ¿Podría verlas?

—Sí, claro —dije entregándole un sobre marrón y abultado que había pedido prestado al departamento de pruebas. Teníamos un caso archivado que podría reabrirse.

Analizamos los detalles que mostraban las imágenes y la posición de los cuerpos. La ventana estaba cerrada y la cortina corrida. Había evidentes salpicaduras de sangre, igual que en las paredes. La cama dosel estaba revuelta. Las sábanas y mantas mostraban claros indicios del deseo sexual que hubo entre la pareja de amantes.

—El forense, ayer no puso demasiado interés en los detalles relacionados con la mujer. Se centró solo en hablar del cadáver de Francisco. Es posible que en un principio quisiera llevar el caso de la misma forma que hace cinco años, Victoria. Se centraron solo en investigar a José Marrero, dejando a su amante en segundo plano. Necesitamos saber si se consumó el acto sexual con o sin protección. Necesitamos saber de ella —dije profundizando la mirada en sus ojos

color avellana.

—Sí, es una prioridad. Pero, ¿que ves en esas imágenes ahora mismo? —insistió.

—Dos cadáveres desnudos y cubiertos de sangre. Elena está arrodillada ante su amante con la espalda destrozada. Intuyo que puede haber recibido decenas de azotes. Sus manos están unidas con una cuerda a modo de rezo, de plegaria, de penitencia, como el nombre de este caso. Pero el cordón no es un cordón cualquiera, es un cíngulo.

—Efectivamente, está rezando. Confesando sus pecados. Porque es obvio que en esa cama revuelta consumaron el acto sexual. El forense te lo confirmará.

—Estás muy segura —afirmé.

—Ya lo verás. Lo que quiero ahora es que continúes con tu visión.

—Está bien. Si es cuestión de venganza por irse con otro, por ser infiel con otro, solo hay que buscar al novio de Elena. Sería lo más sencillo. Pero en este caso, lo que veo es algo muy diferente. Espero que seas abierta de mente, Victoria.

—Soy eso y más.

—En este crimen veo el sello de la Santa Inquisición. Flagelar al pecador, infligir dolor a modo de castigo para que se redima de sus actos. Veo una decapitación. El condenado a muerte por un pecado carnal, seguramente por tomar a una joven que no le pertenecía. Atarle las manos con un cíngulo puede mostrar que el asesino es un religioso. El cíngulo es el símbolo de la castidad que muchos miembros del clero llevan sujeto a su cintura a modo de cinturón —concluí al terminar esa observación.

—Entonces… ¿por qué dos tiros en el corazón de Francisco Perdomo? Esa acción no es inquisitoria. Está fuera de las condenas que habitualmente ejercía el clero.

—En eso te doy la razón. ¿Primero le quita la vida y luego lo decapita? No tiene sentido. Esas acciones se hacían en público. Una de las razones por la que exhibían el castigo era para que sirviera como ejemplo al pueblo, y otra, como escarnio público en el caso de los latigazos en la espalda. Una humillación hacia ella y hacia su familia. Pero ambas actuaciones, siempre a ojos de la sociedad. La pregunta

es… ¿por qué de forma tan íntima?

—El asesino lo está llevando a un terreno personal, encarnando costumbres antiguas —aclaró.

—Eso precisamente es lo que debemos averiguar —dije convencido.

—Marcos, te voy a dar mi opinión acerca de cómo creo que ocurrió todo. El asesino entró en la habitación y vio a la pareja sobre la cama…

—¿Follando?

—No me gustan la falta de elegancia y los vulgarismos. Más bien diría… que estaban compartiendo su amor entre las sábanas. Ambos estaban consumando el acto sexual cuando el individuo X sacó una pistola y los apuntó. No se acercó a ninguno de ellos para no dejar marcas ni huellas en los cuerpos. Y así evitó dejar rastro.

—Continúa.

—Los amantes ya estaban desnudos, facilitando el trabajo que tenía en mente el asesino. Así que lo más fácil sería sorprenderlos con algún comentario. Perdomo se habrá levantado alterado o desconcertado y habrá intentado caminar hasta el agresor, pero este, al ver esa actuación, aprieta el gatillo y realiza el primer disparo a la altura del corazón. Francisco se desploma sobre el piso y se golpea la cabeza, luego vuelve a apretar el gatillo. Pero el agresor sabe que hay un testigo que está en plenas facultades para testificar. ¿Por qué la deja con vida? Es una pregunta muy importante que debes anotar en tu libreta. Es posible que la amordazara o la drogara, como a la otra mujer, o quizás la deja inconsciente. Lo único que sé es que el segundo disparo lo realizó estando Francisco Perdomo tendido en el suelo y boca abajo. Apretó el gatillo y disparó desde arriba, intentando que el proyectil pasara cerca del orificio de salida del anterior. Es decir, que disparó a la altura del omoplato izquierdo. Por eso, el forense nos dijo que había dos orificios por delante y dos por detrás, y ambos en sentidos opuestos.

—Sí, me puedo hacer una idea —afirmé.

—Lo que quiero decir es que el primer proyectil entró cuando Perdomo estaba de pie y frente al agresor, y el segundo, cuando estaba desplomado en el suelo y de espaldas a él. Seguramente para cerciorarse de la muerte y también como sello de identidad, igual que

el asesinato anterior.

—Me parece un ritual un tanto estúpido. Con el primer disparo ya habría de estar muerto…

—Pero estaba imitando el asesinato del 2016. Tenía que ser idéntico. Marcos, el individuo X pretende ser un asesino en serie. La pregunta que deberíamos estar haciéndonos ahora mismo es… ¿qué tienen en común esas dos mujeres? Otra para tu libreta de anotaciones.

—Hablaré con Álvarez para que me dé copia de los informes forenses de Isabel Negrín, así se llamaba la víctima de los primeros asesinatos.

—Exacto. Isabel Negrín y Elena López podrían esconder el nexo que nos ayudaría a reactivar el caso. Ese que les trajo de cabeza hace cinco años. Puede que ellas dos guarden la clave. Y espero no equivocarme —dijo la detective mientras se desabrochaba los botones del pijama y se dirigía al ropero.

—Una observación muy interesante —añadí.

Mi comentario llevaba implícito las dos realidades del momento. La peculiar manera de recrear lo sucedido esa noche, y la realidad de ver a Victoria desabotonándose la ropa.

—Podrías girarte durante un momento por favor. Voy a vestirme.

—Por supuesto.

Aproveché para analizar el entorno. La habitación era bastante reducida, parecía una especie de *loft*, con todo el equipamiento incorporado: cama, armario, cocina y baño. Casi sin paredes divisorias. El baño era el único espacio que ofrecía intimidad.

Me estaba preguntando si la inspectora había elegido esta habitación en particular para recrear el homicidio. Se asemejaba bastante al lugar del crimen, aunque más coqueto y luminoso.

El teléfono de la detective sonó inesperadamente y me sacó de las elucubraciones que estaba montando en mi cabeza. Sin girarme, escuché toda la conversación.

—Sí, capitán. ¿Qué ocurre?

—Sí, ahora mismo me estoy vistiendo para salir.

—Sí, entiendo.

—Vale.

—Tardaré unos 20 minutos.

—Sí, lo llamaré.

—Ok. De acuerdo.

—Gracias.

Había una pequeña pausa entre sus respuestas. Interpreté que el jefe le estaba detallando alguna cuestión.

—Marcos, Andrés Mendoza dice que te llame por teléfono para que me acompañes a una cita con la teleoperadora del servicio de urgencias.

—Pensaba que ya le habían tomado declaración a esa mujer.

—Ya puedes girarte si quieres.

Las prendas que usaba Victoria se ajustaba a su cuerpo como un guante. Un pantalón de tres cuartas de color gris con rayas verticales, y una blusa negra con un recatado escote. Las botas de imitación cuero, iban a juego con la chaqueta que se estaba abotonando. Esta vez llevaba la melena sin ataduras.

Tragué saliva con dificultad y carraspeé tres veces antes de hablar.

—Sabía que localizar a la telefonista era una cuestión que debíamos plantearnos con efecto inmediato. Pero tenía la convicción de que ella se acercaría a la oficina del departamento policial —dije extrañado.

—Vive en Santa Cruz. A mí no me importaría desplazarme hasta allí, y espero que a ti tampoco. Vamos a llevar este caso sin levantar mucho revuelo. ¿No es mejor así? Cuanta menos gente esté enterada de este asunto, mejor. Y con esto me refiero a que no es conveniente que haya testigos entrando y saliendo del departamento. Aunque esta vez hemos tenido suerte. Ella insistió en subir a La Laguna. Estará esperándonos en el café Palmelita. Es una especie de dulcería que está por debajo de la torre de la Concepción. Eso es lo que me dijo

Mendoza. Porque en la planta alta hay bastante intimidad.

—Sí, sé cuál es. No entiendo cómo se puede interrogar a una testigo en una cafetería. No es lógico.

—En este caso no hay nada lógico. Esta chica se cogió una semana de baja según las recomendaciones del capitán. Necesitamos su declaración y todo lo que pueda recordar de esa conversación.

—¿Pero qué hacemos en una cafetería en vez de dirigirnos a la oficina para tomarle declaración? —pregunté confundido.

—El testimonio de esa chica es de vital importancia, y más aún la grabación que lleva consigo.

—Pero ese no es el procedimiento habitual. La policía se presenta en la centralita, habla con ella y con el responsable. Luego piden las grabaciones y lo que ella haya anotado en el ordenador mientras atendía la llamada.

—Te repito que Mendoza no quiere mucho movimiento en la comisaría. Ya sabes, por lo de la prensa. No quiere que se filtre nada. Y para ello está intentando hacer ver que no ocurre nada. Quiere mantener la calma entre los agentes. Según él, es lo mejor por el momento. No querrás que tus compañeros celen el cargo que estás ostentando, ¿verdad?

—Porque igual que tú eres la mejor en tu terreno, yo soy el mejor en el mío.

—Detective, es que tu terreno también es el mío. Eso si estamos hablando del territorio español.

Una honda carcajada salió de mi pecho.

—No nos pongamos territoriales ahora, si no quieres que empiece a delimitar mi zona como hacen los canes.

—¿Te refieres… a mear? —dijo sonriendo.

—No me gustan la falta de elegancia y los vulgarismos. Más bien diría… miccionar —dije devolviéndole la misma respuesta pedante.

Y sin terminar la frase ya estábamos riendo de nuestros estúpidos y refinados comentarios. Las carcajadas abarcaron rápidamente el pequeño salón y retumbaron entre las paredes. Cuando al fin cesó el

revuelo, quedó el jadeo, por la falta de oxígeno, y aparecieron las miradas cómplices y los ojos aguados por la emoción. Habíamos dado trabajo al diafragma y un breve respiro al caso. Sinceramente, me sentí genial, por no decir pletórico.

—Nos espera un agradable paseo por los rincones de la ciudad —dijo ella—. Hace años que no disfruto de la belleza de este paisaje impregnado de leyendas y de historia. Otro de los motivos por el que decidí resolver este caso es porque me apasiona este municipio. Es tan enriquecedor... ¿Y qué mejor compañía que tú? Ahora que sé que eres historiador… un hombre entregado a la verdad de los comienzos y de la Conquista. ¿Cuánto ha pasado desde entonces?

—Algo más de 500 años.

—Hay condensada tanta historia en tan solo cinco siglos… —dijo subiéndose el cuello de la chaqueta.

—Y a día de hoy, siguen apareciendo nuevos descubrimientos.

—¿Estás seguro de que ser detective es tu vocación?

—Lo es investigar y descubrir lo que está por venir. Una nueva pasión que se puede combinar. Por eso elegí a La Laguna. Todo lo que ocurre aquí me fascina.

—Soy toda oídos —dijo Victoria mostrando una mirada embelesada.

## VII



El día había cambiado de parecer. Lo que en un primer momento parecía ser una mañana con nubes apresuradas, ahora daban paso a un cielo limpio y azul. La cara de Victoria reflejaba el interés por el entorno, afianzando sus pasos sobre el empedrado de la calle y disfrutando del paisaje como si de una niña pequeña se tratase.

Admiraba las casas nobiliarias con entusiasmo. Desde el inicio de la calle Obispo Rey Redondo, llamada popularmente calle La Carrera, ya se respiraba notoriedad: casas armeras con sus escudos de piedra, el trabajado relieve del tallado, un símbolo de distinción y de honor entre las familias más pudientes. Puertas anchas y bien fornidas por donde entraban las carretas antiguamente, y las piedras de cantería que ribeteaban las esquinas de algunas fachadas. Toda una mezcla de tonos con un bello contraste entre la madera de tea y la piedra. Algunas de esas casonas, como la del corregidor, estaban enfrentadas hacia el muro ciego del convento de Santa Catalina, que parecía no tener fin.

Nos adentramos hacia el centro de la vía principal prácticamente arrastrando los pies. Sus pasos aletargados llevaban un propósito, volver a respirar la historia de un pasado alterado por los diferentes movimientos arquitectónicos. No fui capaz de distraerla, ya estaba lo suficientemente obnubilada como para romper la magia que había entre ella y la ciudad. Su cabeza rotaba de un lado a otro contemplando el estilo colonial, con esos balcones canarios que sobresalían de la rectitud de las calles. Marcos de madera, ventanas de guillotina y los oportunistas verodes adornando las tejas.

Estábamos aproximándonos al Teatro Leal, con su distintivo carácter ecléctico, cuando el móvil de Victoria comenzó a vibrar. Era Carmen, la teleoperadora de la línea de urgencias.

—Sí, discúlpanos, ya estamos llegando.

—Ok, gracias.

La terraza del café estaba ocupada por algunos extranjeros y laguneros de la zona. “Un día espléndido para estar a finales de noviembre”, dije entre dientes. En realidad, me apetecía deleitarme con el paisaje y disfrutar de un aromático café al aire libre, pero nuestras obligaciones se anteponían al placer. Cruzamos el umbral de la puerta y me dirigí hacia la camarera para pedirle las bebidas. Estaba haciendo un esfuerzo estoico por no mirar hacia las vitrinas repletas de tartas. Parecía un escaparate de placeres prohibidos. La exquisitez de la decoración seducía. El yogur que había ingerido nada más levantarme, no era lo suficiente nutritivo como para mantenerme en pie.

En la planta alta nos esperaban dos personas, una de ellas era

Carmen, y la otra el encargado de la centralita. Nada más vernos llegar, ella cambió de postura. Estaba nerviosa. Era obvio que nuestra tardanza la había impacientado aún más.

—Buenos días, Carmen —dijo Victoria extendiendo la mano.

—Buenos días, detective.

Nos sentamos y saludamos también a su jefe, que mantuvo un semblante serio en todo momento. Mostró una mirada recelosa los primeros instantes que estuvimos en silencio.

Carmen tenía una constitución delgada y menuda, características que la favorecían, restándole edad.

—Gracias por venir —anuncié—. Sé que para ustedes esta situación rompe con la cotidianidad, pero para nosotros es sumamente importante que se hayan prestado a colaborar.

Mientras Victoria rebuscaba en el bolso, intentando palpar el frío metálico de su grabadora, yo me limité a encauzar la conversación hacia lo más básico, y por supuesto, dando pocos detalles de lo sucedido.

—Aquí tiene la grabación de la conversación, y en el mismo dispositivo tiene las anotaciones que escribí en el ordenador —dijo la testigo entregándonos un pendrive.

—Magnífico —dijo la detective mientras insertaba el adaptador para conectarlo a la tablet.

—¿Recuerda la voz del individuo? ¿Sabría decirme qué entonación empleó y si había algún indicio de nerviosismo? Algo inusual ¿Tenía prisa cuando se dirigió a usted? —pregunté ampliando la mirada para no perderme los detalles de su expresión.

Carmen vaciló un instante antes de responder. Le vino a la mente esa voz penetrante.

—Estaba completamente sereno, estoy segura. Para el acto que estaba cometiendo, parecía muy calmado. Pero lo que más me llamó la atención fue su entonación. Como si recitase un texto que estaba leyendo. Se manifestaba con ímpetu, haciendo énfasis en algunas palabras que yo no lograba entender.

—Con esa apreciación es suficiente. Creo que no hay más

preguntas por el momento. Gracias de nuevo por facilitarnos estas pruebas. Espero que tengan en cuenta la delicadeza con la que estamos tratando este asunto. Evitamos que salgan a la luz los detalles. Hasta que no termine la investigación, les agradecería que no hablaran con nadie de lo sucedido.

—No se preocupe señorita Reyes —dijo Carmen mientras se ponía en pie.— Seré una tumba.

Desde que Carmen y su jefe bajaron las escaleras, la detective se puso los auriculares para escuchar la conversación que mantuvo el asesino con la telefonista.

*—Mi nombre es Carmen, ¿en qué puedo ayudarle?*

*—Crucem Christi, et libera me ab omni malo. Hoc facite ea ne sanguinem Domini, et peccata conversus a tentatione carnis. Ut quiritantium inter stupra et per illam inquinentur puritas doctrinae moralis christianae.*

*—Por favor, ¿me podría decir en qué puedo ayudarle?*

*—Benedico te pereas in gehennam. Per Dei gratiam, et Iesu Christi. Et nunc absolvo te ab omni malo. In nomine patris et filii et spiritus sancti. Amen.*

—¿Y si el asesino realmente pertenece al clero? No lo digo solo por el cíngulo con el que ató a Elena López —adelantó Victoria.

—¡Déjame escuchar la grabación!

Le pedí los auriculares para sacar mis propias conclusiones de la conversación.

*—Mi nombre es Carmen, ¿en qué puedo ayudarle?*

*—Crucem Christi, et libera me ab omni malo. Hoc facite ea ne sanguinem Domini, et peccata conversus a tentatione carnis. Ut quiritantium inter stupra et per illam inquinentur puritas doctrinae moralis christianae.*

*—Por favor, ¿me podría decir en qué puedo ayudarle?*

*—Benedico te pereas in gehennam. Per Dei gratiam, et Iesu Christi. Et nunc absolvo te ab omni malo. In nomine patris et filii et spiritus sancti. Amen.*

—Deduzco que el dueño de esas palabras cojea en esta materia. Entiendo que sea una lengua muerta, pero es que… tiene toda la pinta de que con esas frases mal construidas remató el idioma. Es un latín muy básico —dije.

—Supongo que no todos los sacerdotes hablarán el latín a la perfección —añadió ella para encontrar una explicación.

—Es como si hubiera redactado las frases que le convienen y las hubiera traducido al latín en Google. Yo podría darle una traducción al castellano de forma aproximada.

—¿Sabes latín?

—Sí.

Victoria sonrió dándole brillo a su mirada. Introduje el texto en el buscador, concretamente, en el apartado donde figuraba el cambio de idioma: latín-español.

—Está diciendo algo así como: *En el nombre de Cristo, yo te libero de todo mal. Para que esta sierva de Dios se despoje de sus pecados y se aleje de la tentación de la carne. Por el desenfreno que corrompe la pureza de la moral cristiana.*

*Yo te bendigo y te salvo de morir en el infierno. Por la gracia de Dios y de Jesucristo te libero de todo mal. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

—¿Te das cuenta de que no le tiembla la voz? Describe muy bien lo que está sucediendo. Liberando el alma de la sierva, que en este caso se refiere a Elena. Y el pecado, está claro en el texto que se trata del libertinaje o desenfreno carnal. Lo que me imaginaba —afirmó Victoria.

—Al principio dice “Por la cruz de Cristo” debería decir “En el nombre de Cristo” —analicé frunciendo el ceño.

—Lo que está claro es que no es un sociópata. No actuó por impulso. Tenía un plan bien estructurado desde el principio.

—Y si no es un sociópata ¿es que está loco? —pregunté inquieto.

—Puede que tenga algún cuadro de psicopatía. Llevó a la habitación una pistola con silenciador, así que tuvo cuidado de no alarmar a los vecinos. El hacha debió llevarla también encima. Prestó

suma atención a los detalles para montar la misma escena que en el 2016. Y ya ni hablar de la destreza a la hora de borrar sus huellas, si es que las dejó en algún momento. Tendremos que esperar a los informes del huellista y todos los resultados que nos desvelen los criminólogos.

—Yo empezaría por lo más básico —comenté.

—¿Y qué es lo básico, Marcos?

—Lo que está a nuestro alcance ahora mismo. Propongo interrogar a la testigo ocular del suceso.

—Sabes perfectamente que por el momento no podemos contar con ella. Soy más partidaria de interrogar a los sacerdotes de La Laguna que escuchar el testimonio de una mujer aterrada, y seguramente, drogada. Es posible que algún clérigo tenga algo que añadir.

—Tienes razón. Mejor será ir por partes. La declaración de Elena puede esperar.

## VIII



Mientras Victoria intentaba encontrar el nexo entre las dos mujeres torturadas, yo me devanaba los sesos por hacer más suave este asunto. Los sospechosos tenían una reputación que podría verse comprometida si las malas lenguas se adueñaban de la noticia.

Acerqué la silla giratoria al escritorio y encendí el ordenador para pasar los apuntes de la libreta al programa de la comisaría. Las conclusiones eran claras. Ambos casos hubieran sido idénticos si no hubiera sido por el detalle de la llamada. El asesino no quería la muerte de Elena, solo quería su sufrimiento y su arrepentimiento. Pero no era necesario recitar un texto en latín para salvar su vida. Hubiera bastado, simplemente, con dejar la línea abierta. ¿Fue una actuación deliberada? Estaría cometiendo un gran error si dejase esa prueba tan obvia a las autoridades. Muy extraño, porque previamente se había

tomado demasiadas molestias en ocultar su rastro. Todo eran conjeturas iniciales con la esperanza de ir descartando a los sospechosos. ¿Pertenecerá X a una orden religiosa, o solo pretende incriminar a la Iglesia? De lo que sí estaba seguro era del análisis que había destacado Victoria: personaje sin escrúpulos, machista y férreo devoto de la religión cristiana.

Lo que nos habíamos propuesto Victoria y yo era algo escandaloso. ¿Cuántas personas estarían bajo la lupa de la investigación?: sacerdotes, vicarios, capellanes… Por el momento, el obispo y el diácono se quedarían al margen. “Se va a montar una bien gorda durante estas semanas”, dije para mí.

Era casi la hora de comenzar mi trabajo y di un resoplido para despejar la frente de algunos mechones que se habían separado de la sujeción de la gomina. La brisa que caracterizaba a la ciudad de Aguere decidió jugar con mi peinado antes de llegar a la oficina. Todo un desafío para la fina tela de la chaqueta que había elegido.

Me erguí en el asiento y coloqué las anotaciones de la libreta junto al portátil para desarrollar el informe. Recorrí cada reglón con la mirada mientras los dedos tecleaban el contenido del documento. Las frases se sucedían en la pantalla al tiempo de mi lectura. Debía establecer una relación entre las pistas y nuestras apreciaciones iniciales. Sin haber terminado de redactar el escrito, el jefe del departamento se asomó por un lado del cubículo.

—¿Marcos, ya tiene el informe? —dijo Mendoza levantando las cejas y arrugando la frente. La respuesta que esperaba era obvia.

—No señor, estoy en ello. Lo acabaré en cuestión de minutos.

—Le agradeceré que lo termine cuanto antes para discutir los hechos y las conclusiones con el forense. Álvarez lo estará esperando de nuevo en el instituto de toxicología. Ya tiene la información que le pedí. Todos los detalles del caso *Penitencia* y la resolución de las pruebas más recientes. ¿No era eso lo que necesitaba? Espero que encuentren pronto la conexión entre esas dos mujeres.

—Sí señor, es exactamente lo que necesitamos. La relación entre Isabel Negrín y Elena López. Aunque no sé si el caso *Penitencia* desvelará pruebas importantes sobre Isabel. No se hizo demasiado hincapié sobre su vida y su entorno.

—De igual forma habrá que estudiarlo de nuevo y profundizar más en los detalles. Quiero que trabaje sobre seguro y saber hasta qué

punto nos podremos adentrar en este asunto, o de lo contrario, tomaremos otro camino. Lo único que no quiero es volver a precipitarme. Álvarez ha descubierto un hallazgo interesante que quiere compartir con usted.

—Enseguida voy para allá, capitán. Deme unos minutos para terminar de redactar esto y ya me marcho.

El frío cortante me acompañó hasta que entré en el coche. Encendí la calefacción y me relajé durante unos instantes recostándome sobre el respaldar del asiento y divagando sobre las pruebas, luego programé la emisora de radio y aproveché la buena música para evadirme de los pensamientos que llevaban torturándome desde hacía unos días: la imagen de un hombre decapitado. Temía revivir el desagradable escenario de la morgue.

Esta vez, la improvisada sala forense estaba desprovista de cadáveres despiezados. El cuerpo de Francisco Perdomo ya no descansaba sobre la camilla. Solo había un cuerpo. El de Pedro Álvarez, pero éste estaba mucho más vivo y despierto que cualquier otro. Con este nuevo escenario, podía concentrarme en la conversación y en la situación a la que nos íbamos a enfrentar.

Le entregué el informe y todo el material del que disponíamos relacionado con el caso. El forense se sentó frente al escritorio, tomó las gafas para engañar a la presbicia y se enfrascó en los documentos. Releyó el testimonio de la operadora, las conclusiones aportadas por Victoria y los detalles hallados en el escenario del crimen, que él ya conocía al haber estado presente.

Álvarez evaluó la situación, se quitó las lentes y se quedó inmóvil. Dejó pasar un tiempo reflexionando y murmurando mientras mordisqueaba la pata de las gafas. Suponía que estaba utilizando sus conocimientos para aportar una idea global de ambos asesinatos. Levantó ligeramente la cabeza y me miró.

—Señor Yanes, me temo que todo lo que tiene ahora en mente va a cambiar de forma drástica y desconcertante. Usted sigue creyendo que interrogar a la víctima que está hospitalizada es una alternativa viable. Sin embargo, ni siquiera es necesario hacerlo. Sus carnes cuentan más de lo que quizá nos puedan aportar sus labios —dijo sin parpadear.

—Victoria sigue buscando las semejanzas entre ellas dos.

—Isabel Negrín está muerta. Está claro que no va a poder testificar, pero Elena López es una pieza clave. Por el momento, dejemos que se recupere del trauma —dijo tomando una silla metálica y acercándola—. Puede sentarse, detective. Creo que sería lo más conveniente.

—Gracias —dije con una ligera sonrisa.

Álvarez dio media vuelta, se acercó a un archivador que estaba entreabierto y sacó una carpeta.

—Lo que tengo aquí, aunque le parezca increíble, son los resultados del centro de criminología de Madrid. Me los entregó esta mañana la policía judicial. Me sorprendió la agilidad del proceso, y le aseguro que se han saltado todos los protocolos burocráticos. Si no, no hubieran sido tan diligentes. Le han dado prioridad absoluta a esta investigación, y usted sabe el porqué.

—No, lo sabrá usted que es el que se ha jubilado en ese departamento —añadí guiñándole un ojo.

—Bueno, sin más dilaciones lo voy a poner al día. En relación con las muestras de fibra y tejidos, los peritos nos confirman que había restos de semen sobre las sábanas, mantas y alfombra.

—Entonces el acto sexual se consumó —dije mientras asentía ligeramente con la cabeza.

—Sí, pero está claro que la señorita López no va a quedar embarazada por el incidente. Este profiláctico evidencia que tomaron precauciones.

Álvarez me mostró la bolsita transparente donde estaba el preservativo y la introdujo dentro de una de las cajas que había sobre la camilla.

—Eso solo puede significar una cosa —dije acariciándome la barbilla—. Que se levantó de la cama al verse sorprendido. Por eso hallaron restos de semen en más superficies.

—Exacto. Y además, el látex lleva fluido vaginal de Elena. Las pruebas de ADN son irrefutables. Sin embargo, lo más extraño del caso, es un importante desgarro en la vagina de la mujer.

—¿Fue violada? —pregunté sorprendido mientras fruncía el ceño.

—Yo no lo diría de ese modo —añadió con un aire de misterio.

—¿Pues cómo lo diría?

—Diría más bien… que Elena López era virgen antes de mantener relaciones sexuales con Francisco Perdomo.

—¿Cómo dice? —pregunté escandalizado.

—Que esa mujer perdió la virginidad justamente esa noche.

—¿Está completamente seguro de eso?

—Tan seguro como de que soy médico forense —concluyó.

—Me acaba de dejar usted desconcertado, doctor. ¡Pero si la víctima tiene 42 años! ¡No puede ser!

—Yo le digo que sí puede ser y que esa es la conexión más significativa entre Isabel Negrín y Elena López. Aquí tengo los archivos del 2016. Mírelos usted mismo.

Leí el informe y examiné las fotos de Isabel. El estómago me dio un vuelco de nuevo al ver las imágenes de los cadáveres en pleno proceso de descomposición. La postura de las víctimas era exactamente la misma.

—Sé lo que está pensando detective. Sí, parece la misma escena: Varón caucásico también, tumbado en el suelo con la cabeza desprendida del cuerpo. Dos impactos de bala a la altura del corazón que evidencian su muerte, y a su vera, su amante arrodillada en posición de plegaria y con cientos de latigazos en la espalda. Es algo macabro a ojos de cualquiera.

—Es una recreación del antiguo oficio divino que imponía el Tribunal de la Santa Inquisición. Aunque es extraño, porque la Inquisición se suprimió definitivamente en 1813. No entiendo a qué

viene todo este ritual después de tantos siglos —dije confundido.

—Muy metódico. Se ve que es usted historiador, o algo de eso me han contado. Este ritual es muy sencillo de comprender. Es algo ilógico ¿verdad? ¿Tendría usted esta conversación, por ejemplo, con un esquizofrénico que oye voces? No se puede hacer entrar en razón a un loco. Solo hay que buscar la razón y el fin. Es el acto de alguien que está desequilibrado. Por lo tanto, no hay una respuesta lógica a su pregunta. Da igual que entre medio haya siglos de diferencia.

—Es cierto, doctor. Este caso se asemeja mucho a una leyenda que relataba mi abuelo, aunque el desenlace de la tragedia fue diferente. En mi familia, en vez de cantar una nana para hacer que te entrara el sueño, nos contaban historias y leyendas del entorno. Es lo que tiene llevar una ascendencia de historiadores en casa.

—Es curioso, yo no dormiría si me contasen historias de ese calibre.

—Bueno, son leyendas. No les prestaba importancia en realidad.

—Por el momento, tenemos a dos víctimas con un denominador en común. Dos vírgenes.

—¿Deduce que Isabel Negrín también era virgen? —comenté antes de abrir mi cuaderno de notas.

—Es muy probable que así haya sido. Tenía también un desgarro en la vagina, pero, ¿qué joven no comete locuras? Con 23 años se puede empezar a experimentar a un nivel más íntimo. Podría ser algo normal. Así que creo que ese detalle pasó inadvertido en el momento de la investigación. Sin embargo… ahora es muy diferente. Parece ser que las casualidades tan obvias no existen.

—Sí, veo lógico que se puede experimentar con 23 años, pero con 42 no —afirmé.

—Eso es un asunto que queda por determinar. De todas formas, como le he dicho, en su momento ese no fue un detalle revelador. Podía ser virgen o dejar de serlo. Lo verdaderamente incomprensible es que la investigación se centró más en la muerte de José Marrero que en la de su pareja. Así que lo único que se me ocurre es… que estuvieron buscando las pistas en el cadáver equivocado —concluyó Álvarez.

—Entonces, ahora sí hay un vínculo entre ambos asesinatos. Dos

mujeres que pierden la virginidad la misma noche de su muerte.

—¡Exacto! —exclamó el forense con un brillo entusiasta.

—Entonces será complicado evitar el próximo crimen. No podremos alertar a todas las mujeres y adolescentes vírgenes que hay en la ciudad.

—No, más bien hay que averiguar por qué tardó cinco años en volver a cometer el mismo delito. Anote eso en su libreta, detective.

—Victoria sigue indagando sobre sus vidas: familiares, amigos, vecinos, trabajos, domicilio, parejas estables y no tan estables, etc. Es posible que pueda haber algo más que las relacione.

—Sí, detective. Sé que es una tarea ardua, sin embargo, puede que en algún momento dé sus frutos. Por lo menos, ya tenemos algo sólido.

—Tiene razón. Es cuestión de tener paciencia—. Yo no era la persona más indicada para sacar conclusiones precipitadas. No había llevado el caso *Penitencia* desde el principio. Solo había presenciado una escena escalofriante varios días atrás. Pero una cosa sí que estaba clara: el tiempo estaba en nuestra contra. No sabíamos en qué momento ese demente volvería a actuar.

—Detective, sé que se muere de ganas por interrogar a esa mujer. La última alternativa viable sería la confesión de Elena López. Pero estoy casi seguro de que no podrá describir ningún detalle del suceso. Dudo que su testimonio sirva de especial ayuda. Los análisis toxicológicos muestran restos de escopolamina en su sangre. Es muy probable que no recuerde nada. En su momento se habló de que estaba drogada, pero no sabíamos aún la sustancia que le habían inyectado. Las únicas imágenes que recuerda son las de un hombre con ropa oscura, concretamente una sudadera negra con capucha, y que también llevaba puesto un pasamontañas.

—Ahora sí que acaba de borrar de un plumazo una de las pistas más reveladoras. Desde luego que ese tipo es audaz. Lo tenía bien hilado desde el principio. Victoria dijo que demasiada premeditación muestra un perfil de alguien más cuerdo de lo que pensamos. No actúa por impulsos.

—También es muy probable que no sea un demente.

—¿Si la drogaron, de qué sirvió esa carnicería? —pregunté

extrañado—. No tiene sentido cortar una cabeza cuando el espectador no está en plenas facultades de conciencia. No recordará nada de lo sucedido. A no ser que la hayan drogado después del asesinato, y que no recuerde nada por el trauma.

—De esto también deberá dejar constancia en su libreta. Aún hay muchas preguntas sin respuesta.

## IX



Hacía menos de media hora que me había sentado en una de las mesas redondas del exterior de la cafetería La Carrera. Mi rincón preferido tras la cristalera estaba ocupado cuando llegué. La brisa era suave pero enfriaba la nariz. Ya me había tomado un café, y estaba dispuesto a pedirme un chocolate caliente, cuando vi aparecer a

Victoria doblando la esquina de la farmacia. Su deslumbrante y esbelta figura llamaba la atención desde lejos, siempre llevaba el vestuario ideal. Acorde con su carácter. Esta vez venía preparada para las inclemencias del tiempo. En cuanto enfocó hacia la mesa central de la cafetería levantó la mano para saludarme. Llevaba una chaqueta baja de color marrón sin abrochar y un suéter de cuello alto beige a juego con sus pantalones. Las botas forradas de terciopelo de caña alta le llegaban justo por debajo de las rodillas, y toda esa imagen bien combinada se dirigía hacia mí. Tragué saliva, y sin apartar los ojos de ella, formulé mi petición al camarero.

—Puede llevarse la taza vacía. Ahora necesito un chocolate que esté bien espeso, por favor.

Victoria se apartó la melena hacia un lado y colgó el bolso en el espaldar de la silla, antes de sentarse.

—Y para mí, un cortado natural —dijo sin más.

—Me alegro de verte.

—Marcos, siento llegar tan tarde, pero tuve que coger el coche para bajar a Santa Cruz, y ya sabes lo que ocurre cundo intentas aparcar de nuevo en La Laguna en horario comercial. Estuve dando vueltas por la zona de San Benito y al final acabé aparcando por la avenida Silverio Alonso, tuve suerte, estaba saliendo un vehículo justo en el momento en que yo estaba pasando. Si no, hubiera terminado por estacionar en uno de los parking privados. Tal vez hubiera sido lo más conveniente desde el principio. Dejar el coche por las inmediaciones del hotel es misión imposible.

—No te preocupes. He tenido tiempo para analizar lo que descubrió el forense, así te haré un resumen de los detalles más interesantes.

—Entonces… ha llegado la hora de compartir impresiones. Yo también tengo algo que contarte —dijo entusiasmada.

La detective se acomodó en el asiento y sonrió. Transmitía entusiasmo. Era evidente de que estaba ansiosa por revelar algo importante.

—Estoy segura de que te quedarás con la boca abierta desde que sepas lo que he averiguado. Espero que esa silla de madera te sujete bien, porque puede que pierdas el equilibrio —dijo sacando una carpeta llena de documentos.

En ese preciso instante, el camarero apareció con las bebidas y las colocó sobre la mesa. Victoria me miró cómplice, apretándose los labios para no dejar que se escapase nada de sus pensamientos mientras nos servían.

Cogí la taza y soplé sobre la superficie del cremoso líquido. Lo revolví un poco y tomé el primer sorbo.

—Como ya sabrás, tanto Isabel Negrín como Elena López perdieron la virginidad el mismo día del crimen —puntualizó orgullosa—. He hablado esta mañana con el forense.

—Vaya, ya me has estropeado la noticia. Me sorprendió bastante, la verdad.

—Hay una explicación lógica para todo esto —dijo mientras abría la carpeta—. Según he podido averiguar, ambas mujeres fueron profesas durante algunos años. Me refiero a que estuvieron internas en un convento.

—¿Estás intentando decirme que ambas mujeres eran monjas? —pregunté aguzando el oído antes de volver a mojar los labios en la ardiente bebida.

—Tanto Elena como Isabel pertenecieron al convento de clausura de las Clarisas.

En cuanto escuché el nombre de la orden religiosa comencé a toser. Pensé que el chocolate se me terminaría saliendo por la nariz.

—¿Te encuentras bien, Marcos?

No podía respirar ni para responder a su pregunta. Alcé la mano para calmarla y tomé una servilleta para seguir tosiendo.

—Voy a pedir un vaso de agua. Ahora vuelvo —dijo preocupada.

Nada más levantarse, la sujeté por el brazo y la obligué a sentarse de nuevo.

—Dame un segundo —dije con la cara enrojecida por esfuerzo.

Intenté apaciguarme discretamente y tomé aire durante unos segundos, mientras la miraba descaradamente a los ojos.

—Ya me has puesto nerviosa a mí también, Marcos. ¿Qué ocurre?

—¿Estás completamente segura de que esas dos mujeres eran monjas clarisas?

—Estoy tan segura como de que entre las manos tengo una copia fiel de un escrito que recoge los nombres de las dos religiosas y la fecha del internamiento en el convento. Está sacado de la sala de archivos del mismísimo monasterio.

Tomé el manuscrito y fijé la vista en el documento conventual. El corazón me dio un vuelco en el preciso instante en el que localicé sus nombres. Sor Isabel de Nazaret y Sor Elena de las Angustias. Sabía que una vez dentro del cenobio, los nombres eran modificados, pero se apreciaba con claridad de qué monjas se trataba.

Volví a tomar aire antes de dirigirme a Victoria, esta vez necesitaba más incluso del que mis pulmones podían abarcar.

—El asesino de Isabel y Elena está haciendo una fiel reproducción de un crimen perpetrado en el siglo XVI, a excepción de los disparos, claro. Pero todo lo demás se ajusta bastante.

—¿Qué estás diciendo, Marcos?

—Bueno, en realidad es una leyenda, nunca se ha podido demostrar que fuera cierta. Habladurías que han perdurado con el paso del tiempo y se han transmitido de boca en boca a través de las diferentes generaciones.

—¿Y por qué no me has mencionado nada de esto antes? —dijo mostrando expresión de asombro.

—Porque no sabía que eran monjas. Ni que pertenecían a ese convento. Le comenté al forense que el crimen se asemejaba a una leyenda. Pero nunca pensé que fuera reproducida con tantos años de diferencia. El desenlace no fue exactamente igual, por eso no le presté interés desde el principio. No relacioné la semejanza. Si no llegas a decirme que eran profesas de ese monasterio, no hubiera retrocedido tanto en el tiempo.

—Es posible que el asesino haya escuchado esas historias y decidido continuar con el juego —dijo Victoria analizando la conclusión más lógica.

—¿Después de más de cuatro siglos? No tiene sentido. Lo único que se me ocurre es intentar averiguar más detalles de la leyenda, y así ver hasta qué punto se corresponde el asesinato de Francisco con el

de la historia.

—Lo cierto es que venía para dejarte tambaleando en la silla, y eres tú el que me deja sin aliento a mí —afirmó.

—Créeme que sorprendidos estamos los dos. No eres la única. Lo bueno de todo es que sé a quién podemos acudir si queremos recabar datos del pasado.

# X



Mi abuelo Aurelio vivía en una coqueta casa de dos plantas situada en la calle Marqués de Celada, muy cerca de la Parroquia de San Benito Abad, una zona cercana al área que había estado ocupada por la antigua laguna antes de ser drenada a mediados del siglo XIX.

La pequeña casita convivía con edificios modernos que desentonaban con el entorno, nada parecido al casco histórico de la ciudad. Lucía una bella fachada de piedra caliza de color crema, que contrastaba con la madera oscura de las ventanas de guillotina y de la estrecha puerta de dos hojas. Todo ello bajo el amparo de un viejo tejado de cuatro aguas.

Aurelio nos recibió con aparente entusiasmo. Nos guió hasta la cocina para conversar y prepararnos una infusión de hierbas. Siempre había sido bastante introvertido y receloso de sus vecinos. La hambruna de la posguerra y la necesidad imperiosa de salir adelante con tres hijos lo fueron curtiendo. Y aunque le costaba expresar sus sentimientos, sabía que, a pesar de que yo no había seguido a pies juntillas la tradición familiar, se sentía orgulloso de mi trabajo en el departamento.

Victoria se sentó al otro extremo de la mesa, dejando espacio para que mi abuelo se desenvolviera entre las cacerolas, los fogones y la lustrosa vajilla.

—Venimos de una familia de historiadores, desde mi bisabuelo Gregorio, hasta mi nieto aquí presente, señorita. Sin embargo, el más osado de la generación sin duda es él —dijo señalándome—. Es el único que ha sido capaz de escarbar en el pasado más allá de unos simples legajos. Se ha involucrado de lleno en una investigación que muchas veces me ha hecho viajar en el tiempo. Me refiero desde el punto de vista legendario, donde se mezcla la realidad del presente, unos asesinatos, con mi gran pasión: la historia de este municipio.

—Lo que quiere decir mi abuelo es que le fascina que su leyenda favorita cobre vida —le aclaré a mi compañera.

—Por lo que me contó por teléfono mi nieto, pretende resolver el caso basándose en una leyenda urbana. Es una admirable locura —dijo plegando los labios y balanceando la cabeza en señal de aprobación. Su piel curtida por el paso del tiempo tenía un ligero matiz bronceado que acentuaba aún más las arrugas que surcaban su frente. Señal de que seguía atendiendo su huerto en el patio trasero.

—Victoria quiere escuchar de tus labios la desenfrenada aventura entre la monja y el burgués. Y la quiere con todo lujo de detalles, así que… estruja la memoria al máximo —dije dedicándole una sonrisa afectuosa.

—Esta leyenda es como un mantra que nunca ha faltado en las

conversaciones familiares. Estoy contento de que le hayan encomendado este caso, porque hace tanto tiempo que no veo a mi nieto, que no sé si realmente me importa que sus motivos para venir hasta aquí hayan sido puramente laborales —dijo el anciano apagando la mirada.

Aurelio miró a Victoria con una expresión afable mientras metía la cacerola con la sopa en la nevera y dejaba espacio para la vieja tetera de aluminio.

—Me sorprende el puñal que acabas de lanzarme —dije.

—Me estoy haciendo viejo. Habla la nostalgia.

—Debe de ser, cuando siempre has abogado por la independencia. Si no estableces unas bases afectivas en tu entorno, no puedes pretender que te ofrezcan amor y cariño a manos llenas —argumenté un poco sofocado tras escuchar su hiriente comentario.

—Aunque nunca se lo haya dicho, siempre he querido a tu abuela y a tu padre.

—Ahora sí que empiezo a preocuparme —añadí con sarcasmo.

—No estoy desvariando, si es lo que pretendes insinuar. Simplemente es que ahora veo la vida desde otra perspectiva.

—Ahora que ellos ya no están para escuchar tu arrepentimiento.

—Nunca es tarde para arrepentirse, Marcos.

—A veces sí lo es, sobre todo cuando las personas más importantes de tu vida se marcharon sin saber lo que es un abrazo —dije con tono despectivo y consciente de que Victoria se estaba enterando de nuestras flaquezas familiares.

En ese momento no sentí compasión, más bien estaba satisfecho por ser lo suficientemente asertivo como para no maquillar mis palabras. Mi sinceridad atravesó el corazón de mi abuelo, fundiéndolo como si se tratase de un trozo de mantequilla sobre un sartén candente. La mirada de Aurelio se volvió cristalina intentando contener la emoción.

—Bueno, creo que ya es suficiente —dijo Victoria—. ¿Hemos venido a maltratarnos o a perdonarnos?

—Sé que me he volcado más en el trabajo que en la familia, pero…

—No hay que dar explicaciones. Este asunto se zanja aquí. Es un buen momento para comenzar de cero —dijo de nuevo la detective.

Esa mujer sí que sabía coger el toro por los cuernos para dominar la situación, y estaba convencido de que se movía con la misma destreza en todos los ámbitos de su vida. Al escuchar sus palabras, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, tenía el rencor enquistado. Sacudí ligeramente la cabeza para salir del trance y enternecí el tono de mis palabras.

—Siento lo que he dicho. En realidad, nunca es tarde para cambiar. No hablaba yo, hablaba mi coraza.

Bastó una mirada de ese anciano para saber lo que pretendía decirme. Estaba desolado por el sentimiento de culpa. Jamás pensé ver arrepentimiento en sus ojos. Luego se levantó de su asiento, sin apartar la vista de la alacena, que me precedía. Abrió una de las puertas del aparador y sacó un pequeño recipiente de hojalata.

—Toma. Este es mi legado —dijo sin más.

El corazón me dio un vuelco. Sabía perfectamente lo que contenía. Abrí la lata y dejé caer el valioso tesoro sobre la mesa. Una mezcla de monedas de cobre, oro y plata se esparcieron por el tablero. Todo ocurrió ante la mirada atónita de Victoria.

—Parecen monedas antiguas —dijo mostrando admiración.

—Andas cerca —dijo mi abuelo—. Esto es una auténtica reliquia. Son monedas acuñadas en el siglo XVI, aunque muchas se venían usando desde el siglo XII. Quiero que sean un amuleto para que comiencen esta investigación con buen pie.

Había maravedís[1], reales[2], ducados[3], escudos[4]… unos en pésimo estado de conservación, que parecían estar mordisqueados por los bordes y tenían el relieve desgastado, y otros, donde se apreciaba con claridad el dibujo en cada una de sus caras.

Recogí el maravilloso regalo y lo metí en un saquito de piel de los que se usaban en la época y que había caído junto con las monedas. Lo anudé y lo introduje en el bolsillo. Todo un ritual que me hizo recordar cómo han cambiado los tiempos. El dinero tangible estaba predestinado a perder su esencia para dejar paso a las tarjetas de

plástico. La tecnología digital se estaba adueñando del mundo.

—Hoy es un día especial para mí —dijo Aurelio sirviendo las bebidas aromáticas.— Quiero compartir con ustedes una historia que comenzó como un rumor y que con el paso el tiempo se convirtió en leyenda. Puede que haya sido real, aunque nunca lo sabremos. Su base es tan pecaminosa que, con toda probabilidad la Iglesia habrá intervenido para que quedase en el olvido. Pero acallar las lenguas de una ciudad dominada por los chismes no es tarea fácil. Supongo que tuvo más peso el miedo a las represalias de la Iglesia que el placer de predicar una noticia morbosa. Así que dudo que la gente de esa época haya difundido ese incidente a través de pluma y tinta. Y si de casualidad hay algo escrito, estoy seguro de que nunca ha visto la luz.

—Podríamos partir de la base de que fue un hecho real, así no solo será más excitante la investigación, sino que estaremos más motivados —sugirió Victoria entusiasmada.

—Si escarbamos en el pasado, podríamos descubrir incluso el nombre de la víctima. De eso sí habrá constancia en los libros de entierro de la época —dijo el anciano frotándose las manos y sentándose en la silla que estaba junto a Victoria—. Pero de la monja no se ha descubierto absolutamente nada.

—Si nos narrase la historia desde el principio, podría ajustarme a los hechos y comparar ambos crímenes —opinó la detective.

Hubo un momento de la conversación en que me limité solo a escuchar y a sacar conclusiones. Conocía la leyenda pero se me escapaban los detalles, que siempre quedaban en boca de los más longevos de la rama genealógica.

Victoria apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos para descansar su barbilla sobre ellos. Miró embelesada a mi abuelo y se dejó arrastrar por el torbellino de sensaciones que le iban transmitiendo sus palabras.

—Entonces debemos ponernos en situación. Vamos a trasladarnos al 17 de noviembre de 1580. Se rumorea que la monja que se quitó la vida esa misma noche era una de las tres hijas de Olaya Fonte del Castillo, viuda del doctor Juan de Fiesco Anfos. Esta señora ofreció su casa y sus terrenos para la construcción del monasterio de las Clarisas. También asumió los costes de la edificación.

—Una mujer muy devota, supongo —dijo Victoria mientras se retiraba un mechón de la frente con un gesto elegante.

—En realidad, la viuda vio la oportunidad. Las monjas de la orden religiosa se iban a quedar desprovistas de residencia. Por lo que decidió entregar los terrenos, casas y asientos como dote de sus tres hijas.

—No comprendo —dijo ella arrugando el entrecejo.

—Que cedió sus bienes a cambio de que tres de sus hijas fueran internadas en el convento de clausura.

—Pensaba que la dote solo estaba ligada al matrimonio.

—Sí, también al matrimonio. Antiguamente, la ofrecía siempre el padre de la novia, así que la familia debía de estar en una buena posición económica. Una descendencia con demasiadas hijas no siempre era rentable, no podían casarlas a todas, así que, para casar bien a unas, había que sacrificar a otras.

—¿Se refiere a internarlas de por vida en un convento? —dijo, con expresión de sorpresa, mi compañera.

—Sí. La dote matrimonial era bastante más cuantiosa que la dote religiosa. Y muchas veces, los mismos hermanos presionaban a sus hermanas para que hicieran vida conventual y así aumentar su legado. Porque las doncellas, cuando pasaban de novicias a monjas, perdían la herencia. Y eso fue lo que les ocurrió a las hijas de Olaya, que lo único que recibieron fue: tres colchas, tres frezadas[5], seis sábanas y tres hábitos. Esas fueron sus únicas posesiones.

—Qué vida más desabrida y triste —dijo la detective antes de simular un bostezo.

—No quiero aburrirla con esta historia. Sería mejor ir al grano.

—No, más bien al contrario. Diría que es un relato muy instructivo, y además, está relacionado con el caso. Si no me cuenta cómo vive una sierva de Dios, ¿cómo voy a ponerme en su pellejo?

La sonrisa de Victoria era hipnótica. Desconocía muchas tragedias laguneras, pero compensaba lo entusiasta que era. Estaba sedienta de información.

—Así que… tres jóvenes acomodadas, hijas de una familia pudiente ingresaron en el convento ¿así, sin más? —dijo expectante.

—Según cuenta la leyenda, una de ellas se rebeló en silencio.

Estaba en contra de su encierro y decidió buscar una alternativa. Muchas noches se adentraba por uno de los pasadizos subterráneos, bajo el monasterio, para verse con su amante. Imagínese ese lugar con la galería anegada de agua sucia, acompañada por algunas ratas y por la débil llama de una improvisada antorcha. El frío calaba sus huesos… ¿puede sentirlo, detective? Los días eran más húmedos, más fríos y más lluviosos que ahora.

Victoria no solo llegaba al límite de la fascinación, sino que abordaba a mi abuelo con infinidad de preguntas.

—No entiendo cómo pudo dar marcha atrás a una decisión tan importante. Quizás no entró demasiado convencida al monasterio —dijo entrecerrando los ojos y creyendo tener una sólida idea de lo que había ocurrido.

—No todo el mundo está preparado para soportar la opresión de esos gruesos muros. Vigilancia constante, rutinas impuestas, silencio, oración y castidad ¿Acaso usted lo soportaría? —preguntó mientras acercaba la cara a su rostro para ver cómo cambiaba su expresión.

—Si fuese mi vocación sí.

—¿Y si fuese una obligación?

—¿Quién en su sano juicio quiere una vida de clausura si no siente el deseo de servir a Dios?

—No se trata de desearlo o no, se trata de cumplir con lo establecido. Si no eras esposa eras monja. Se acabaron las opciones. No podías elegir otro destino, de lo contrario, sembrarías la vergüenza hacia tu persona y hacia tu familia. El repudio de una sociedad.

—Me deja usted atónita —dijo Victoria irguiéndose en la silla y retirándose los cabellos de la cara con las dos manos.

—Si nacías mujer, tenías una estricta educación orientada al matrimonio. Todo tu entorno aplaudía esa conducta. Unir familias de buen linaje para aumentar el patrimonio era lo común, así que en realidad, el matrimonio era una mera transacción comercial. El padre o el tutor elegía al cónyuge. El amor no unía a las jóvenes parejas y a las no tan jóvenes.

—Explíquese —dijo Victoria reclinándose de nuevo hacia atrás en el asiento.

—Por ejemplo: podían planear desposar a una joven doncella con un hombre de avanzada edad. Bueno, lo de avanzada siempre es relativo. En esa época la esperanza de vida era sustanciosamente más reducida que ahora.

—Siento aversión solo de pensar que los matrimonios por conveniencia se prolongaron durante tantos siglos.

—Señorita, imagínese usted que estando en la flor de la vida, un viudo viejo y rico pone los ojos sobre su bello y terso rostro. En ese momento, usted sería el desahogo económico de la familia. Sin desearlo estaría condenada a desposarse en contra de su voluntad, solo por el honor de la familia. Por eso, la hija de Lercaro prefirió quitarse la vida antes de entregarse a un viejo acaudalado.

—Sí, el caso de Catalina Lercaro sí lo conozco. Se arrojó al pozo del patio el mismo día de su boda.

—Pues a eso me refiero señorita Reyes. Con la notable diferencia de que esa historia sí fue cierta. No es una leyenda como la que le estoy contando.

—No quisiera imaginármelo, don Aurelio.

—Quíteme el "don" y podremos ser amigos —expresó con una sonrisa traviesa. Victoria lo complació premiándolo con la misma actitud.

—Si frecuentaban los matrimonios sin amor, estoy segura de que la infidelidad estaba en auge.

—No le puedo dar más la razón. Y las que no tenían la desgracia de casarse, tenían la desgracia de ser encarceladas de por vida entre los muros de un convento. Fue una situación muy común en aquella época. No todas las jóvenes que decidían internarse actuaban por voluntad propia. Por lo tanto… los claustros estaban llenos de jóvenes sin vocación porque la presión familiar y social se imponía. En el caso de muchos curas sucedió algo parecido. No porque les obligaran, sino porque era una salida a una vida llena de privilegios.

—Pobres mujeres. Siento lástima por ellas. Y mire que no suelo sentir lástima con demasiada frecuencia, no va acorde con mi carácter ni con mi trabajo.

—Pobres niñas, querrá decir. La edad para establecer un vínculo amoroso estaba comprendida entre los 15 y los 19 años. Así que, las

mujeres casaderas debían relacionarse con familias con gran holgura económica desde muy temprana edad.

—Y si no, tenían que ponerse el hábito. Lo comprendo. Sé que está insinuando que muchas de las religiosas de ese siglo no querían ser monjas.

—No estoy insinuando nada, se lo estoy confirmando. De ese siglo y de muchos más —dijo mientras disfrutaba de los gestos que ponía Victoria a medida que se iba desarrollando la conversación. Veía a mi compañera tan perdida en la vida de la antigua sociedad, que decidí intervenir.

—Vas a tener que colaborar en esta investigación de forma más productiva, no estaría de más que te documentases un poco sobre las costumbres y comportamientos de la sociedad lagunera. Eso si quieres meterte de lleno en un caso policial que se remonta a más de cuatro siglos de antigüedad.

—Señor Marcos Yanes, quisiera refrescarle la memoria. Por lo que a mí respecta, no me encomendaron investigar un crimen basado en una leyenda del siglo XVI. El caso que se nos ha asignado es de este siglo. Si participo en esa curiosa investigación donde nos remontamos al reinado de Felipe II, será por voluntad propia y de forma paralela a la realidad. Por lo que no estaría de más que comenzáramos a interrogar a todos los sacerdotes de la zona. O lo que es lo mismo, a todos los que tengan nociones de latín y lleven un cíngulo atado a la cintura para sujetarse el hábito.

—Eso vendrá después —añadí mientras le sostenía la mirada.

—¿Después de qué? —preguntó contrariada.

—Después de que mi abuelo acabe de relatar la historia.

—Disculpe, Aurelio. Ya estaba dispuesta a pasar a la acción.

—Para llegar a la acción, es cierto lo que dice mi nieto. Hay que documentarse. Pero no se preocupe, él la pondrá al día enseguida —dijo guiñándole un ojo.

Mi abuelo y yo nos miramos. Ese contacto visual y su expresión bastaban para comunicarnos sin tener que pronunciar una sola palabra. Sabía leer entre líneas. El trasfondo que le solía dar a los asuntos controvertidos no era nuevo para mí. Estaba insinuando que tomara a esa mujer como pupila y algo más. Su lenguaje corporal y su

entonación denotaban una astucia enmascarada.

—Está bien. Sin más dilación le diré, señorita Reyes, que según el conocimiento que tengo de esa leyenda, esa monja, durante algunas noches, desaparecía del convento sigilosamente. Seguramente pasaron algunos meses sin ser descubierta —dijo el anciano encendiendo la lámpara de aceite que había en el centro de la mesa, para dar un ambiente de misterio—. Pero ocurrió la tragedia. Algún infame receloso decidió poner fin a la aventura entre la profesa y su amante.

La historia iba tomando forma a medida que la claridad del día menguaba, y las sombras proyectadas sobre nuestros rostros bailaban al son de la diminuta llama.

—Una terrible noche de noviembre, en la alcoba de este, cuando ambos estaban amándose, alguien entró por sorpresa y sin motivo aparente decapitó al burgués. Lo que sucedió después son puras especulaciones, que seguramente están exageradas o maquilladas por los cuentistas. Es posible que esa monja no existiera y la realidad es tan sencilla como que alguien tenía una rencilla con ese personaje y para vengarse decidió acabar con su vida. Sin embargo se dice que de esa vivienda salió una mujer ensangrentada y desnuda en plena oscuridad. En esa época no había farolas en las calles como ahora. Y el toque de queda era a las nueve, así que, si esa mujer existió y anduvo por las calles laguneras, ya estaba incumpliendo más de una norma ciudadana y varias normas eclesiásticas que ponían en tela de juicio la moralidad de la iglesia.

Mi abuelo hizo una pausa entre sombras y penumbras para encender dos de las velas que guardaba en una gaveta. La oscuridad estaba ganando terreno y daba un cariz escalofriante al relato.

—Imagínense a esa joven aterrada y desorientada, en medio de la noche, semidesnuda, atrapando el camisón contra el pecho. Podría incluso pensar que la estaban persiguiendo —dijo Aurelio dando una entonación pausada a la narración para crear un clima de misterio.

Victoria se fue sumiendo en la conversación hasta tal punto, que llegó a sentir los azotes sobre la espalda de la monja, incluso su desesperación.

—Y si esa leyenda no fuese una simple leyenda… —argumentó ella.

—Si hubiera sido verídica, alguien tendría que haberla visto, y seguramente habría dejado constancia de ello. Es imposible que no se

haya encontrado ni un solo documento que corrobore esos hechos.

—¿Y si fuera real pero la iglesia utilizó toda su influencia para ocultarla? —insistió la detective.

—¿Nadie la vio correr por las calles?

—Piense que de madrugada, en plena oscuridad, es difícil apreciar nada. A no ser… que esa noche hubiera luna llena. Aunque… si estuvo lloviendo, las nubes estarían cubriendo la ciudad —dijo Victoria montando el escenario a la perfección.

—Puede que sí o puede que no —dijo de nuevo Aurelio—. Si había ventisca, seguramente las nubes estarían corriendo por el cielo. Suele suceder muy a menudo. Es lo que hacen los vientos alisios por esta zona. Es probable que la luna se dejase ver por momentos.

Victoria se llevó la mano a la barbilla, entrecerró los ojos y mostró una expresión dubitativa durante un instante. Estaba cavilando algo, estoy seguro, pero se lo reservó para ella.

—Si es necesario buscaremos al burgués decapitado en los archivos de entierro para atar cabos. Descubriremos su nombre, su linaje y su entorno. Solo así dejaremos las conjeturas y encontraremos pistas sólidas —dije inmiscuyéndome en la conversación que mantenían.

—Esa es una buena idea. Descubrir la verdad a través de los cadáveres, pero aún hay más —dijo mi abuelo dirigiéndose de nuevo hacia Victoria—. Lo que no le he contado es que la monja no solo recorrió tres calles en penumbra, sino que al llegar a la iglesia de La Concepción, subió hasta lo alto de la torre y se tiró desde el campanario.

La detective se echó las manos a la boca. Estaba tan implicada en la historia que sintió dolor.

—De todas formas, no sabemos bien si esa parte fue realidad o ficción. Ya sabe usted que la base de muchas leyendas es un simple suceso que, muchas veces, ni siquiera es tan escalofriante, del resto se encargan los rumores, de maquillar y exagerar los hechos.

Ya habían pasado más de las diez de la noche cuando mi abuelo terminó de desmenuzar la historia. Decidimos despedirnos de Aurelio y de su hospitalidad para despertar con la mente despejada y retomar el caso al día siguiente. Los pocos detalles que nos había ofrecido mi

abuelo concordaban con la matanza perpetrada días atrás, exceptuando los dos disparos que el asesino realizó. Con mucha probabilidad fueron para defenderse de la víctima, o para evitar que saliese huyendo. Sin embargo, había una semejanza entre los crímenes: el escenario, las circunstancias y el origen. Las tres mujeres provenían del mismo convento, eso esclarecía la duda del tiempo. Esos cinco años de diferencia entre un crimen y otro estaban determinados solo porque eran monjas de clausura, dejando, por lo tanto, libres de peligro al resto de las vírgenes laguneras. Debíamos prestar especial atención a las religiosas que, por los motivos que fueran, decidieran sucumbir a los placeres terrenales y renunciar a sus votos de castidad en el cenobio de las Clarisas. Algo más concreto que nos facilitaría parte de la labor de vigilancia. Si hacíamos un buen trabajo de investigación, podríamos distanciar los asesinatos.

Al salir a la vía, nos dimos cuenta de que la luz escaseaba por culpa de dos de las farolas que llevaban fundidas desde hacía semanas. El alumbrado y los adornos navideños más luminosos estaban reservados para los lugares más céntricos y concurridos. La calle Montaraz parecía una de las más solitarias. El hervidero de gente se concentraba en las zonas de restauración: un punto de encuentro para disfrutar de la compañía de amigos y familiares, al amparo de una chimenea de gas, algunos pinchos y un buen vino. Cualquier excusa era lo suficientemente valedera para disfrutar de los rincones de la emblemática ciudad de Aguere.

Cuando comenzábamos a subir por el estrecho callejón en busca del coche, un vehículo descontrolado irrumpió de repente. Llevaba la luz larga puesta y nos deslumbró. Ya iba a una velocidad considerable cuando dio un peligroso volantazo para incorporarse desde la avenida de Lucas Vega hasta la calle Montaraz. Se nos vino literalmente encima. La vía era de un solo sentido y la anchura de la acera era irrisoria. Al descubrir que el conductor no tenía intención de moderar la velocidad, lo único que se me ocurrió en ese momento fue tirar del brazo de Victoria y correr en dirección contraria para intentar salir de la estrecha calle, antes de que ese demente nos alcanzara. Escapamos en el momento justo, cuando el parachoques del todo terreno arremetió contra la esquina de una casa. Del mismo modo que entró en el callejón salió: sin detenerse siquiera a comprobar los daños del vehículo. Todo ocurrió tan deprisa que apenas nos dio tiempo de asimilar lo sucedido. No sabíamos si los festejos y el alcohol tenían parte de culpa, pero sí que habíamos salvado la vida por milésimas de segundo. Victoria restó importancia al suceso, argumentando locura

transitoria navideña. Intentamos mantener la calma y reanudar las conclusiones sacadas tras la conversación con mi abuelo.

Victoria se detuvo antes de abrir la puerta del coche y se giró para mirarme a los ojos.

—¿Sabes? La parte real es la que más duele.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté extrañado.

—A la vida que llevaban las mujeres en esa época. Parece de película.

—Es que las películas se basan en ello. Es parte de la historia. No puedes luchar contra eso.

—Pero sí puedo luchar contra la injusticia —afirmó.

—La de este siglo, sí.

—¿Cómo se puede desenmascarar a un asesino que vivió en esta misma ciudad tantos siglos atrás?

—Simplemente no se puede. ¿Es lo que intentas hacer? ¿Investigar a un criminal legendario sin pruebas? Si no lo detuvieron en esa época, difícilmente podremos encontrar su identidad ahora. Lo único que se podría hacer es averiguar el nombre de la víctima. Como dijo Aurelio: estará en los registros de entierro del siglo XVI —añadí.

—¿Y si no pusieron mucho empeño en investigar ese crimen?

—De qué serviría saber su nombre. No podrías condenarlo.

—Pero sabría más del caso de lo que sé ahora —insistió Victoria.

—Si pretendes eliminar sospechosos, yo puedo hacerte un resumen —dije con notoria seriedad. Supongamos que estamos en noviembre de 1580.

—De acuerdo. Intentaré retroceder en el tiempo.

—Es un año con un nivel de población considerable. Si el crimen hubiera sucedido después de 1584, quizás todo hubiera sido diferente. Podríamos descartar a muchos ciudadanos de ser sospechosos de asesinato.

—¿Y eso por qué?

—Porque desde 1582 hasta 1584, la epidemia de la peste asoló la capital. La Laguna, en ese entonces, era la capital de la isla, y la infección se llevó consigo a casi la mitad de la población. Es una enfermedad que vino importada y creyeron que podría haber estado en algunas de las reliquias que venían en los barcos de mercancías, posiblemente entre algunas telas o cuadros. Así que… dado que nos vamos a referir al año 1580, podemos aproximarnos a un número de sospechosos de entre 9.000 y 10.000. Era la cantidad aproximada de habitantes en la ciudad por ese entonces.

—¿Estás hablando en serio? —dijo Victoria dando un paso atrás.

—No, simplemente quería ver tu expresión.

—¿Y cuál ha sido?

—De desconcierto, obviamente. Pero no creo que recrear el suceso de 1580 nos vaya a llevar a ninguna parte, señorita detective.

—Eso depende. Es posible que sea la base de los asesinatos ocurridos durante estos últimos cinco años. Puede haber una conexión interesante entre ellos.

—Si apenas podemos resolver un caso ocurrido hace una semana, ¿cómo pretendes resolver uno de hace 442 años?

—Porque es probable que haya un punto de enlace entre el asesinato de ese burgués y el de Francisco Perdomo. Hay demasiadas coincidencias. El sospechoso tomó la leyenda para perpetrar los asesinatos. Habrá que averiguar, al menos, por qué lo hizo. —dijo Victoria mientras abría la puerta del coche.

—El porqué ya lo sabemos. Porque pretende castigar a todas las monjas que rompan su voto de castidad. Son ellas las que están relacionadas entre sí. Y para encontrar un indicio que explique qué impulsó a ese hombre a recrear los crímenes, habría que trabajar muy duro. Me fascina la historia, pero a veces hay que tener la mente fría para no dejarse llevar por una pasión. Si nos desviamos demasiado del caso real, podríamos perder un tiempo valioso. Y el tiempo salva vidas —dije con el propósito de sacarla de su propia fantasía.

—¿Y si es todo lo contrario? Seguir el camino que llevaron los agentes en la anterior investigación, podría suponer perder vidas. El caso fue archivado. No deberíamos seguir el mismo patrón. Habrá que investigarlo desde otro ángulo, ¿no crees? A veces me desespero, porque yo siempre cumplo mis objetivos. No quiero defraudar a

Mendoza.

—¿Cómo pretendes lograr ese objetivo con el escaso tiempo del que disponemos?

—Marcos, ya no existe el tiempo. Sabemos quiénes son las víctimas y en qué circunstancias se las castiga. Podemos evitar eso. En realidad no se trata de encontrar el rastro del criminal al milímetro, pero sí poner la lupa sobre algún nombre.

—Lo que pretendes es una quimera —dije mientras giraba la llave en el contacto del Ranger Rover.

—A lo mejor es más fácil de lo que imaginas —insistió ella—. Ahora mismo, sin apenas datos, voy a descartar a la mayor parte de los 10.000 sospechosos laguneros de 1580. Resta niños, mujeres y ancianos.

—Si la Iglesia fue partícipe de ese acto, querría evitar el escándalo público y la deshonra de la institución. Pondría todo su peso para hacer desaparecer las pruebas, por lo tanto, el clero se vería con la necesidad de enterrar la historia, y con ella, todos los documentos que hagan referencia a ese suceso. Por eso está siendo tan complicado atar cabos. No hay nada que demuestre que ese relato sea verídico —argumenté mientras la miraba.

Victoria se cruzó de brazos y ladeó la cabeza con una expresión muy peculiar. Sus labios fruncidos me estaban retando. Parecía una niña frustrada. Sabía que no sería fácil hacerla cambiar de opinión. Seguramente su testarudez era la razón de su éxito.

—Una monja que se tira desde un campanario… debió de provocar un impacto social en esa época, y en cualquiera, supongo. Por mucho que la iglesia hubiera querido, no se podrían acallar las voces ni cortar las lenguas afiladas de una ciudad tan ligada a la religión católica. Quizás los testimonios sean ciertos y hayan sido transmitidos de padres a hijos, hasta tal punto que la realidad se convirtió en leyenda —argumentó.

—O quizá siempre fue una leyenda. Ahora no hay modo de saberlo —dije regulando la calefacción en el cuadro de mandos del coche.

—¡Estás equivocado! —exclamó.

—No me puedo creer que pretendas resolver ese caso.

—¿Se te ocurre algo mejor que hacer? ¿Has avanzado en la investigación? ¿Sabes algo sobre la muerte de Francisco Perdomo, José Marrero o Isabel Negrín?

—No, no y no son la respuesta a tus tres preguntas.

—Entonces no hay más de que hablar. Ganamos por mayoría. Tres de tres —dijo soltando una carcajada triunfal.

—Está bien… No sabría por dónde empezar, Victoria. No es fácil sacar pistas partiendo de un rumor.

—Entones será mejor que pensemos rápido.

—Comienza tú —dije.

—Un hecho irrefutable es que en el siglo XVI había menos recursos detectivescos, sin embargo, hubiera sido más sencillo de resolver ese asesinato que el que Mendoza nos ha encomendado. En el caso de que no fuera una leyenda sino una realidad, es obvio que las autoridades miraron hacia otro lado. Bien por no manchar el nombre de la iglesia, o porque algún clérigo o alguna familia importante estaban implicados. Así que todo se puede quedar en rumores y en vanas especulaciones, pero lo que está claro es que el epicentro de esa matanza es un hecho real. Seguramente la historia es más simple de lo que nos cuentan, y con el paso de los años se ha ido distorsionando. Muchas leyendas y mitos no son tan fascinantes si escarbamos un poco en sus orígenes. A muchos, simplemente les gusta mantener vivo el misterio. Este caso es complicado de resolver y terminará por quitarme el sueño, Marcos. Soy tan testaruda, que si no acabo lo que empiezo, prefiero no empezarlo. Y lo peor de todo, ¿sabes qué es? Que me he metido de lleno en la investigación, y ya es tarde para tirar la toalla.

—Tranquilízate. Tú déjame a mí el suicidio de la supuesta monja. La historia es el campo donde mejor me desenvuelvo. Encárgate tú de los asesinatos de este siglo, que para eso te han instruido. Y si los dos nos movemos en sintonía, es muy probable que descubramos cosas interesantes —concluí.

# XI



Estaba agotado de perseguir sotanas por todos los rincones de La Laguna. Llevaba un haber de siete clérigos dispuestos a colaborar en la entrevista, porque interrogatorio podía parecer una palabra demasiado impositiva para la orden religiosa cristiana. Y nada que decir de llevarlos a declarar a la comisaría. Me tomé dos días yendo y viniendo

de iglesias, sacristías, parroquias y conventos.

Cuando llegué a la Concepción ya eran las nueve menos cuarto de la noche, la puerta de la iglesia estaba entreabierta, como había anunciado el padre Vicente. La estancia parecía solitaria, a pesar de haber pospuesto nuestro encuentro a última hora. Atravesé la nave central custodiado por las robustas columnas de piedra. Se unían entre sí por vistosos arcos de medio punto y a su vez sujetaban la imponente techumbre de madera. Subí los dos primeros peldaños del presbiterio para dirigirme hacia la sacristía, donde intuí que debía de estar el clérigo cuando, de pronto, la grandeza del templo se vio envuelta por el sonido de los primeros acordes de una música celestial. Me quedé inmóvil y sentí estremecerme. No me esperaba un encuentro tan místico, y menos con una de las melodías más escalofriantes del barroco. Di media vuelta y apoyé la yema de los dedos sobre la mesa del altar mayor, mientras alzaba la mirada hacia el otro extremo del edificio eclesiástico. Allí estaba el sacerdote, sentado frente al colosal instrumento tubular que Moure había traído desde Inglaterra, dándome la espalda, a sabiendas de que yo estaba contemplándolo. Cuando el silencio volvió a reinar en la sala, el cura se giró hacia mí e hizo un gesto con la mano para indicarme que en breve me concedería la entrevista.

El padre Vicente no se mostró muy entusiasta a la hora de participar en la investigación. No le provocaba ningún placer estar dentro de una lista de sospechosos. La arruga del entrecejo se le marcó aún más cuando le propuse la lectura del texto en latín, para poder grabar su voz y cotejarla con la original.

—No sé hasta dónde quiere llegar, detective, pero, que yo sepa, esos asesinatos no pueden estar vinculados con la iglesia —dijo mientras se desabrochaba la sotana.

—No sería el primer caso donde un sacerdote rompe el quinto mandamiento —dije con un tono de voz agrio.

—Sí, pero… ¡¿no se da cuenta de que no tiene sentido?! —exclamó sacándose la manga con esfuerzo.— ¿Qué clase de latín ha utilizado ese hombre? ¿En qué seminario ha estudiado? Y ya sin mencionar la primera frase que escuché en la grabación. Confunde el “nombre de Cristo” con la “cruz de Cristo”. Estoy por apostar que no es muy devoto de la fe cristiana.

—Entonces, ¿por qué las pesquisas apuntan hacia esta doctrina? Somete a la monja para que expíe sus pecados, utiliza los métodos de

la Inquisición como castigo, se expresa en latín, amarra las muñecas de la religiosa con un cíngulo, y decapita al amante… ¿qué sentido tiene todo eso?

—Eso sí que no lo sé. Seguramente pretende desviar la atención de la policía. Querrá que las sospechas recaigan sobre la Iglesia —dijo mientras daba media vuelta y se alejaba hacia el crucifijo que había a la derecha de la sacristía—. No tengo ni la menor idea.

—¿Me está diciendo que porque no se desenvuelva correctamente en latín, debemos dejar de investigar a todos los presbíteros y religiosos del municipio?

—Sería un punto a tener en cuenta. O simplemente sea usted un poco más abierto de miras. No se centre solamente en el clero. Podría ser un psicópata con licencia de armas. Eso sí que daría miedo.

—¿Conocía a las víctimas? —pregunté mientras seguía sus movimientos con la mirada. Se puso a limpiar el Cristo con un plumero mientras me daba la espalda. Al parecer, no mostraba interés ni respeto hacia mi profesión, ni hacia este caso.

—¿Por qué debía de conocerlas?

—¿Me responde con una pregunta? Estamos ante una investigación muy seria. Requiere agilidad y usted no está aportando nada. No he venido hasta aquí para verlo desempolvar el crucifijo. ¡Me está haciendo perder el tiempo! —dije irritado.

—No puedo aportar nada de valor cuando no sé nada.

—¿No sabe nada siendo usted el sacerdote que confiesa a las religiosas en ese convento? Sabe más de la cuenta, creo yo. Usted podría ser la última persona que habló con las monjas antes de abandonar el convento. Incluso sabrá por qué renunciaron a la clausura. Es por eso por lo que está en el punto de mira de la investigación —dije aproximándome a él para ver su reacción. —O se muestra más colaborativo, o me voy a tomar la libertad de arrestarlo por obstrucción a la justicia. Si me está ocultando algo…

—Eso que acaba de insinuar no será una amenaza, ¿verdad?

—Yo diría más bien que es una advertencia, pero interprételo usted como quiera. Lo que no estoy dispuesto a permitir es que me dé la espalda mientras intento mantener una conversación de vital importancia para las autoridades.

—Detective ¿Por qué no se centra mejor en los familiares de las víctimas?

—¿Conocía a las víctimas sí o no?

—Sí, por lo menos a Francisco Perdomo. Era un reputado abogado. Pero de las monjas no sé absolutamente nada. No sé más de lo que ellas querían confesar. Elena López nunca habló de sus intenciones de abandonar el convento. Esa mujer tendrá mucho que contar cuando esté recuperada.

—¿Cómo sabe que sigue con vida? —pregunté entrecerrando los ojos.

—¿Quién ha dicho que lo sepa?

—Usted, ahora mismo. Me acaba de hablar en futuro: "Ella tendrá mucho que contar".

—Detective, usted imagina que el puesto que desempeño es el de un simple sacerdote ignorante, ¿verdad? Tengo más influencia de la que cree y contactos donde menos se imagina. Por lo tanto, deje de amenazarme con retenerme si no colaboro, porque a lo mejor el que se puede ver amenazado sea usted.

La soberbia y altanería del clérigo me llevaban a pensar que podía tener relación con los asesinatos o, como mínimo, sabía más de lo que contaba. Sin duda alguna, alguien próximo al departamento le estaba adelantando asuntos confidenciales, algo que podría poner a la policía en una situación delicada. La Iglesia no debería ir un paso por delante del caso. Era necesario contar con el factor sorpresa para desenmascarar al agresor, porque, según mi apreciación tras este breve interrogatorio, el padre Vicente ya se había posicionado el primero de la lista.

En resumen: transitar las calles para investigar y tomar declaración a los religiosos parecía estar siendo una pérdida de tiempo. Sin embargo, Vicente me demostró que era más que eso, era batallar en un caso, donde ya sabía las preguntas antes de yo formularlas. El análisis final era concluyente: o no conocía a las víctimas, o no deseaba colaborar por alguna razón. Era obvio que estaba vinculado con el crimen de alguna de las formas. Sin embargo, su última respuesta amenazante, acabó con el entusiasmo que me había llevado hasta allí.

## XII



Llevaba dos días bastante agitados sin resultados palpables. Por más que cotejaba la grabación en latín con las voces de los sacerdotes, no encontraba la semejanza. Una situación que me obligaba a ampliar el cerco de sospechosos, y como dijo el párroco, a abrir las miras. Me había tomado la molestia de remontarme a cinco años atrás para

investigar a todos los clérigos de esa época y ajustarme a la fecha del primer asesinato. A pesar de la intuición que suele acompañarme, no fui capaz de sentir un interés particular por ninguno de ellos, incluso después de interrogar a alguno de los monaguillos. Solo me quedaba pensar que el asesino no profesaba la fe cristiana y ser más un simple ciudadano que alguien del entorno religioso. A pesar de todo, el padre Vicente requería una investigación especial, algo más profunda. Sus respuestas no me inspiraban confianza.

El culpable podría hallarse entre un amplio abanico de individuos: cualquiera que conociese la leyenda de forma específica, algún historiador, o incluso cualquiera que hubiera visitado los archivos históricos en los últimos cinco años. Mi atención se centraría en las personas que metieron las narices entre los legajos que hacen referencia al siglo XVI.

Al principio no tenía bien claro qué hacer con todas las pruebas: escasa información útil y ningún camino específico por donde continuar la investigación. Un impulso inesperado me llevó a rastrear en otra dirección: la información municipal. Visité el Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife, donde figuraban los registros de las personas interesadas en documentarse sobre esas familias pudientes del siglo XVI, y más concretamente, del año 1580.

En el registro de entrada figuraban numerosos nombres, personas que en su momento se sintieron atraídos por los temas más escabrosos de la ciudad, entre los que podría figurar el asesino. ¿Cómo si no, conocía la leyenda al dedillo? Era una lista demasiado extensa para señalar solo a uno. Desde el crimen del 2016, o incluso antes, alguien tuvo que indagar entre los documentos transcritos o no transcritos, para hilar los pormenores de la historia. Configurando un espacio en el tiempo, donde una leyenda vuelve a cobrar vida. No había otra forma lógica de recrear el crimen. Cronológicamente situé al asesino entre los años 2014 y 2016, momento en el que pudo consultar los documentos de su interés. El resultado de pedir el listado de todos esos curiosos fue un haber de 182 nombres. Un minucioso rastreo que nos llevaría una eternidad. Discriminé a los que no estaban interesados en la vida del burgués ni de las Clarisas. Era la forma más lógica de menguar el número de participantes, reduciendo la lista a 48.

Nº DE VISITAS NOMBRE Y APELLIDO

1 Esteban Fumero Prieto

1 Lorenzo Batista Trujillo

5 Daniel García Pulido (historiador)

**1** Elena Luzardo Fuente (Libre de sospecha)

1 Rafael de las Cuevas Pérez

1 Carlos Fonte Álvarez

**4 Pedro Bethencourt Martín** (Sospechoso **Nº1**)

1 Baltasar Díaz González

1 Alonso Cruz Robayna

1 Nicolás Rodríguez Lugo

**3 Francisco Hernández Darias** (Sospechoso **Nº2**)

1 Luis Medina Santos

**2** Carlos Estévez Pérez (Fallecido)

1 Tomás García Ponte

1 Diego Marrero Chinea

**1** Ana Santana Álvarez (Libre de sospecha)

1 Pedro Dorta López

**2** Florencio Gutiérrez Mesa (Fallecido)

1 José Antonio Mederos Pinto

1 David Delgado Guanche

**3** Ana Belén Perera Yanes (Libre de sospecha)

1 Fernando Franquiz Santos

1 Víctor Reyes Bencomo

1 Jesús Morales Prieto

**2 Hugo de la Rosa Brito** (Sospechoso **Nº3**)

**1** Josefa Martínez Expósito (Libre de sospecha)

1 Alfredo Domingo Cabrera

1 Pedro Tejera Lugo

1 Silvestre Delgado Mesa

1 Horacio Claverie Medina

**1** Raquel García Chávez (Libre de sospecha)

1 Pablo Estévez Salazar

1 Enrique Molina Iriarte

1 Mauricio Gómez Castellano

1 Tomás Cruz Delgado

**4 Rafael Expósito Tejera** (Sospechoso **Nº4**)

1 José Carlos de Padilla Fuentes

1 Antonio Pérez Morales

1 Silvano Molina Delgado

**2** Emilio Sánchez Machado (Fallecido)

1 Rubens Jorge de Godoy

**1** Sandra Acosta Trujillo (Libre de sospecha)

1 Marcos Daniel Yanes Baute

**2 Fernando Perdomo López** (Sospechoso **Nº5**)

1 Darío Ledesma Martínez

1 Miguel Velasco Chacón

1 Lázaro Manuel Alonso Batista

Descartando a Daniel García Pulido, un historiador reconocido en la isla, a las mujeres y a los fallecidos, la lista del registro de archivo se reducía ínfimamente a 38. Mi entusiasmo decayó al descubrir que no disponíamos de solidez alguna entre los sospechosos. Al principio, ninguno de los nombres parecía estar vinculado directamente con las víctimas.

Saber que el asesino solo actuaba cuando una monja sucumbía al placer mundano, nos daba cierta tranquilidad, sin embargo, el tiempo parecía estar en contra. Las pistas eran escasas, algo que nos obligaba a tomar una determinación entre dos opciones: recrear la leyenda y comenzar la investigación desde el convento de las Clarisas, o bien, centrarnos en el rastro difuso que presentaban los cadáveres del siglo actual. Seguir el rastro de las dos monjas torturadas solo haría que volviésemos a cerrar el caso, y las posibilidades de atrapar al asesino se desvanecerían como el humo. Así que, mi decisión final fue firme: centrarme en la historia del burgués, aun dudando de la veracidad de la leyenda.

Di un corto paseo por el callejón empedrado que discurre por uno de los laterales del convento, y me planté ante el postigo de la puerta principal. El nombre de la vía había cambiado de forma drástica una mañana de octubre. Pasó de ser la calle Ernesto Ascanio y León Huerta a necesitar un buscador de internet para recordar su nombre. Ya el anterior me parecía largo, pero… La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, podría ser un tanto exagerado, a pesar de que, con este nombre, la ciudad cobraría de nuevo el encanto de su pasado. “Un nombre más escueto hubiera estado bien” —dije para mí —. Podría haberse llamado el Callejón de las Monjas, como antaño.

Me dejé los nudillos en el armazón de madera de la entrada principal, porque la profundidad de las galerías y la espesura de los jardines amortiguaban el sonido, para que el silencio siguiera reinando entre los bastos y gruesos muros de la abadía. La madre superiora, Sor María de la Piedad, me había citado a las siete de la tarde por ese lado del convento. A pesar de que la puerta de doble hoja que daba a la calle Nava y Grimón muchas veces estaba abierta. Levanté la cabeza y fijé mi atención en las diminutas ventanas elevadas, y más alto aún, en el bello ajimez con mirador de madera. Era un torreón del monasterio de estilo mudéjar, muy llamativo. La

cúspide que comunicaba a las profesas con el exterior, concretamente, ofrecía una cuadriculada visión hacia la calle Viana. La celosía daba la falsa sensación de libertad, de ver sin ser vistas.

La religiosa abrió la puerta, miró a ambos lados de la calle e hizo un ademán para cogerme del brazo, pero se contuvo; en cambio, sí gesticuló con la mano para que entrase con rapidez, como si estuviera ocultándose de la gente. Su semblante podía mostrar cualquier expresión excepto entusiasmo: pálida, recatada y silenciosa. Atravesamos la iglesia para guiarme por el claustro hasta llevarme por el patio secundario donde un pequeño pozo de piedra llamó mi atención. A lo lejos se podía escuchar una melódica plegaria de voces femeninas. La abadesa se giró y vio como me había quedado inmóvil en medio del jardín.

—¿Podría darse un poco de prisa? No se entretenga. Lo que escucha solo es un ensayo del coro. Estamos repasando el canto gregoriano porque pronto habrá una ceremonia importante. Una de nuestras hermanas tomará el velo.

—Me sorprende gratamente. No imaginaba que en estos tiempos que corren haya jóvenes que sigan manteniendo el celibato para ingresar en la orden.

—Más me sorprende a mí, porque la joven de la que está usted hablando es una viuda de 68 años que decidió internarse en el monasterio para consagrar el resto de su vida a Dios.

Ese comentario aplacó mi curiosidad, y permanecí en silencio el resto del trayecto.

Pasamos por la zona de secretaría y entramos en su despacho. La secretaria general también estaba ausente, por lo que no hubo ningún testigo de nuestro encuentro.

—Haga el favor de sentarse, detective —dijo mostrándome una silla justo delante del escritorio. Accedí a su petición y saqué mi libreta de anotaciones antes de acomodarme. La religiosa se sentó también.

—Y bien. ¿Qué desea saber exactamente? Su superior, Andrés Mendoza, me ha llamado esta mañana para anunciarme su llegada. Me ha comentado también los dos incidentes ocurridos con esas chicas. Es terrible —susurró. El lastimero suspiro de Sor María ocupó toda la estancia.

—Bueno, yo no lo llamaría así exactamente. Lo llamaría más bien… asesinatos. ¿Qué puede decirme de Elena López y de Isabel Negrín?

—No mucho, la verdad. No tenemos la costumbre de hablar de temas banales. Solo de lo indispensable. Entiende que es un lugar de silencio y oración ¿verdad? A veces, en la sala capitular hablamos, pero sobre todo, de asuntos religiosos. Elena López estuvo con nosotras durante nueve años. No comprendo por qué se marchó. Velamos por su alma a diario. Sin embargo, Isabel era muy joven, todavía no tenía clara su vocación. Apenas ejerció unos meses como postulante. Ahora hay demasiadas distracciones en el mundo para centrarse en una tarea tan seria. Para la juventud, vivir en un santuario como este debe de ser más bien un sacrificio. Alejarse de las tentaciones no es tarea fácil, detective. Eran buenas chicas, solo que se desviaron del camino.

—Con todo esto me quiere decir que no podré sacar nada en claro sobre esas dos mujeres, ¿verdad? ¿Sabe algo de los hombres asesinados a punta de pistola? El primero fue José Marrero, en el año 2016, y hace unas semanas, Francisco Perdomo.

—Pensé que los habían decapitado.

—Sí, eso fue después.

—¡Qué horror! —exclamó.

—¿Cuántas monjas hay bajo su tutela o sus órdenes?

—No estamos en el ejército, detective.

—Le replanteo la pregunta de otra forma. ¿Cuántas hermanas hay en el cenobio de las Claras? —dije mientras anotaba los primeros apuntes en el pequeño cuaderno.

—Si me cuento a mí, somos 14.

—El asesino anda tras las monjas que rompen el celibato. Las vigila, esperando el momento en el que sucumben al placer de la carne. Lo único que quiero ahora mismo es que se comprometa conmigo. En cuanto alguna decida abandonar la orden, hágamelo saber de inmediato. Si no lo hace, es posible que su vida corra peligro.

—De acuerdo, no se preocupe por eso. Lo llamaré —dijo con notables signos de preocupación.

—No quiero que el padre Vicente vuelva a confesarlas. Por lo menos hasta que no se esclarezcan los hechos.

—Precisamente, en estos momentos está en la iglesia dirigiendo al coro, podría comentárselo.

Hice una pausa antes de cambiar de tema. Entendí que sería difícil alejar al párroco del convento por las buenas. Dada la arrogancia que había mostrado la noche del interrogatorio… tendría que alejarlo por las malas.

Tras ver la actitud de cada religiosa y la pasión que mostraban, comprendí que la vida conventual siempre estaría ligada a la oración para salvar a los pecadores y aliviar el dolor de las víctimas asoladas por las guerras, el hambre y las injusticias. Ese siempre será su cometido. El dolor de la humanidad es demasiado tortuoso para que algunos deseen valorarlo. Solo unos pocos son capaces de comprender.

—Le resultará un tanto extraño que le cambie de tema, pero... ¿Qué me puede decir de la fundadora de este monasterio? Una señora muy generosa por lo que me han contado —dije.

—¿Le han contado o ha investigado? ¿No es cierto que usted, además de ejercer de detective, también es historiador? —dijo plegando los labios y haciendo una simpática mueca.

—¡Vaya! Me temo que Mendoza la informó de más.

La superiora esbozó una ligera sonrisa antes de hablar.

—En realidad, es una historia que se remonta a tiempos muy lejanos.

—Me sigue interesando igualmente. No se trata del tiempo en sí, sino de los sucesos. Aunque también quisiera averiguar si bajo el monasterio existió algún pasadizo.

—Lo único que puedo decir de la fundadora, Olaya Fonte del Castillo, es que, a pesar de tener una descendencia genealógica numerosa, gozaba de un patrimonio nada modesto. Su difunto esposo la dejó a cargo de 11 hijos. Y como sabrá, da por dote de sus tres hijas, casas, terrenos y asiento que poseía en esta ciudad. Todo por un valor de tres mil ducados de a once reales cada ducado. Una auténtica fortuna para esos tiempos. Sin embargo, otra de las condiciones que puso fue que ella y sus herederos dispusieran de un asiento junto al arco principal de la iglesia y una sepultura en la capilla mayor.

—Lo sé, sé que aprovechó las necesidades que estaban pasando las Clarisas para establecer un patronato antes de que fueran devueltas a otros conventos peninsulares. Simplemente las acogió —afirmé.

—Efectivamente. Las Clarisas fue el primer convento femenino de La Laguna. Sabía usted eso también, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Los Franciscanos reclamaron su espacio, y como las religiosas no tenían adonde ir, la viuda hizo ese pacto con las profesas. Internar a tres novicias en el claustro a petición de una madre que vio la oportunidad. Por lo tanto… solo quiero comprobar si las tres hijas de Olaya Fonte están descansando en la capilla mayor como dicen los documentos escritos.

—Le confirmo que así es —dijo de forma espontánea la monja.

—¿Podría comprobarlo personalmente?

—¿A qué se refiere exactamente? ¿Quiere consultar los archivos de entierro? —dijo bajándose las gafas hasta la mitad de la nariz.

—Me refiero más bien… a ver sus nichos, si es posible.

—No es posible. La cripta está cerrada al público —espetó.

—Esto es una investigación policial. Los detectives no formamos parte del público. ¿Podría indicarme, si no es mucho pedir, el lugar exacto donde están enterradas esas monjas? Debo abrir los ataúdes para determinar el estado de los restos óseos y del ajuar que llevaban.

—Si va a vulnerar el descanso de las religiosas, al menos dígame que tiene una orden judicial. No pensará que voy a dejarlo curiosear con plena libertad simplemente porque a usted se le antoja. Entienda que es un lugar sagrado donde hay una serie de normas estrictas con respecto a las visitas. Un respeto por esa paz que le debemos a los muertos —dijo de forma atropellada. Como si hubiera reservado todas las palabras que no había pronunciado en años para dedicármelas a mí.

—De momento no tengo ninguna orden. Sin embargo, espero que entienda el revuelo que ocasionaría este asunto si el incidente saliese más allá de esta mera investigación. La prensa estaría encantada de entrevistarla. Ya estoy viendo los titulares: “dos monjas escapan del convento para mantener relaciones sexuales. Una de ellas muere” Usted sabe que los medios de comunicación tergiversan los hechos para hacer más jugosa las noticia. Por lo tanto… los ciudadanos

dudarían de la pureza de las religiosas, vuestra castidad se cuestionaría y la devoción hacia Dios también se pondría en tela de juicio. ¿No cree que este caso debería mantenerse a la sombra? —dije mientras apretaba el extremo del bolígrafo para sacar la punta.

—No veo qué relación tienen esas monjas con las hijas de Olaya Fonte. Han pasado varios siglos por medio.

—Eso es lo que pretendo averiguar. Simplemente queremos salir de dudas para dejarlas descansar en paz. Una de las profesas guarda un secreto, y estoy por apostar que se lo llevó a la tumba.

—Me niego. No puedo permitir que profanen un lugar sagrado. Debe de haber otra forma.

—¿Se quedaría más satisfecha si le entrego la orden judicial? Pienso que molestar a los jueces solo para obtener unos papeles, no le hará ningún bien. No dude de que la conseguiré si así lo desea, pero solo es una cuestión burocrática que les dará más dolores de cabeza que sosiego.

No podía decirle a la abadesa que Mendoza quería mantener este asunto en secreto simplemente por mantener un vínculo cordial con el alcalde. Cuanto menos supiese la prensa, mejor para todos.

Sor María mostró una expresión recelosa antes de apoyar las manos sobre el tablero de la mesa para impulsarse. Desvió la mirada hacia el reloj de pared y luego volvió a centrarse en mí.

—Las hermanas están a punto de acabar la liturgia del día. Pronto se dirigirán al refectorio para preparar las mesas. Se ha hecho muy tarde. ¿Por qué no viene en otro momento?

—No dude de que volveré, pero hoy quiero comprobar los restos de las religiosas. El tiempo juega en nuestra contra. La presión mediática nos obliga a agilizar el caso. Solo acompáñeme hasta la capilla mayor e indíqueme cuál es el acceso a la cripta. Luego puede olvidarse de mi presencia y reunirse con sus compañeras para que inicie el ritual que suele acompañar a la cena. Solo piense que nuestro encuentro no ha tenido lugar.

Volvimos atravesando de nuevo el patio secundario, y presté especial atención a las escalinatas de madera que conducían hacia la planta superior. Sin embargo, la prelada[6] no se demoró ni un instante, se dirigió con agilidad hasta la capilla sin levantar la cabeza. Solo un instante antes de detenerse en el centro del templo, tomó un garrote

que se ocultaba tras uno de los velones, y me lo entregó.

—Me temo que necesitará ayuda. No me pida que lo haga yo porque bastante arrepentida estoy ya de haberlo traído hasta aquí —dijo mientras soltaba un tortuoso suspiro.

Así que, de pronto, me encontré solo ante una vistosa losa de mármol donde figuraba un grabado con el nombre de la benefactora del convento y su prolífera descendencia. La estructura estaba a ras de suelo, y lo único que sobresalía de ella eran cuatro argollas de metal que estaban próximas a cada uno de los vértices. Con ayuda, solo habría que arrastrar la plancha tirando de las argollas. Hubiera sido una forma inteligente de acceder a las sepulturas, porque la barra de metal que me había ofrecido la monja, podría no ser la herramienta adecuada para levantar la pesada lápida que sellaba la entrada. Necesitaba un punto de apoyo para poder hacer el efecto de palanca. En teoría no era una operación complicada: solo había que levantarla, desencajarla del suelo, y desplazarla hacia un lado, tres sencillos movimientos que debía realizar solo. Busqué una ranura ancha por donde el filo de la barra pudiese encajar, una grieta o incluso algún borde que estuviese desportillado. De forma intuitiva logré insertar el metal y apoyarme sobre él hasta que noté cómo el peso de mi cuerpo levantaba unos escasos centímetros de la entrada del subterráneo. Pude desplazarla también un palmo hacia la derecha.

Me costó hacer entender a la abadesa que no quería profanar las tumbas por el mero hecho de hacerlo, era necesario averiguar si las tres hijas de Olaya que habían ingresado en el cenobio, permanecían enterradas bajo este santuario, o si por el contrario, los legajos de la sala de archivos se habían quedado en tinta mojada. Nadie antes había estudiado el subsuelo ni las fosas de enterramiento de este lugar, ni siquiera los más expertos. Una oportunidad para un simple historiador, que solo tenía conocimientos del pasado a través de documentos escritos, sin embargo, hoy podría vivir la historia de forma real y tangible, siendo testigo en primera persona de un secreto oculto. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué el teclado con la esperanza de que la antropóloga forense estuviese despierta. Hacía más de una década que no le proponían un encuentro tan cercano con los restos mortuorios de más de una centuria. Sabía que no podría negarse a escudriñar la fosa de enterramiento del monasterio de las Clarisas, por muy adormecida que estuviera antes de escuchar la llamada.

Decidí adelantarme a los acontecimientos y rodar definitivamente

la losa. La oscuridad tomó su lugar, comunicando el mundo de los vivos y el de los muertos a través una estrecha escalera de piedra de nueve peldaños. Encendí la linterna del móvil y comencé el descenso. El ambiente estaba enrarecido, con un olor nauseabundo y asfixiante debido a la intensa humedad que hizo que se me revolviese el estómago, pero a mi pesar, lo que la tenue luz de la linterna estaba enfocando en ese preciso instante, era más atractivo que mi impulso por salir huyendo.

Avancé por el tenebroso lugar y pude apreciar que la estancia era rectangular y profunda. No alcanzaba a ver el fondo, pero sí la estructura de las paredes, que eran uniformes y bien labradas, donde la argamasa[7] sujetaba las piedras de cantería de toba[8] gris. Al enfocar hacia el techo, intuí que los muros debían ser bastante gruesos para sostener la tensión de la vistosa techumbre abovedada. Enfoqué hacia el lado derecho de la cripta y distinguí varios ataúdes superpuestos y adosados a la pared. Estaba a las puertas de un descubrimiento histórico cuando escuché el sonido de la losa al rodarse, y la pobre claridad que provenía de la superficie desapareció por completo. Alguien había cerrado el hueco de la entrada. Me había quedado solo, en compañía de la escasa luz de la linterna y un corazón que parecía querer salirse del pecho. Subí de nuevo las escaleras e intenté hacer fuerza con el hombro para levantar la lápida. Pero no se movió ni un ápice. Escuché unos pasos alejarse, y a continuación, se hizo un silencio sepulcral. La batería estaba a punto de expirar y el nivel de cobertura había desaparecido. La única opción posible era buscar algún objeto contundente para golpear el mármol, con la esperanza de que alguien pudiese oírme. El tiempo transcurría lento, tanto que me costaba asimilar mi estado actual. Lo único que había hecho bien antes de sumergirme en el espacio mortuorio, fue comunicarle a Alicia mi ubicación.

Al cabo de una hora pude escuchar el sonido distorsionado de unas voces al otro lado. Mantuve la calma, intentando descifrar ese murmullo ininteligible. Esperé pacientemente sentado en el primer escalón hasta que la claridad volvió a aparecer, y con ella, una figura femenina.

—Espero que esto te sirva de escarmiento por no saber esperar —dijo una voz demasiado familiar como para no reconocerla al instante. Era Alicia Baute, la antropóloga forense. Me apartó hacia un lado, se ajustó la pequeña linterna en la frente y comenzó a bajar los escalones.

—¡Asustarme no es la solución! —exclamé.

—Vas a tener que acostumbrarte a las novatadas si quieres meter las narices en el mundo de la arqueología. Seguramente, la madre superiora querría darte una lección —dijo mostrando una sonrisa luminosa.

Ese argumento era ilógico. Nadie de esta institución tenía tanto humor como para llevar a cabo una broma de esas características, y menos aún, la fuerza para rodar una losa maciza de esas dimensiones.

Alicia estaba demasiado pletórica como para molestarse por haberla sacado de la cama. Solía acostarse temprano. Soltó su maletín de trabajo junto a los pies, me entregó una linterna idéntica a la suya y sacó una grabadora del bolsillo. Lo primero que hizo fue taparme la boca con la mano y apretar el botón del artefacto.

—Hoy, día 12 de diciembre de 2021, nos acaban de dar la oportunidad de estudiar un impresionante tesoro histórico. Se trata de un enterramiento que posiblemente pertenezca a la Edad Moderna, y más concretamente comprenda entre finales del siglo XVI y principios del XVII. Según los archivos documentales del Convento de las Clarisas y de algunas iglesias de la zona, podría tratarse de los restos mortuorios de Olaya Fonte del Castillo y parte de su descendencia —concluyó.

Alicia soltó el botón de la grabadora, giró la cabeza hacia mí y me retiró la mano de la boca al mismo tiempo que me cegaba con su linterna. Luego se alejó para estudiar el terreno y continuar con la confirmación de su tesis. No cabía duda de que ambos teníamos información de valor, y uno podría complementar la teoría del otro para ampliar nuestros conocimientos.

—Eludiendo la descripción detallada de la morfología del entorno pétreo, como techos abovedados y paredes de mampostería[9], lo más relevante son los ocho féretros trapezoidales dispuestos a ambos lados de las paredes laterales. La madera de la mayoría de ellos, a pesar de ser de buena calidad, está podrida debido a la humedad que emana del suelo, por eso, los que mejor se conservan son los que fueron adosados a la pared, quedando por encima de las ruinosas maderas de sus familiares. Intentaremos hacer todo lo posible para identificar algunos de los cuerpos.

Alicia volvió a soltar el botón para tomar un trago de agua helada que llevaba en un pequeño botellín de cristal sujeto al cinturón.

—¿Necesitas hidratarte? —dijo mientras sacudía el líquido

cristalino delante de mi cara.

—Te lo agradezco pero prefiero que lo guardes para ti.

—Veo que has venido con lo puesto. No se puede bajar a una cripta desprovisto de material —dijo mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de papel.

La luz que proyectaba la minúscula bombilla de mi linterna ensombrecía parte de las facciones de Alicia, y las zonas iluminadas la hacían más pálida de lo que ya era. Su dedicación laboral estaba rozando la demencia. No solo era devota de su trabajo de investigación, sino que se escabullía tras los tubos de ensayo, el microscopio y las probetas también los días que le pertenecía tomarse de vacaciones. La había conocido más interesada por la vida, pero con el transcurso del tiempo la veo cada vez más interesada por la muerte. No solo había ganado peso por su inactividad, sino que se había enfrascado en su carrera, picoteando de cada una de las ramas forenses como si quisiera abarcarlo todo. Siempre llevaba su media melena castaña recogida con un coletero, que poco podía hacer, cuando la mayoría de los mechones más cortos se le escapaban. Con las prisas y el entusiasmo al recibir la noticia, no había rematado su trabajo de peluquería con unas trabas, que por lo general, la hacían parecer menos loca.

—Alicia, cuando estás cerca… ¿quién necesita materiales? Los traes todo contigo. Hasta la libreta de anotaciones es prescindible al lado de esa formidable grabadora.

Ella negó con la cabeza dándome a entender que yo no tenía remedio, torció la boca con una sonrisa maliciosa, y me volvió a silenciar con la mano.

—Si nos acercamos a los ataúdes mejor conservados, podemos apreciar una inscripción en la tapa. Luis Fiesco Fonte del Castillo y Catalina Estupiñán Llarena Ascanio. Él falleció en 1632. Aquí yace uno de los hijos de Olaya junto a su esposa. Sin embargo, lo relevante en este caso es encontrar a las tres religiosas que residieron en el convento —dijo antes de soltar de nuevo el botón.

—Marcos, me temo que debemos identificar primero los cuerpos y luego continuar la grabación. Acércate a las fosas del lado izquierdo e intenta leer los nombres de los difuntos.

—Hay constancia de que dos de sus hijos no fueron enterrados en este convento —afirmé. Las tres mujeres que estamos buscando son:

Marina de San Onofre, Olaya de San Juan y Teresa de San Cristóbal.

—Oído coci.. —dijo antes de enmudecer por completo. Se había quedado petrificada como una de las rocas de la cripta. Tenía frente a ella una imagen escalofriante. Su linterna apuntaba hacia un gran hueco escarbado en la pared, justo al lado de las escaleras por las que habíamos descendido. Estaba lleno de restos óseos amontonados. Cráneos y huesos de diversos tamaños.

—¡No me lo puedo creer! —dijo acercándose al hallazgo—. Este es uno de los osarios10 más grandes que he visto nunca. No entiendo cómo es posible introducir tantos cadáveres en una sepultura, que en un principio, estaba destinada para la fundadora del convento y su familia.

—Muy sencillo —añadí—. Porque hubo una época con muchos cadáveres y poco espacio de enterramiento. Podría asegurarte incluso que la mayoría de esos cuerpos son víctimas de la peste bubónica de 1582. Seguramente los depositaron enteros, con sus prendas y joyas para evitar el contagio —argumenté—. Aunque deberíamos centrar la atención en los restos que están a nuestra espalda. No podemos desviarnos del caso.

—Tienes razón —afirmó con un timbre de voz nostálgico.

Alicia se volvía loca cada vez que tenía material de investigación a su alcance, pero este caso en particular no era objeto de estudio arqueológico, era un caso policial que necesitaba pruebas precisas con resultados inmediatos. Tenía que estudiar los cuerpos de forma intuitiva utilizando sus conocimientos y todo el material que tenía a su alcance en este preciso instante. No podría llevarse nada para analizarlo con calma y profundidad, para obtener información de valor, como determinar las causas de la muerte, el modo de vida, la alimentación en aquella época, y algo más que suelen contar los huesos y las pertenencias. La familia de Olaya arrastraba un linaje con prestigio. Todos sus hijos casaderos se mezclaron con familias poderosas, como regidores, jefes de la milicia, etc. La endogamia era el modo de salvaguardar el apellido y aumentar el poder y el prestigio social. Por eso, esta vez Alicia se encontraba con las manos atadas y el entusiasmo mermado. La antropóloga dio media vuelta y volvió a acercarse a los cuerpos de la familia Fiesco.

Al aproximarnos a los féretros que estaban en contacto con el suelo pudimos observar que las maderas estaban rotas y los huesos humanos sobresalían de las tablas descompuestas. Un cadáver en particular, estaba en muy mal estado: Antón Fiesco del Castillo, rezaba la inscripción que se podía leer con dificultad.

—¡Mira! ¡Espera! —exclamó Alicia—. Aquí, sobre Antón, está la tumba de una de las monjas. Olaya de San Juan. ¡Voy a abrir el ataúd! —exclamó mientras preparaba la grabadora.

—Se puede apreciar que los restos de Olaya de San Juan no están

tan castigados como el de otros cuerpos. El cadáver de la religiosa está en posición de decúbito supino con las extremidades inferiores extendidas y las superiores cruzadas sobre el pecho. Hay un pequeño crucifijo cerca. Es posible que pertenezca al rosario que debió estar sujetando entre las manos en el momento de la sepultura. Sí, aquí se ve con claridad alguna de las cuentas que han quedado sueltas una vez que se deterioró el hilo que las unía. Gracias a la época en la que se efectuó el enterramiento, la cal no formaba parte del ritual de inhumación.

En épocas posteriores la cal era muy codiciada, pero solo se la podían permitir los estratos más altos de la sociedad. Esta sustancia evitaba los olores de la putrefacción, lo que hacía también que los restos estuviesen en peor estado, ya que la cal seca las partes blandas, como los músculos, nervios y tendones.

—También se pueden apreciar —continuó diciendo— fibras de algún tejido, seguramente del hábito que llevaba la religiosa. La mandíbula carece de algunas piezas dentales, algo característico de la época. Escasa higiene bucal y exceso de azúcar.

Solo determinadas familias acomodadas podían acceder al dulce oro blanco. La periodontitis era muy frecuente, sobre todo, en los estratos sociales con una economía holgada.

Alicia se cambió la grabadora de mano para ajustar la linterna. Una posición con una iluminación más intensa.

—A simple vista, no presenta ningún golpe. Los huesos parecen estar deteriorados por el paso del tiempo, pero no fracturados. Las pruebas de laboratorio a través de microscopio podrían determinar fisuras, rotura o cicatrices pre mortem, sin embargo, en este caso, sería irrelevante si lo que pretendemos encontrar son roturas provocadas por alguna caída de gran altura, por lo que… podemos descartar que esta sea la monja que cayó desde el campanario. Sería interesante averiguar la fecha de su fallecimiento para poder determinar si efectivamente se produjo en 1580 o posterior.

—¡No te molestes! —exclamé—. Si no presenta facturas, no es la persona que estamos buscando.

—Ya sé que no es la persona que buscas, pero no veo bien la fecha de su fallecimiento. Tendríamos que indagar entre los libros de entierro y también en los de bautismo, así sabríamos la edad exacta que debía tener cuando falleció.

—No creo que importe demasiado. Son muchos cuerpos y poco tiempo. Solo espero que encontremos algo revelador antes de salir de aquí.

Las horas pasaban y muchos de los cadáveres fueron identificados, no porque fuera una tarea fácil, sino por las deducciones que iba aportando Alicia: sexo, estatura o año de fallecimiento. Algunos restos masculinos quedaron por determinar, pero lo importante era el estado óseo de las tres monjas que andábamos buscando.

Abrí un ataúd que estaba relativamente conservado, comparado con el resto. Era uno de los que estaban fijados a la pared por un lateral.

—Alicia, intuyo que estos cuerpos podrían pertenecer a Juan Fiesco junto a su esposa Ana Boza. En la inscripción aparece el apellido Boza. Y algo a tener en cuenta es que las monjas en cuestión estarían enterradas de forma individual. Es una forma más sencilla de identificarlas y descartar a los restos que estaban emparejados.

Encontramos a Ángela de San Buenaventura, monja también, pero que pertenecía a otro convento; Luisa Fiesco, soltera; y a Francisca Fiesco, hija extraconyugal. Sin embargo, Marina de San Onofre, uno de los cadáveres relevantes, estaba en pésimo estado, pero la antropóloga pudo determinar, a pesar del deterioro, que ninguno de los trozos de huesos hallados mostraban fracturas a causa de un fuerte impacto. Y lo mismo ocurrió con Teresa de San Cristóbal. Todas y cada una de ellas habían fallecido después de 1580. Así lo contrastamos nosotros, y también lo certificaron los libros de entierro del convento. Esta contradicción entre leyenda y realidad me llevaba a pensar que las habladurías eran falsas, y que la historia inicial partió de la decapitación del burgués y no del suicidio de ninguna hija de Olaya. No había base científica que corroborase la historia. Ahora solo me quedaba contarle la verdad a Victoria y romper con sus expectativas. Un fracaso absoluto, si sumamos el tiempo invertido en recabar información de la época.

## XIII



Por la mañana nos encontrábamos completamente agotados tras haber pasado la noche recabando datos entre carpetas, documentos, lienzos y libros para satisfacer nuestra curiosidad archivística. Disponíamos de una información relativamente completa dadas las circunstancias y el tiempo invertido en el monasterio. Cotejamos las

fechas de los ataúdes con los escritos centenarios y encontramos las partidas bautismales y de entierro de los descendientes de Olaya; averiguamos la edad de sus hijos y predecesores a la hora de su fallecimiento, pero ninguno lo había hecho en 1580. Sin lugar a dudas, era un dato que desbarataba por completo la leyenda. No existía ninguna monja suicida. Otra pista hallada reafirmó esas sospechas: habíamos localizado entre los archivos, los planos del monasterio que datan de finales del siglo XVI, aunque en realidad eran unas pequeñas modificaciones sobre las casas de Olaya, y también la escritura de fundación. El pasadizo no estaba reflejado en ellos. No había evidencias escritas de que hubiera existido, lo que me llevó a pensar que nunca existió, o que alguien querría asegurarse de que, aunque el plano fuese un documento público, lo que se encerraba bajo los cimientos del convento se mantuviese oculto para siempre.

Apuré el tiempo con el papeleo de oficina y salí de la comisaría a toda prisa. Mi primera cita matutina era con Victoria Reyes a las 9:30. Di un ágil paseo por Nava y Grimón hasta desaparecer por un lateral del convento de las Claras. Estuve acompañado por el extenso muro blanco del monasterio, que me marcaba el camino vía arriba hacia un lugar particular y de gran valor histórico, allí precisamente es donde había quedado con mi compañera, en el Nº 23 de la calle Anchieta. Esa mañana no solo compartiríamos impresiones y desvelaríamos los detalles de los recientes hallazgos, sino que haríamos una breve visita al Archivo Histórico Diocesano para seguir desvelando el pasado turbio de ese burgués decapitado. ¿Cómo se llamaba?, ¿cuál fue el motivo real de su muerte?, ¿cómo ocurrió exactamente esa tragedia?, ¿por qué no fue decapitado en un lugar público?, ¿qué ocultaban los asesinos? Muchas preguntas sin respuesta, y muchos datos difusos. La base de una investigación real y fiable dependía de los legajos archivísticos históricos.

La calle era tranquila y de poco tránsito. Contaba con algunos guachinches, pero carecía de cafeterías, por lo que a estas tempranas horas del día era imposible cubrir las necesidades "básicas" más inmediatas: ingerir una buena dosis de cafeína para contrarrestar el sueño que llevaba arrastrando de la noche anterior. Victoria estaba apoyada en el muro del edificio, distraída, con la vista puesta en el teléfono. Sonrió al verme.

Atravesamos el amplio zaguán[11] de la entrada que nos llevó hasta el patio principal, desde allí subimos a la segunda planta y recorrimos un tramo del corredor en busca del responsable de zona. El técnico de

archivos estaba esperándonos en la oficina, y nos acomodó en una espaciosa sala de investigadores. No éramos los únicos visitantes, pero el silencio que allí reinaba me hizo sentir que estábamos solos. Las oscuras estanterías de madera soportaban el peso de la historia, y a su vez, tapizaba las paredes del salón como en épocas de antaño. Las vigas del techo de tea combinaban con los suelos y hacían del lugar un espacio acogedor. Sin embargo, un detalle tecnológico desentonaba: los ordenadores que ocupaban cada uno de los escritorios, rompían con la entrañable imagen de la antigua biblioteca para indicar que la digitalización del siglo XXI había llegado para quedarse. La tecnología se encargaba de desglosar, ordenar y guardar el pasado de una forma menos tradicional. Las trascripciones a tinta ya eran algo del pasado.

Victoria mantuvo un semblante firme tras escuchar los relatos sobre las tres religiosas halladas en la cripta. Entendió que no había una base sólida que sustentara la leyenda. Y aunque no lo mostró visualmente, sé que en su fuero interno estaba decepcionada. La investigación volvería a dejar de ser una aventura para acercarse a lo que ella estaba evitando: implicarse en un intenso caso de asesinato, que es justamente lo que había prometido no hacer durante su estancia en Tenerife. Su excedencia era para tomarse un descanso y no volver a verse cara a cara con el pasado. “Algo terrible tuvo que haber sucedido en Barcelona para que una reconocida detective desease mantenerse al margen de todo”, pensé. Mendoza solo me había informado de un caso en el que estuvo implicada, pero sin entra en detalles.

Bajamos de nuevo, y nos dirigimos hacia los depósitos documentales en busca de los libros de entierro de la época. A partir de ahí, debíamos indagar entre el censo de ricos y pobres. Enrique, que así se llamaba el técnico de archivo, nos acompañó durante todas las consultas eclesiásticas. Aparecieron algunas notas necrológicas antemortem entre los documentos de ese siglo, y más concretamente, de ese año. Enrique nos mostró un libro de ceremonial religioso.

—Si están buscando a una persona en particular, primero habrá que averiguar en qué iglesia o parroquia fue enterrada. Partiendo de esta premisa, que sería el punto de referencia, lo demás vendrá rodado —dijo.

Las hojas estaban castigadas por el paso del tiempo: frágiles y amarillentas; algunas estaban carcomidas por los bichos y muchas otras, las más compuestas, mostraban una escritura difusa y borrosa. El técnico pasó las páginas con extremo cuidado. Los listados parroquiales eran extensos, pero su infinita paciencia, sumada a la

responsabilidad que debía asumir sobre esos libros, influyó en que él también se viese entusiasmado por desvelar a ese personaje histórico.

—Este tipo de documentos normalmente no llega a manos del público. Este en particular no ha sido transcrito. No se nos permite ofrecerlos tan alegremente, sobre todo por la delicadeza con la que hay que tratarlos —dijo el archivista mientras me observaba. —Detective, si no me ayuda un poco más, no sabré por dónde empezar.

—Necesitamos el nombre y el apellido de un burgués —se adelantó a decir Victoria—. Se trata de un personaje importante que pudo haber fallecido a finales del siglo XVI.

—Si concretamos más, nos remontaremos a la madrugada del 17 de noviembre de 1580. ¿Cuántas personas fallecieron ese día en este municipio? —pregunté emocionado.

—Si fue de madrugada, es posible que el fallecimiento se haya datado el 18 de noviembre —añadió el técnico.

Enrique tenía una tarea relativamente sencilla: la información del listado parroquial de los libros de entierro de todas y cada una de las iglesias laguneras que comprendían entre el 17 y el 18 de noviembre de 1580. No se podía reducir más el cerco.

El técnico sacó tres libros más, y con el mismo cuidado que con el anterior, movió las páginas y repasó la lista de los fallecidos.

—¿Burgués verdad?

—Sí —dijimos Victoria y yo al unísono.

—Entonces debe de estar por esta zona —dijo apuntando con el dedo una columna llena de nombres.

Forzó la mirada entre dos páginas y tomó una lupa para aumentar la nitidez de las letras.

—En la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción… —dijo tomando una pausa mientras hacía un veloz movimiento con los ojos —. …hubo dos enterramientos por esos días, y en la Catedral de San Cristóbal de la Laguna, o la de los Remedios, otro también. Bueno, en aquella época, aún era parroquia.

—Entendido. Tres fallecidos en dos días. Lo importante son los nombres —añadí.

—Sí, los nombres son importantes, pero las edades también. Porque si yo le digo que uno de los fallecidos se llamaba Fernando José Llarena Mesa, ¿cómo sabe que es la persona que está buscando? Podría ser un niño o un bebé. Así que lo que haré es cotejar esos nombres con los que hay en los libros de bautismo para que la edad sea específica, y a su vez, determinante para averiguar al personaje que están buscando. Déjeme un momento para que lo mire bien.

Enrique deslizó el dedo sobre una larga lista de bautizados en la iglesia de la Concepción y dijo:

—Sí aquí está. Lo bautizaron en 1569. Así que… debo suponer que Fernando José pudo haber fallecido a los 11 años de edad. Dudo que sea la persona que están buscando. Es posible que perteneciera a una familia pudiente, y ya sabe… la edad en aquella época es relativa. Todos fueron muy precoces en todo.

—Así y todo, es muy joven. Un burgués afincado en La Laguna, con su título, sus tierras y sus posesiones, debió de ser una persona adulta —aclaré.

—Entonces ya solo nos queda una opción. Porque María Isabel Trujillo Alvarado no creo que sea.

La cara de Victoria se iluminó. Y debo confesar que yo tampoco pude contener la emoción. De forma más sencilla de la que habíamos imaginado, localizamos al supuesto burgués. Precisamente al personaje que había dado pie a la leyenda lagunera. Se llamaba Salvador de Hoyos Baeza, y la fecha de su entierro figuraba al lado de su nombre: el 18 de noviembre de 1580, todo ello escrito en uno de los libros de entierro de la Catedral, donde también había notas de registros parroquiales. Pude averiguar que esta información aún no figuraba en los documentos transcritos de los archivos históricos diocesanos digitales, por lo que pocas personas habrían tenido acceso a ella. Ahora solo faltaba averiguar quién era en realidad Salvador de Hoyos y por qué lo habían sometido a una muerte tan cruenta: decapitación clandestina. Eran demasiadas preguntas, y enlazar tantos cabos sueltos podía ser complejo y agotador, ya que muchos fondos documentales isleños están dispersos: unos en diferentes municipios o en diferentes islas, otros quedaron integrados en los patrimonios familiares y son de carácter privado, porque algunos regidores metieron mano a las cédulas y se las llevaron a sus domicilios; algunos documentos actuales están en mal estado de conservación, y el resto, simplemente desaparecidos por el transcurso del tiempo. El dato crucial por el momento, fue descubrir que podía existir ese personaje,

que tenía nombre y apellido y que sabíamos dónde estaban descansando sus restos. Ahora solo hacía falta cotejar lo escrito en los archivos con la realidad. Y esa era mi parte favorita: abrir su ataúd o lo que quedase de él.

Salimos de la casa de los *Guigou12* ilusionados, pero con nuevos interrogantes: ¿qué relación guardaba el cadáver del burgués con los de Francisco Perdomo y José Marrero? Los tres decapitados. A simple vista, parece un castigo mortal por desvirgar a las religiosas, pero en cuanto descubrimos que la monja suicida en realidad no existía, supusimos que se trataba de un imitador misógino que se había inspirado en una leyenda popular. Meter a esas mujeres en su paradigma mental significaba que no estaba tan bien documentado como imaginábamos en un principio. Ahora todas las miradas apuntaban hacia la lista que poseía Victoria: las personas que figuraban en el registro de entrada del Archivo Histórico de Tenerife. Cinco de ellos se habían convertido en principales sospechosos de asesinato por haber repetido la visita en más de una ocasión durante los últimos cinco años.

Nos encontrábamos en una difícil tesitura. Sin huellas, sin ADN, ni rastro de tejido… debíamos llevarnos por la intuición y una dudosa grabación en latín. No había otra forma de avanzar. Solo teníamos unos casquillos y un par de balas, que coincidían con una Glock G43 que descubrimos en las inmediaciones del edificio. Un arma de difícil acceso para cualquier civil, sin embargo, el asesino podría disponer de ella si la hubiese comprado en el mercado negro o si hubiese pertenecido a las últimas unidades del ejército español. La primera opción podría ser la más probable, pero seguía siendo otro dato irrelevante que no aportaba nada nuevo a la investigación.

El nombre de Salvador daba mucho juego, y más aun perteneciendo a una clase social adinerada, dado que habría diversos escritos notariales a su nombre. Cualquier cambio en sus posesiones revelaría sus movimientos: la compra-venta de tierras y propiedades en general, se vería reflejada en los asientos contables y en diversos documentos guardados bajo llave a la espera de ser desempolvados de nuevo. Recrear los detalles del crimen del siglo XVI podía parecer algo que nadie se hubiera imaginado, pero no imposible.

El siguiente movimiento en el tablero de ajedrez, era analizar los restos de Salvador de Hoyos y confirmar que se perpetró el crimen tal como indicaban los documentos de archivo. Alicia disipó las dudas en

cuanto descendimos a la cripta de la Catedral de los Remedios, esta vez con una orden del juez, para evitar polémicas con el sacerdote y para acceder a la sala de enterramiento con total impunidad. Allí descansaban los restos de varias familias.

La antropóloga levantó la tapa del ataúd de Salvador, y con una pequeña brocha desempolvó los escasos huesos que se podían apreciar. Sacó la lupa que llevaba en su cinturón de herramientas y dijo:

—Marcos, enfoca la linterna hacia las vértebras anexas a su cabeza.

Accedí a su petición con la esperanza de que estuvieran astilladas. Y así fue. La cabeza estaba separada del cuerpo, pero no por el paso de los años, sino por el paso de un hacha.

—No veo que el corte sea limpio, las vértebras están destrozadas —confirmó—. Seguramente no fue una guillotina lo que seccionó su cuello. Algún instrumento rústico y poco afilado fue el responsable de su tragedia.

Después de tanta fábula, por fin algo era cierto. Por lo menos, la historia de ese hombre era real y también se confirmaba el modo en el que se perpetró el crimen. Sin embargo, las facciones de Alicia revelaron que no todo parecía tan sencillo. No había más datos de Salvador de Hoyos Baeza salvo la muerte por decapitación, de autor desconocido. Aunque, por su expresión, parecía que la técnico estaba estudiando otras verdades.

—Acerca la luz de la linterna a esta parte de las costillas —dijo señalando con el dedo el lado izquierdo del esqueleto. A la altura del corazón.

—¿Qué ocurre? —pregunté arrugando la frente.

—¿Es que no lo ves? ¿No ves que está dañada la costilla?

—No veo nada —dije abriendo los ojos y centrándome en la zona más iluminada.

—Acércate más. Es un impacto de bala —dijo apuntando a una pequeña fractura cerca del esternón.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé contrariado.

—Es lo que se aprecia a primera vista, Marcos. Y todavía hay más. ¿Ves esa pequeña redondez? Es la bola de plomo que sobresale de los restos polvorientos. La escápula también está dañada. Con toda probabilidad hubo dos impactos, aunque haya una sola bala. La otra debió de atravesar su cuerpo y salir de él.

Alicia sacó la rasqueta[13] del cinturón y arañó los bordes del proyectil para hacerlo más visible. Luego sacó las pinzas y extrajo la pieza metálica. Me quedé helado, adjetivo muy acertado para definir la impactante situación. Estaba casi en shock.

—Ningún archivo hacía mención a este descubrimiento armamentístico, ¿verdad? —dijo girando la cabeza y mirándome fijamente a los ojos.

—No hay datos escritos que confirmen los impactos por arma de fuego. Solo se menciona un fallecimiento por decapitación. Y te puedo asegurar que Victoria se ha empapado de todos los informes relacionados con este individuo, tanto los que se redactaron antes como después de su muerte —añadí con un ligero temblor en los labios.

—¿Te encuentras bien, Marcos? Estás pálido. Da la impresión de que hayas visto un espectro.

—Se podría decir que sí. ¿No te das cuenta de que el autor de los recientes asesinatos ha calcado el crimen a la perfección? Nadie, absolutamente nadie, sabe que la muerte del burgués se produjo por arma de fuego. No hay datos ni rumores que hagan mención de ello. Solo el asesino de 1580 lo sabía, y dudo mucho que se haya levantado de su tumba para repetir el crimen.

—Alguna explicación lógica debe haber —afirmó Alicia.

—No hay ninguna. Ni datos escritos ni legendarios. Es prácticamente imposible que esto esté ocurriendo. Victoria y yo habíamos llegado a una conclusión: el asesino había disparado a Francisco Perdomo y a José Marrero para defenderse, y una vez que todo estuviese en calma, con los cadáveres tendidos en el suelo, recrear el asesinato de Salvador de Hoyos igual que indica la leyenda. Pero no ha sido así. Lo ha reproducido con todo lujo de detalles: disparo en el corazón y disparo en el omoplato. ¡No puedo creerlo! —exclamé, sintiendo cómo me recorría un sudor frío.

—Algo se nos escapa, Marcos. Yo me inclinaría más hacia la documentación privada. Sabemos que hay libros de cuentas, títulos

nobiliarios, legajos y diversos escritos en poder de algunas familias laguneras. Esa información que desconocemos nunca ha visto la luz, y puede ser la clave de esa coincidencia entre la leyenda y los asesinatos actuales.

Me mordí los labios y asentí con la cabeza en señal de aprobación, aunque la duda me seguía rondando. Había llegado el momento de desbaratar toda aquella locura. La única explicación lógica que había hasta el momento era la que Alicia me acababa de proporcionar. Aunque nadie en su sano juicio redactaría los detalles de su propio crimen. Lo podría implicar directamente, poniendo en riesgo su vida, su libertad, su reputación y su legado.

Salimos de la catedral sin darle detalles ni explicaciones al sacerdote que, sin estar convencido de la eficacia policial, se persignó nada más vernos cruzar el umbral de la puerta. La Iglesia de los Remedios era el segundo santuario que profanábamos esa semana.

## XIV



Alas tres de la madrugada del domingo, mientras descansaba en mi habitación, sonó el teléfono. Si no fuera por la complejidad del caso que estábamos llevando, no hubiera atendido la llamada en mi día libre. No se me ocurría nada urgente que no estuviera relacionado con la investigación ¿Por qué si no, iban a llamar a esas horas de la

noche?, pensé.

—¿Sí, dígame?

—Menos mal que responde, detective.

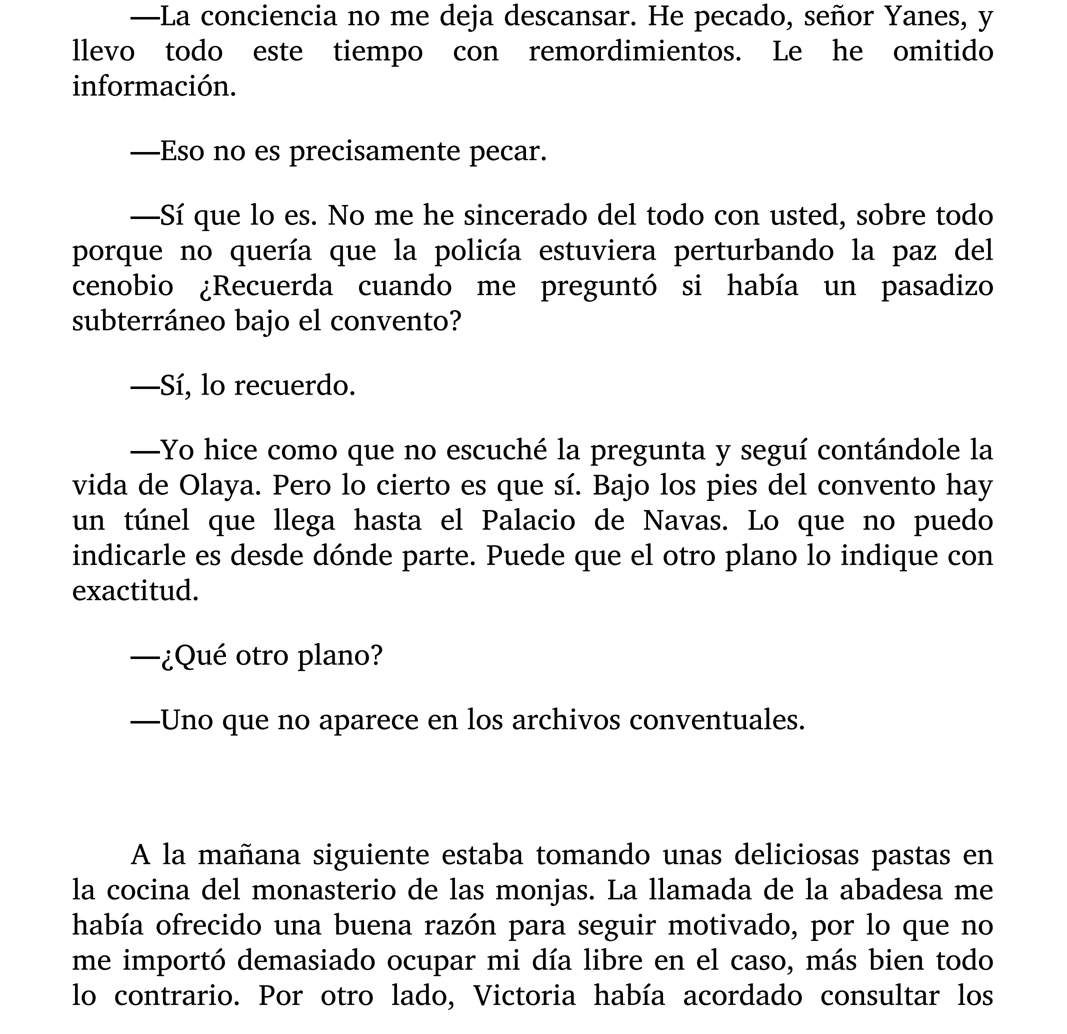
—¿Con quién hablo?

—Soy yo, Sor María de la Piedad, la abadesa.

Su voz era jadeante y temblorosa. Como si algún fantasma se le hubiese aparecido tras remover los huesos de la cripta.

—Llevo sin dormir casi cinco noches.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté preocupado.



—La conciencia no me deja descansar. He pecado, señor Yanes, y llevo todo este tiempo con remordimientos. Le he omitido información.

—Eso no es precisamente pecar.

—Sí que lo es. No me he sincerado del todo con usted, sobre todo porque no quería que la policía estuviera perturbando la paz del cenobio ¿Recuerda cuando me preguntó si había un pasadizo subterráneo bajo el convento?

—Sí, lo recuerdo.

—Yo hice como que no escuché la pregunta y seguí contándole la vida de Olaya. Pero lo cierto es que sí. Bajo los pies del convento hay un túnel que llega hasta el Palacio de Navas. Lo que no puedo indicarle es desde dónde parte. Puede que el otro plano lo indique con exactitud.

—¿Qué otro plano?

—Uno que no aparece en los archivos conventuales.

A la mañana siguiente estaba tomando unas deliciosas pastas en la cocina del monasterio de las monjas. La llamada de la abadesa me había ofrecido una buena razón para seguir motivado, por lo que no me importó demasiado ocupar mi día libre en el caso, más bien todo lo contrario. Por otro lado, Victoria había acordado consultar los

fondos documentales del municipio para escudriñar entre las escrituras concejiles, donde podría encontrar títulos, datas y recaudos de Salvador de Hoyos.

Esta vez la madre superiora me había citado formalmente, y me había anotado en los libros de visitas, como debía de haber hecho desde un principio. La única diferencia era que estaba dentro del monasterio y no tras las rejas del locutorio. Algo bastante comprometido para ellas. La actitud de la abadesa era afable y cordial, nada parecido a nuestro anterior encuentro.

Disfrutaba de una corta travesía por los jardines, cuando la serenidad del convento se instaló dentro de mí. Por un instante respiré paz. De pronto, todo tenía un orden y un sentido. Me detuve a contemplar cómo cada una de las religiosas atendía una tarea asignada: mientras una podaba los setos del parterre del patio principal, la otra se encaramaba a las escaleras para recolectar las últimas naranjas que colgaban de los árboles. Fue una breve y armoniosa imagen que me acompañó hasta el final del trayecto, donde me esperaba Sor María, a las puertas del Museo de Arte Sacro, situado en la segunda planta. El intenso olor a madera noble me regresó de nuevo al presente, y con él descubrí la belleza patrimonial que atesoraban las monjas. Creí estar en una cápsula del tiempo: cuadros importados de Europa, otros de artistas locales, enseres, figuras religiosas, elegantes vestidos de tafetán[14], arcones, baúles, etc. Una exposición artística de un incalculable valor histórico. La iluminación dirigida hacia la techumbre era exquisita, con las vigas afianzando la cúspide del museo. La abadesa me guió por la sala de la Redención hasta un recóndito espacio del complejo. Las paredes estrechas de color azul marino contrastaban con el cristal que guardaban diversos tesoros litúrgicos: patenas[15], candelabros, vinajeras[16], sagrarios[17], crucifijos, cálices[18] y copones[19] de oro. Pero algo en particular desvió la atención de la profesa: un sencillo báculo[20] del siglo XVI que descansaba sobre un pequeño altar tras el grueso vidrio templado de una de las vitrinas. Sacó una llave, que guardaba bajo el hábito, y la metió en la cerradura.

—¿Podría hacerme el favor, detective? Saque el báculo —dijo de modo cortés—. Pesa un poco y tengo la muñeca delicada.

—Por supuesto —respondí.

—Ahora separe la voluta[21] del resto del bastón.

Accedí a su petición y tiré con fuerza hasta lograr separarla. El

fuste22 estaba hueco. Dentro encontré algo impensable. Una vara de lienzo.

—Saque el pergamino y revíselo con premura —dijo ella.

Esas fueron sus palabas, pocas y concisas, como solía ocurrir.

Al extender el plano sobre una de las vitrinas pude comprobar que estaba en buen estado de conservación, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba oculto más de cuatro siglos sin las condiciones adecuadas de temperatura y humedad.

—Hemos tenido suerte —confesé.

—Gracias a Dios —dijo persignándose la monja.

—Por la textura del pergamino deduzco que es auténtico y de buena calidad. El material del lienzo no es ni algodón ni papel. Es vitela23, obvio. Es de piel bovina. Este material puede ser muy resistente al paso del tiempo, sobre todo si es de piel de becerro.

En realidad no comprendía bien qué misterio pretendía ocultar la abadesa de aquella época. Tanto recelo hacia un simple plano... Una foto fugaz sin flash fue lo único que me llevé. Pero las deducciones y conjeturas sobre ese misterioso pasadizo las elaboré en ese mismo lugar.

—Este debe de ser el plano original del monasterio. Estoy impresionado. Alguien lo rescató para que no se destruyera en el incendio, y eso quiere decir… que el lienzo que estudiamos la pasada noche Victoria y yo, era una copia.

—Efectivamente. Una copia donde no aparece el subterráneo —dijo la abadesa con orgullo, deseando haber arrojado algo de luz al caso.

## XV



Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre la cara de Victoria. Estaba en medio de la calle de San Agustín sosteniendo una carpeta entre los brazos, inmóvil, mirando hacia el cielo. Sus ojos estaban puestos en una antigua casa granero de tres plantas. Por su aspecto, llevaba deshabitada desde hacía años. La brisa del norte hizo que algunos mechones de pelo le tapasen la visión durante un instante, pero ya era tarde, ningún fenómeno atmosférico podría detener su estado de curiosidad y asombro. Era la casa de Salvador de Hoyos. Las puertas y ventanas se habían diseñado con carácter, decoradas con detalles de forja de color negro. Un espacio que evocaba la Edad Media y que mantenía su fuerza gracias a los bordes de cantería gris, igual que las esquinas de la casa.

El agua comenzó a caer con fuerza formando una cortina espesa

que dificultaba la visión del entorno. La detective sintió cómo su ropa húmeda tomaba peso, pero solo cuando los dientes comenzaron a castañetear, se dio cuenta de que se estaba mojando. Paseó la mirada por la vía y descubrió que estaba sola. La calle estaba despoblada y oscurecida por el gris de la piedra y la madera rojiza de los balcones. El reflejo de las casas sobre los brillantes adoquines se fue difuminando hasta consolidarse una ligera capa de agua que corrió calle abajo. “Si hubiera cogido la gabardina no se me hubieran mojado los documentos, suerte que solo son unas copias”, se dijo a sí misma, y se marchó corriendo. Portaba una información tan valiosa que no pudo evitar una plácida sonrisa de satisfacción. Ella ya conocía su nombre, pero había averiguado dónde vivía y a qué se dedicaba el burgués decapitado. Se había detenido frente a su casa para estudiar cada relieve, cada detalle y cada atractivo que mostraba la ostentosa fachada de casi medio milenio de antigüedad.

Victoria recorrió las calles a paso ligero hasta entrar en el hotel. Subió las escaleras con prisa y entró en su habitación dejando tras de sí las huellas de su insensatez. Se sentó en la cama para bajar la cremallera de las ajustadas botas Cuissard, y con un poco de esfuerzo, logró desprenderse de ellas. Comprendió que era un calzado inapropiado para las tardes lluviosas. Luego se quitó las medias y la ropa que llevaba adherida a su cuerpo, dejando un reguero de prendas por toda la habitación. Lo único que deseaba ya lo tenía: las cálidas y discordantes gotas de la ducha recorriendo su piel mientras se estremecía de placer.

A primera hora de la mañana, la detective y yo compartimos la información que cada uno había descubierto por separado. Debatimos y contrastamos los recientes hallazgos documentales y arqueológicos para darle forma a la legendaria historia de Salvador de Hoyos. Ambos nos habíamos centrado en el rastro que había dejado durante su paso por la ciudad del Adelantado: perteneció a la clase burguesa y su linaje provenía de una importante familia de mercaderes. Siendo hijo único, había heredado una gran fortuna de su abuelo. Tras un minucioso estudio entre los archivos municipales, la detective había localizado su lugar de residencia y una zona cercana a la iglesia de la Concepción donde tenía las datas de tierras. A través de los registros notariales había rastreado su trayectoria y mucho más. Una extraña peculiaridad en un hombre distinguido y de elevado nivel social, fue su carácter campechano, nada común entre la élite adinerada. Victoria encontró documentos que testimoniaban la libertad que había dado a sus esclavos de labranza y las donaciones aportadas a los centros de

huérfanos.

## XVI



Estaba a punto de ponerse el sol cuando entré en el convento. Había concertado una nueva visita en el monasterio de Santa Clara de Asís, esta vez en compañía de Victoria y Alicia. Quería mostrarles el hallazgo oculto en el báculo del museo y contrastar impresiones respecto a los dos disparos certeros que recibió Salvador de Hoyos en

el corazón. Todo este asunto era cada vez más desconcertante. Las pistas se seguían sucediendo una tras otra sin desvelar detalles significativos.

Cuando Victoria llegó a la nutrida biblioteca del convento, ya teníamos los planos extendidos sobre una de las mesas. Eran dos pliegos de vitela que Alicia estaba abordando con sumo cuidado.

—Buenos días Victoria, estaba ansiosa por hablar con usted. Como sabrá, la otra noche indagamos entre los fondos documentales de esta orden religiosa. Encontramos sendos planos que datan de finales del siglo XVI y corresponden al diseño inicial del antiguo edificio. —dijo Alicia mientras se ponía los guantes de nitrilo.

La antropóloga acarició las hojas para estudiarlas en profundidad. El técnico de conservación y restauración de bienes culturales, y el paleógrafo[24] del Archivo Histórico Provincial, ya habían restaurado y transcrito cinco documentos gráficos, se trataba de diversos legajos de la escritura de fundación del convento. Pero algo no encajaba: dos planos casi idénticos con diferente diseño en los cimientos. En el pergamino oculto en el báculo se podría apreciar la segunda salida a ese perpetuo confinamiento a través de un pasadizo. En el primer diseño no aparecía ese acceso. Alguien querría asegurarse de que el túnel excavado desde el subsuelo del convento se mantuviese alejado del interés público.

Alicia interpretó, gracias al trabajo del paleógrafo días atrás, lo que expresaban aquellos escritos. El castellano de ese siglo no era sencillo de transcribir. Hacía falta un profesional que conociera la lengua de textos antiguos, los estilos, los anagramas, las abreviaturas, etc., pero gracias a él, pudimos hacernos una idea de los testimonios que allí figuraban y de la estructura inicial de la inmensa edificación.

Victoria observó con atención el conjunto del diseño, imaginando al autor moviendo la pluma con agilidad y firmeza. Líneas perfectas, contornos precisos. El pliego había perdido la resistencia de antaño, parecía frágil y estaba amarillento. Se apreciaba la disposición de todas las celdas de las religiosas, las ventanas ofrecían unas maravillosas vistas hacia el patio principal, también eran llamativos los claustros que rodeaban los jardines, y la iglesia de una sola nave.

—El plano que encontramos en el archivo conventual no muestra la información al completo. Ocultaron la localización del subterráneo. ¡Pero miren este otro! —exclamó Alicia mientras acariciaba con el dedo el segundo plano. Señalaba la zona donde estaban localizadas las

oficinas y el locutorio—. Desde aquí, se supone que reviviría la leyenda. Este es el lugar exacto por donde una monja que nunca existió hubiera podido huir. Este es el plano original y nos está ofreciendo una realidad. Una trayectoria bien definida. Concretamente, esa parte del convento es la que daba hacia la calle Nava y Grimón, el pasadizo mostraba un recorrido recto y paralelo a la vía, iniciándose desde la mitad del monasterio hasta el Palacio de Nava.

—Podría ser un comienzo —dije mientras me desabotonaba el primer botón de la camisa—. Ese trayecto es una alternativa a la clausura. Pero no todo es tan sencillo.

—¿Por qué? Ya hemos descubierto el acceso al subterráneo —dijo la detective.

—Si estudiases en profundidad el pasado de este convento, sabrías que hubo un incendio en 1697 que destruyó la mayor parte del edificio. Acabaron las obras de reconstrucción tres años después. Eso significa que debe de haber otro plano más reciente, quizás con una distribución diferente, y ese es el que debemos encontrar y contrastar con el hallado en el báculo.

—Vaya, cómo se complica todo en cuestión de segundos —dijo la detective.

—Cabe la posibilidad de que esa entrada pueda estar tapiada, o peor aún, enterrada bajo los cimientos —añadió Alicia.

—Sin embargo… debemos mantener la esperanza. Casualmente, el lugar que no abrasaron las llamas fue justamente la parte de las oficinas y el locutorio, y por ese motivo hay que plantearse una pregunta: ¿y si esa zona no sufrió modificaciones en su reconstrucción? Hay muchas posibilidades de que siga intacta.

El silencio tomó la sala, creando una atmósfera llena de interrogantes, pero antes de que volviese a pronunciar alguna palabra más, el timbre del teléfono rompió con la expectación. Alicia atendió la llamada, luego miró su reloj de pulsera, cogió los pergaminos cargados de historia y los guardó cuidadosamente en las fundas de conservación y luego en su maletín. Se quitó los guantes e hizo una mueca con la cara a modo de despedida mientras sostenía el móvil entre la oreja y el hombro. Esa fue la última vez que la vimos trabajando en este caso.

—Está claro que tarde o temprano los planos debían regresar al

lugar donde les corresponde estar: en una atmósfera adecuada —dije mientras rodeaba la mesa para aproximarme a Victoria.

—Bueno, ¿y ahora?, ¿continuamos solos? —preguntó la detective.

—Creo que no hay muchas más opciones —afirmé mientras atendía a su mirada.

Victoria estaba forrada por un tejido impermeable de color marrón oscuro que contrastaba con el tono pálido de su cabello. La gabardina indicaba que no deseaba un nuevo encuentro con la lluvia, pero lo cierto es que las probabilidades de precipitación para el día de hoy eran escasas. Me había cerciorado bien antes de pisar la calle. A pesar de todo, no perdía la elegancia: unas botas de caña alta a juego con la chaqueta y un traje ceñido a la cintura de color beige. Su cabello estaba suelto esta vez. Lucía una brillante cascada rubia que se precipitaba por ambos lados del cuello. No puedo negar que muchas veces, cuando la miraba, me perdía en la inmensidad de sus ojos y me descentraba de la conversación.

Decidimos regresar a la sala de archivos para pedirle a Sor Inés de la Cruz, la secretaria, que nos mostrara los planos más actuales del convento y una copia de toda la documentación que se había llevado Alicia. Eran piezas claves para contrastar la información. En realidad, había pocas coincidencias entre ambos pliegos, pero observando la orientación de la calle y la disposición de las habitaciones, pudimos intuir cuál era el lugar aproximado por donde podría hallarse la entrada hacia el subsuelo.

Bajo la escalera del patio secundario había una pequeña habitación llena de escombros y material de construcción, seguramente abandonados tras las recientes reformas de la fachada. A simple vista no parecía tener salida, pero tras los andamios de la pared frontal, encontramos una puerta tapiada. Varios tablones viejos la atravesaban de lado a lado. Debía llevar años cerrada, porque la madera estaba hinchada y los clavos oxidados. Hice palanca con una barra de metal y logré dejar el hueco libre, que nos trasladó hacia un espacio más reducido. Era un zulo impregnado por un olor penetrante. El aspecto del agobiante lugar no presagiaba nada bueno, pero me instaba a pensar que estábamos cerca del gran descubrimiento. Las sombras que proyectaba la luz de las linternas daban la impresión de que reducían el escalofriante escenario. Tomé un martillo de goma y comencé a golpear las paredes y los suelos para escuchar el sonido que

generaban. Parecía estar sólido y bien cimentado en la mayor parte de la superficie, hasta que di con una zona hueca. Ahí es donde comencé a picar. Temía que el acceso estuviese cerrado por grandes rocas, como solía ocurrir en otros subterráneos centenarios, pero tuve la suerte de que solo estaba oculto por piedras de mampostería sujetas por una ligera capa de argamasa deteriorada por el paso de los años. No fue difícil encontrar la entrada hacia las profundidades de la tierra, lo difícil fue encajar la expresión de Victoria. Su tez pálida y su mirada perdida me desconcertaron.

—¿Qué ocurre?

—¡No puedo seguir! —exclamó.

—¿Tienes claustrofobia? —pregunté extrañado. No era normal que una detective brillante como ella, con un grueso currículum a sus espaldas, se atemorizara por introducirse en un lugar estrecho.

—Marcos. Es que no puedo seguir.

—Ayúdame a comprenderte —dije mientras me acercaba para acariciarle el hombro.

—Precisamente este es el motivo de mi excedencia. Llevo meses con esa sensación de asfixia. Tras mi último caso me han sucedido las pesadillas, la ansiedad, el desasosiego… Me he involucrado demasiado con este crimen. Más de lo que debería. Mendoza lo sabe. Le dije desde el principio que coordinaría el suceso, pero sin implicarme demasiado. Quería ayudar, solo eso. Pero no puedo más —dijo abrazándome mientras sollozaba. Victoria, en realidad, no era la mujer débil que me tenía atrapado contra su cuerpo. Había leído su expediente. Sabía de lo que era capaz. Disponía de un instinto sobrenatural para enlazar pistas que se creían perdidas y desempolvar casos olvidados, encontrando un final digno para cada uno de ellos. A pesar de su juventud, llevaba una carrera ejemplar, con una larga trayectoria de medallas y honores. Una mujer fuerte, perspicaz y decidida, y esa no era la Victoria que tenía ante mí.

Su ritmo cardiaco y su respiración fueron menguando. No había una amenaza real, todo estaba en su mente. Sabía que quizás hoy no rebasaría el umbral que separaba sus miedos infundados de la realidad.

—Disculpa. Lo último que querría es que alguien me viese en este estado —dijo levantando la mirada para centrarse en mi expresión.

—Yo no soy alguien. Soy tu compañero. Para lo bueno y para lo malo. Solo quiero que estés tranquila y a salvo.

—Fue algo terrible —dijo de nuevo—. Hace tres meses dejé de ejercer como detective. Mi último caso me desarmó. Él era muy fuerte. No pude reducirlo. Estaba armado. Me tiró sobre la cama, cortó el cinto sin rozar la hebilla y me bajó los pantalones. Sabía que iba a violarme, pero yo no hice nada para resistirme. Sabía que él tenía el poder, y que mi vida dependía de cualquier decisión que tomase. Sostuvo el cuchillo de cocina entre los dientes y me miró con excitación. No sé si con deseos de recibir placer o dolor, porque agarró la empuñadura del arma y tiró con rapidez para cortarse la comisura de los labios a propósito. Dejó caer varias gotas de sangre sobre mi blusa. Disfrutaba recorriendo mi cuerpo con la hoja ensangrentada y fría. Acariciando el borde de mi ropa interior y de mi entrepierna. Todo eso ocurrió estando yo ausente de la realidad, hasta que reaccioné a tiempo y le solté un rodillazo donde más duele, para luego salir huyendo. En lo que tardó en recomponerse, intenté abrir la puerta principal sin éxito, por lo que tomé la decisión de subir hasta la planta superior para esconderme. Entre el aturdimiento y las señales de dolor que me estaba enviando el cuerpo, descubrí que tenía una profunda cortada en la ingle. Gracias a Dios, no me había alcanzado la arteria femoral. Si actuaba con frialdad, tenía muchas posibilidades de sobrevivir. Así que hice lo mejor que se me da hacer, dadas las circunstancias claro, engañar a mi agresor. Abrí la ventana de par en par, me quité la blusa, me hice un torniquete para evitar que la sangre me delatase, moví la cama hacia la ventana y amarré un extremo de las sábanas a los barrotes del cabecero, y el otro lo tiré por la ventana y lo dejé caer sobre las tejas. Luego me escondí. No sé ni cómo, porque no lo recuerdo, pero pude subirme al altillo del armario. Allí permanecí casi un día y medio. Encerrada, atemorizada y escuchando los pasos frenéticos del mismísimo diablo. Solo rezaba para que no me descubriera, y ya no recuerdo nada más. Solo sé que a la mañana siguiente él ya no estaba. Había hecho sus maletas y se había largado. También sé que no llegó muy lejos. El equipo policial le estaba siguiendo el rastro, y gracias a eso pudieron detenerlo a él y encontrarme a mí.

Victoria sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas hasta rebosar. Avergonzada por su debilidad, bajó el semblante de nuevo. Estaba afectada por los recuerdos. Sin embargo, yo no podía hacer gran cosa en ese momento, sino sentir su angustia como mía. Alargué un eterno suspiro y la abracé con más fuerza para reconfortarla. Allí permanecimos en silencio, olvidando el paso del tiempo y dejando que su dolor se fuera diluyendo. Cuando reaccionó, yo tenía las

extremidades entumecidas. Ya sabía el motivo por el cual la detective tenía pánico a los lugares cerrados. Podíamos hacer dos cosas: dar media vuelta y regresar sobre nuestros pasos, o bien, hacer terapia de choque adentrándonos en el pasadizo. Solo ella podía decidirlo.

El calzado de Victoria no era el adecuado para un lugar como este. Se enterraba en el barro y la hacía tambalearse con cada paso. El terreno se volvía irregular en algunos tramos. Muchas zonas pedregosas por las rocas que se habían desprendido de los muros dificultaban la travesía. La linterna de los móviles no era una gran herramienta para una situación tan delicada como esta, pero para un imprevisto así, pensé que podría ser suficiente. El agua de la última lluvia aún rezumaba de las paredes, y a lo lejos, podía oírse el sonido de las gotas al caer sobre la superficie encharcada. Victoria cada vez me estrangulaba más el brazo, y por momentos creí que me iba a cortar la circulación. El pasadizo parecía perderse en el infinito con el escaso resplandor que ofrecían los teléfonos. No solo estábamos rodeados de oscuridad, sino que nos alejábamos de ese punto de luz por donde habíamos entrado y que cada vez se hacía más diminuto. Ella lo miraba con desasosiego, y yo temía que no pudiese contener un repentino ataque de pánico, así que decidí mantener una conversación para que tuviese que centrar sus pensamientos en mis palabras.

—¿Sabías que el Palacio de Nava en 1580 todavía no estaba construido? Ahora mismo nos dirigimos hacia allí, pero en el año en que la supuesta monja transitó por este subterráneo no existía aún.

La detective guardó silencio durante un instante, pero luego conseguí mi cometido.

—Entonces, ¿qué significado tiene este pasadizo? —preguntó extrañada.

—Desde 1500 en ese lugar solo había un solar que perteneció a Jorge Grimón. El palacio comenzó a construirse cinco años después del crimen que estamos investigando.

—Por lo tanto, el pasadizo fue construido antes que el palacio —afirmó.

—Exacto querida Watson —dije añadiendo un toque humorístico.

—Lo que nos llevaría a pensar… que a priori, este trayecto no fue diseñado para comunicar a las Clarisas con la familia Nava y Grimón.

—Veo que está haciendo los deberes, señorita.

—Sí, es una deducción muy sencilla —dijo algo más calmada—. De todas formas, me he estado documentando. Pensé que debía ampliar mis conocimientos e implicarme a fondo en esta historia para contrastar los crímenes en las diferentes épocas, y así no daría la impresión de que el detective inteligente solo eres tú —añadió con tono animoso mientras dejaba de oprimir mi brazo.

—No te instruyeron para descubrir hallazgos de épocas pasadas. Puedo entenderlo. Tu valía es atar cabos, sin importar el siglo al que pertenezcan. Y si Mendoza insiste en que tú eres la mejor para resolver este crimen, debo entender que lo eres —dije sonriendo al mismo tiempo que iluminaba su cara con la linterna. Me quedé satisfecho al verla más despreocupada.

—Sí, suelo ser bastante eficiente, aunque veo que mi compañero mantiene el nivel.

Sonreí a oscuras y reanudé la interesante charla con más detalles de la época.

—Muchos de los pasadizos que encierra esta ciudad fueron utilizados para el contrabando de trigo por parte de la iglesia. Esto fue después, durante la crisis del siglo XVII, cuando comenzó la escasez de alimentos provocada por las malas cosechas. Se prohibió exportar grano fuera de las lindes laguneras, sin embargo, se siguió sacando a través de estos túneles. La iglesia continuó cobrando el diezmo a los campesinos, y también a los traficantes, que podían moverse libremente para terminar especulando con los cereales fuera del municipio.

—Hablando de subsuelos. ¿Sabías que desde la Iglesia de la Concepción hay un túnel que se dirige hacia el barranco de Cha Marta? El mismo de la calle las Candilas. Entonces… es por ahí por donde sacaban la cosecha de grano —dedujo con tono de satisfacción.

—¿Eso es una pregunta de examen? Claro que sé los puntos hacia donde se dirigía el contrabando. La pregunta es… ¿por qué lo sabes tú?

Victoria enfocó su bolso, abrió la cremallera y rebuscó entre sus pertenencias, luego sacó un pequeño libro amarillo con la ilustración de uno de los pasadizos.

—Efectivamente, ese es el túnel bajo la calle las Candilas. ¿Cómo has encontrado esa documentación?

—Es solo uno de los tantos que hay. Según Google, se han contabilizado como unos diecisiete subterráneos. Este libro en particular lo encontré en la librería El Águila, utilicé mis influencias y mi encanto natural para conseguirlo. En realidad está agotado, tuve mucha suerte de que la dueña de la librería me consiguiese uno. Es una donación de un cliente habitual.

—Nunca dejas de sorprenderme —le dije.

—Debo ponerme a tu nivel de historiador. Por lo menos, en lo que respecta a este caso. Si soy detective y no investigo, mucho sentido no tendría mi profesión, ¿no crees? Pero aprecio tu zalamería. Hoy ha sido desbordante. Sé por qué lo haces. Quieres mantenerme distraída en medio de esta inquietante penumbra.

—¡Vaya! Y aparte de perspicaz e inteligente… ¿qué más sorpresas traes? —pregunté.

Escuché una risita detrás de mí, justo después de que varias cucarachas se paseasen sobre mis zapatos sin que ella pudiera verlas. El primer tramo nos permitió caminar completamente erguidos, aunque algunos sedimentos que se habían depositado en los lugares con desnivel descendente, redujeron el espacio. El agua y el barro habían confraternizado durante años y habían formado una capa sólida. Hubo momentos donde tuvimos que agacharnos para poder seguir avanzando, sin embargo, el ancho entre las paredes se mantuvo constante. Desde luego que era un lugar claustrofóbico para una mujer que había estado sometida a tanta presión emocional, y más aún, sabiendo que no podía avistar la claridad de la salida. Asumí un gran riesgo al dejar que me acompañase. Victoria se había tomado sus forzosas vacaciones sin incluir en su visita turística la presencia de un profesional de la psicología. Así que la responsabilidad de lo que podía suceder en este lugar era solo mía.

Me detuve para estudiar el terreno. Un trozo de la pared se había desprendido, y las piedras amontonadas ocupaban una parte importante del camino. Sentí de nuevo sus manos aprisionándome con fuerza. Parecía que lo peor de la galería se concentraba en esta zona. No solo se trataba del muro derruido, sino de varios metros de barrizal que obligaban a hundir las piernas hasta la rodilla. Me giré hacia Victoria, que comenzaba a inquietarse de nuevo, y la abracé.

—Confías en mí, ¿verdad? Ya casi estamos acabando —le susurré al oído.

Pero ella parecía estar tan rígida como las rocas amontonadas. Escuché su respiración acelerada, y supe que estaba a punto de perder el control. Le sujeté la cara y la obligué a mirarme a los ojos.

—¡No puedo! —gritó.

—Confías en mí, ¿verdad? —volví a repetir con más serenidad que antes.

Me pareció que durante unos instantes se concentró en mis palabras, fijándose en el movimiento de mi boca al pronunciarlas. Conseguí que dejase a un lado el caótico escenario que nos rodeaba. Cada vez que repetía esa frase me acercaba más a ella, y así fue como sucedió. Despacio, a una velocidad imperceptible hundí sus labios contra los míos. Ella cerró los ojos y me dio la sensación de que sintió paz. Comprendí que la ternura de mis besos hacía que se sintiese a salvo. Luego se alejó de mí con una mirada amable.

—Sí. Sí confío en ti —dijo con un hilo de voz.

Tragué saliva y la abracé de nuevo. Efectivamente, se había calmado. Había dejado de temblar y sus latidos se habían normalizado.

Salvamos los obstáculos y rebasamos el tramo accidentado mientras íbamos ascendiendo unos escasos metros por el angosto túnel. La zona estaba limpia, sin desprendimientos y cubierta por una fina gravilla húmeda. Guiados por la luz de los móviles descubrimos que varios metros de pared del lado derecho estaban construidos con un material diferente. Me detuve y acaricié el relieve. Las piedrecillas que calzaban las irregulares rocas comenzaron a soltarse a medida que pasaba la mano. Era un muro menos firme y consistente que el que conformaba el resto de la galería. Parecía como si una mezcla de barro, arena y trozos de cerámica cubriesen los contornos de la mampostería.

—Puede ser que se haya desprendido en algún momento ese trozo de pared y que la hayan intentado reparar con materiales más ligeros. Incluso, si te fijas, tiene una tonalidad diferente —dijo Victoria sacando sus propias conclusiones que, a pesar de su escasa experiencia arqueológica, tenían sentido.

—Los muros que soportan el peso de una ciudad no se reparan con materiales ligeros —la corregí.

Volví a tocar la estructura endeble y cayeron más piedrecillas

marrones.

—¡Ayúdame! —exclamé—. Con cuidado. Vamos a intentar hacer un hueco por un lado a ver si la pared es muy gruesa. Si no lo es, podría ser un pasadizo que hayan cerrado.

—Si eso fuera cierto, significaría que podría conducirnos por el subsuelo de otra de las calles, ¿verdad?

—Así es. Y tendría que ser una de las transversales de Nava y Grimón. De las que hay antes del palacio de Nava. Solo habría tres calles posibles: Ernesto Ascanio y León Huertas, San Agustín y Bencomo. La primera es imposible, creo que ya la rebasamos hace rato. Aunque lo más probable es que no haya nada de eso. No hay documentos ni datos que lo corroboren. Ningún escrito histórico que haga alusión a otra vía subterránea. Ni siquiera los planos del convento apuntaban tan lejos —afirmé.

—¿No hay documentos, dices? Igual que ocurrió al principio, ¿no? Cuando creímos que no había más pistas que confirmasen que había un pasadizo desde el convento de las Claras.

Su deducción con un toque simpático de ironía, me hizo sonreír.

—Falta que esté aquí Alicia con su cinturón lleno de herramientas. Qué bien nos vendría una piqueta[25] ahora mismo. Aunque siendo menos agresivos…, una brocha y un punzón[26] serían suficientes. Eso es lo que me imagino ahora mismo en manos de la antropóloga —dije asintiendo.— Si se entera de la aberración que va a iniciarse, nos entierra vivos. Habrá que apañárselas con lo que esté a nuestro alcance.

Me agaché para sacar la pequeña navaja que tenía atada al tobillo y luego me alejé un poco de Victoria.

—Enseguida vuelvo —dije—. Voy a buscar una de las piedras que encontramos amontonadas por el camino para que tú también puedas escarbar en la pared.

Lo que estábamos a punto de hacer iba en contra de la ciencia arqueológica. Sin personal cualificado en el campo y con menos sutileza de lo habitual, quitamos los pedacitos más simples de la argamasa para luego desprender con facilidad las rocas más enteras. La paciencia era una virtud, y hoy la estaba poniendo a prueba.

Este hallazgo poco habitual tenía el tiempo en contra. Sabía que

si el muro que intentábamos atravesar era demasiado grueso, habría que delegar nuestro trabajo de exploración intrusiva a las autoridades competentes.

La estructura del muro parecía descompensada: la parte superior era gruesa y la arcilla aún mantenía la sujeción de las rocas, sin embargo, en la base de la improvisada estructura había una notable delgadez. La erosión del agua había intervenido desgastando todos los componentes. Se debía a que antiguamente las lluvias eran más torrenciales que ahora, a lo que habría que añadir la falta de alcantarillado. Tras las inundaciones, bajo la ciudad de Aguere, el agua ocupaba muchas de estas galerías y discurría libremente por ellas sin pedir permiso.

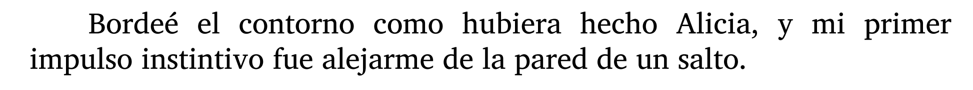
Tras media hora de trabajo y a punto de tirar la toalla, ya habíamos profundizado treinta centímetros sobre la piedra y el barro, y nos habíamos empolvado la cara y la ropa otros treinta centímetros más. Victoria se pasaba el dorso de la mano por la frente a cada rato y yo no paraba de restregarme los ojos.

—La batería de mi móvil no está muy boyante. Necesito que nos dé tiempo de utilizarla para el trayecto de regreso al convento. Deberíamos dejarlo por hoy —anuncié con un tono de decepción.

—Me parece buena idea. Si detrás de esta muralla hay o no otro pasadizo, no es algo relevante para el caso. Lo que andábamos buscando ya lo hemos encontrado: el cuerpo de Salvador de Hoyos y sus orígenes, porque si la monja nunca existió, seguir excavando podría ser una pérdida de tiempo. Deberíamos centrarnos en el burgués y en su entorno. Marcos, si no tenía ninguna amante, habrá que descubrir por qué lo decapitaron. ¿Cuál fue el móvil?: los celos, la envidia, la venganza… Una muerte que se asemeja bastante a los actos inquisitorios de la época, pero a su vez, a espaldas de la Iglesia. Algo no encaja —dijo Victoria negando con la cabeza.

Estaba a punto de dar media vuelta para retirarme del curioso hallazgo, cuando el último haz de luz de mi móvil iluminó la base de la estructura pétrea. Algo extraño llamó mi atención. Giré la cabeza y me obligué a arrodillarme de nuevo para analizarlo. Acerqué la cara al vistoso agujero y me quedé pensativo.

—Eso que hay ahí no son trozos de porcelana, ni restos de vasijas desportilladas. Parece más bien una estructura seca y amarillenta. Deja que escarbe un poco más.



Bordeé el contorno como hubiera hecho Alicia, y mi primer impulso instintivo fue alejarme de la pared de un salto.

—¿Qué ocurre? —dijo extrañada.

—Asómate ahí y alumbra con la linterna. Parecen restos humanos.

Victoria se inclinó y confirmó mi apreciación.

—Efectivamente, parece la tibia y peroné de una persona. Pero le faltan los pies.

—Es la primera vez que descubro un emparedamiento humano —expresé emocionado.

—Por eso eres historiador y no arqueólogo. Y ya has tenido bastante suerte, porque justamente esta situación no se corresponde con ninguna de tus profesiones. Se podría decir que los detectives trabajamos con cadáveres que aún están calientes, y los historiadores con documentos escritos.

Me sacudí la ropa y guardé la navaja de nuevo.

—Debe de llevar varios siglos oculto —dije mientras sacaba mis primeras impresiones del cadáver.

—Eso parece, querido Watson.

## XVII



No había añorado tanto una ducha como cuando mi primo Alberto hizo reformas en su casa. Había acabado igual, o incluso más limpio que hoy. Ni las pestañas pude reconocer cuando vi reflejada la imagen de mi cara en el espejo del lavabo. Sor María nos había dejado unos paños húmedos para refrescarnos, pero no fue suficiente. A pesar

de la oscuridad en las calles, el bochorno por el que pasamos al salir del convento incomodó a Victoria, que siempre presumía de lucir estilosa. Esta vez tuvo que pasearse hasta el hotel con las botas cubiertas de barro, la ropa polvorienta, y el cabello acartonado por la humedad que impregnaba la atmósfera del pasadizo. Decir que parecíamos vagabundos es una frase amable para describir la escena.

Nada más cerrar la puerta de mi apartamento y pasar el fechillo de seguridad, abrí el grifo de la ducha y aproveché para desvestirme: me quité la chaqueta y el cinto, pero antes de desabrocharme el primer botón de la camisa, escuché un golpe sobre una pieza de madera.

—¡¿Quién anda ahí?! —grité.

Luego escuché un ruido de cristales. El sonido provenía de una de las habitaciones del fondo. Saqué la pistola, que llevaba enfundada en el costado izquierdo, y corrí hacia el salón. Me pegué a la pared del pasillo y comencé a caminar asegurando cada una de las estancias. Un fuerte olor a gasolina me condujo hacia la oficina. Asomé la cabeza y pude ver el caos. Papeles y carpetas esparcidas por el suelo. Armarios y gavetas desordenadas, y lo más importante, había desaparecido el portátil que tenía sobre el escritorio. Me asomé a la ventana rota y a lo lejos, sobre el tejado de la casa contigua, pude ver una figura en movimiento. Terminé de romper los trozos de cristal de los bordes y salté flexionando las rodillas. El fugitivo se dirigía hacia la zona más céntrica de la ciudad, saltando de casa en casa y de azotea en azotea, arriesgándose incluso a pisar alguna de las canaletas de desagüe. Nos movíamos por la parte central de las techumbres para asegurar los pasos, haciendo un verdadero ejercicio de equilibrismo cuando nos aproximábamos a las cornisas. El encapuchado llevaba ropa oscura. Corrí con toda mi energía para aproximarme a él. Cada vez le pisaba más los pasos. Llegó un momento en que lo tenía tan cerca que decidí abalanzarme sobre él, y fue entonces cuando nos precipitamos al vacío hacia el interior de una vivienda. El tejado descompuesto de una casona abandonada, no pudo soportar el peso de los dos y se desplomó. Su cuerpo amortiguó el impacto del mío, pero aún así, tuvo la suficiente lucidez como para asestarme una patada en el estómago y salir corriendo. Cuando encendí la linterna del móvil ya había desaparecido: solo había oscuridad, y en el suelo, varios trozos de plástico de mi ordenador. La altura desde donde habíamos caído era considerable, ya que era una construcción antigua con los techos elevados, a pesar de todo, la adrenalina me mantuvo con fuerzas para

continuar con la persecución. Corrí por los pasillos tras sus pasos y vi cómo se adentraba en varias habitaciones y se escabullía entre las sombras. Presentaba una ligera cojera que me daba ventaja, pero siempre lograba escapar por alguna de las ventanas. Atravesábamos uno de los patios cuando el fugitivo prendió la llama de un mechero, y el fuego lo iluminó todo. Había quemado la documentación que llevaba encima y el portátil. Me detuve de inmediato, lo apunté con el arma, y disparé antes de volver a perderlo de vista. La bala rozó el marco de la puerta por donde logró escabullirse. Y a partir de ahí, es como si la tierra se lo hubiera tragado. El ladrón había huido acunado por la oscuridad de la noche.

Por extraño que parezca, ese individuo no había entrado en mi habitación para llevarse información, sino más bien para destruirla. Parte de los documentos que había quemado estaba en la comisaría, y la otra en posesión de los criminólogos y del resto de los técnicos. Lo que pretendía era ralentizar el caso por alguna razón que desconocíamos. Necesitaba tiempo, pero yo no tenía intención de dárselo.

Estaba dispuesto a borrar este suceso de la investigación con tal de no preocupar a Victoria. Después de haberse sincerado conmigo, reconocía cuáles podían ser sus límites. Debía mantenerla al margen de los encuentros fortuitos como este y cumplir con la petición que le había propuesto a Mendoza: nada de situaciones controvertidas. El capitán sería el único que estaría al corriente de este contratiempo. Lo que estaba claro era que alguien llevaba tiempo siguiendo nuestros pasos y estudiando nuestros movimientos. No podía ser una coincidencia que en plena noche, un conductor borracho se nos viniese encima, que movieran la losa de la cripta o que intentasen deshacerse de las pruebas recabadas hasta el momento. Eso solo podía significar una cosa: que el criminal estaba incomodándose por tirar de los hilos que, inevitablemente, tarde o temprano, nos conducirían hasta él.

El agua de la ducha arrastraba coladas de suciedad que tiñeron el fondo de la bañera. El líquido jabonoso y oscuro se arremolinaba junto al desagüe antes de perderse, y dejar ver de nuevo el color blanco a la cerámica. Me sentí satisfecho por haber salido del subsuelo sin perjuicios para mi compañera y rejuvenecido por la cálida lluvia. Me tendí sobre la cama con los ojos cerrados para revivir la tierna escena que compartimos bajo los cimientos de ciudad.

Cuando el timbre del teléfono me devolvió a la vida, ya llevaba más de doce horas en estado de inconsciencia. Giré la cabeza y levanté el móvil para ver el nombre que aparecía en letras luminosas. Se trataba de Victoria Reyes. Me incorporé con agilidad y atendí la llamada.

—Buenas noches. ¿Te encuentras mejor?

—Debo pedirte disculpas por lo que sucedió anoche, estaba muy agitada. En realidad no sabía cómo iba a reaccionar después de meterme en ese infierno. Fue una decisión precipitada, impulsiva e imprudente por mi parte, lo sé. Podía haber sufrido un ataque de pánico en medio del caos. No sé lo qué podría haber pasado si hubiera perdido el control. Lamento que te hayas visto forzado a consolarme de esa manera.

Sentado y aturdido por el sueño interruptus, escuchaba los lamentos y las palabras atropelladas de Victoria. Seguía sin encontrar el verdadero sentido a lo que quería decirme. Para ella fue un acto de emergencia y para mí un acto de fe, la fe de ser correspondido como hombre. Lo cierto es que desde que leí su historial por primera vez, ya estaba deseoso por conocerla. Se podría decir que me había enamorado de un par de hojas manchadas de tinta. Pude pasar del papel a la realidad desde que comenzamos a trabajar juntos. Estaba seducido por su carismática y brillante inteligencia, lo demás era un mero envoltorio para lucir un escaparate de ropa elegante. Para mí, besarla fue lo mejor que me había pasado en años. Su agudeza mental elevaba el vello de mis brazos y me excitaba, aunque ella aún no se había percatado.

—No has respondido a mi pregunta —insistí.

—Estoy bien —dijo más calmada.

—Y yo me alegro por ello. Contar tu historia fue bueno para ti, y lo seguirá siendo si confías más en las personas. No eres débil, simplemente eres humana. Y eso es bueno, porque los miedos se irán yendo a medida que te enfrentes a ellos. Tómate tu tiempo, pero no lo olvides: el orgullo y la aparente fortaleza que muestras, solo son tus enemigos.

El silencio quedó atrapado en el auricular. Pensé incluso que se había cortado la conversación y me había quedado hablando solo. Pero al otro lado de la línea se escuchaba algo, su respiración.

—Señorita Reyes, ¿sigue usted ahí? —dije con tono formal a

modo de burla.

—Sí —respondió escuetamente.

—No quiero que te devanes los sesos tras lo ocurrido. Solo fue una situación de emergencia que ya pasó. Seguimos siendo dos compañeros, con un objetivo en común, llevando el mismo caso, y por ese motivo, de momento, debemos zanjar este asunto y retomar el caso.

—Estoy de acuerdo —dijo mi interlocutora más repuesta.

—¿Recuerdas el descubrimiento al analizar los restos de Salvador de Hoyos?

—Sí, un hecho sorprendente.

—Nadie podía saber que ese hombre murió por un arma de fuego, a no ser que haya hecho un recuento de los huesos y de las bolas de plomo, igual que Alicia.

—Esta historia cada vez se enreda más, Marcos. Pero tengo una teoría: si dispararon a ese hombre, los vecinos tuvieron que haber visto también al asesino. Imagina que en medio de la noche suena un disparo, el sonido retumbaría por toda la calle. No creo que en esa época estuvieran inventados los silenciadores —dijo elevando la entonación.

—Si nos ponemos en situación, hay que tener en cuenta de que llovía a cántaros. El agua caía con furia sobre las tejas de las viviendas —ilustré la escena expresándome con énfasis para darle más realismo.

—Sí, pero no fue uno, sino dos disparos. Estoy segura de que habrían alertado, al menos, a toda la manzana. Dudo que un estruendoso ruido, como el de una antigualla de esa época, pueda ser apagado por el sonido de la lluvia —argumentó.

Caí en la cuenta de algo y me levanté de la cama con agilidad. No estábamos teniendo en cuenta un detalle: que esos disparos estaban distanciados el uno del otro por varios minutos. Seguramente Victoria tenía razón: si algún lugareño se había asomado a la ventana alertado por el primer disparo…, podría haber visto también al asesino.

—Marcos ¿me estás escuchando?

—Victoria, ¿es que no te has dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Si esa noche estaba en penumbra y los vecinos vieron a la monja… debo entender, que también pudieron avistar al agresor.

—¡Y eso es lo que te estoy diciendo!

—Se trata del tiempo que tuvieron que tomarse para ejecutar esos disparos. Las armas de esa época había que cargarlas a mano. Y te puedo asegurar que hay que tomarse su tiempo para ello. No creo que hayan empleado un *mosquete*[27] para perpetrar el crimen, en aquel entonces, era un arma básica y demasiado pesada, y para más inri, no tenía precisión. Sin embargo, el *arcabuz*[28] era rudimentario y tenía un mecanismo sencillo, aunque su recarga requería tiempo. Se tardaba entre uno y cinco minutos en volver a tenerla a punto. Dependiendo de la destreza del tirador, porque había que colocar y encender la mecha, introducir la pólvora, la bola de plomo, meter el *taco*[29] para evitar los gases y comprimirlo todo con la *baqueta*[30]. ¡Vamos, una verdadera odisea! Y ya ni hablar del precio de la dichosa herramienta. Dudo mucho que el que apretó el gatillo fuera un clérigo. Me atrevería a decir que el asesino pertenecía a la milicia. Esas armas de fuego no las sabe manejar cualquier ciudadano, y menos aún un párroco o un sacerdote —dije intentando encajar todos los detalles. —Si hubo al menos un minuto entre un disparo y otro, es probable que haya algún testigo como dijiste.

—Si no llegamos a abrir ese ataúd, nos hubiéramos quedado con su fecha de entierro y una anotación donde figuraba que fue decapitado. Esos archivos no son fuentes fidedignas —puntualicé.

—Sí, pero… si la monja nunca existió, ¿qué relación guardan las Clarisas? Si no hay monja suicida, las similitudes se desvanecen —aclaró Victoria, que parecía de nuevo ágil en sus razonamientos.

—Espera un momento, tengo otra llamada entrante —dije interrumpiendo la conversación.

Al cabo de unos minutos volví a retomar la charla con Victoria.

—Tengo al antropólogo forense por la otra línea. Me comunica que ha hecho un análisis de los restos hallados en el emparedamiento, y que vayamos al laboratorio cuanto antes.

—Pues no se hable más —dijo antes de colgar.

Sobre la camilla había una sábana perfilando lo que podrían ser los restos humanos del reciente hallazgo. Sacar cada una de las piezas óseas insertadas en el muro tuvo que haber sido una tarea laboriosa, tanto como recomponer los pedazos irregulares de un rompecabezas. El forense levantó la tela y pudimos apreciar la fragilidad de los raquíticos huesos.

—Tal vez… si hubiera estado en una caja de pino, como en una sepultura normal, se hubiera retrasado la descomposición del cuerpo —añadió Victoria.

—Es posible que hubiera estado mejor conservado —respondió Alexander, el forense.— De todas formas, he sacado datos curiosos. A simple vista, la mayoría de los fragmentos que he analizado están fracturados, y he descubierto que esas roturas no fueron provocadas por la presión de los sedimentos y de las rocas que se dilatan y contraen por la presión y las temperaturas. Las fracturas más vistosas se debieron a un fuerte impacto —siguió argumentando el experto—. Más de la mitad de su cráneo y su costado derecho están destrozados.

—¿Cabría la posibilidad de que fueran ocasionadas por una caída de cinco alturas? —dije ansioso por arrojar algo de luz al caso.

—Yo diría, incluso, que de más altura —afirmó.

—¿Cómo es posible? —preguntó la detective arrugando la frente —. La torre de la Concepción solo tiene cinco plantas hasta el campanario.

—Efectivamente —la interrumpí.— Y mide exactamente 28 metros de alto, si contamos con el templete que remata su estructura.

—¿Y se tiró de más altura? No lo entiendo —volvió a dudar Victoria.

—Muy sencillo. Esta no es la única torre que se ha construido a lo largo de los siglos en esa iglesia. Antes de esta hubo dos más. Y lo que nos dice el experto es que la primera de las torres era de más altura, de esa es de la que se tiró la religiosa.

—Visto así… tiene su lógica.

—La torre que fue testigo de su muerte, se construyó tres años antes del trágico suceso. Luego la derribaron. No por el suicidio en sí, sino por su estado ruinoso. Créeme cuando te digo que esas campanas de bronce llegaron a pesar casi una tonelada. Demasiado peso para los

materiales de construcción que usaban antaño.

—Ya entiendo. Campanas pesadas, torres ruinosas.

—La segunda torre data de 1630, derribada nueve años después, y luego se vuelve a levantar entre 1694 y 1697, que es la que vemos en la actualidad. Es de piedra de cantería, siendo los alarifes de esta última, Juan Liscano y Andrés Rodríguez. Los oficios de herreros y latoneros tuvieron su máximo apogeo en el siglo XVIII. Mira que se repararon campanas por esa época.

—Muy interesante la magistral clase de historia, Marcos, pero mejor vayamos a la parte que nos concierne realmente —puntualizó Victoria clavándome ligeramente las uñas en el brazo, mientras dirigía la mirada hacia Alexander.

—Sí, es mejor que nos centremos en las pruebas óseas —añadió el forense—. Coincido con las observaciones del informe antropológico y del perito criminalista de campo. Si se dan cuenta, parece que le falta la mitad de las piernas. No se hallaron los huesos en esa zona. La tibia y el peroné están incompletos. La erosión del agua debió de desgastar esa parte del cuerpo. Nos indica también hasta qué niveles se inundaban las galerías tras las lluvias. Algunas se anegaban con más profundidad que otras, dependiendo de los desniveles que hubieran quedado tras las excavaciones de los túneles.

—Sí, el agua hacía verdaderos estragos en la ciudad. Y tenían suerte si el lago no se desbordaba —dije mientras observaba de reojo la expresión entusiasta de Victoria. Parecía que al fin se sentía atraída por la historia.

Alexander esbozó una sonrisa cómplice, dándome su aprobación para intervenir en los detalles de la autopsia. Una forma de engrosar los datos de estudio y añadir información a las posibles lesiones del cadáver.

—Aparte de la erosión —continuó diciendo—, debemos añadir un factor importante: el nivel de humedad concentrado en esa pequeña atmósfera. Suele ser una constante en muchos de los subterráneos. Esto ha influido negativamente en su conservación. Podemos apreciar el deterioro. Los huesos están muy castigados, pero se observa claramente que es una mujer, ya no por la forma y el tamaño de su pelvis, sino por el avanzado estado de embarazo. El esqueleto fetal revela que tenía unas 16 semanas cuando murió. El tejido cartilaginoso está completamente osificado. Y para fundamentar más

mi tesis, aquí tenemos estos pocos mechones oscuros que quedaron adheridos al cráneo de la víctima. Son bastante largos e inexplicablemente se han conservado. Como si algunas partes de su cuerpo se hubieran momificado.

Después de las apreciaciones del profesional, Victoria centró su atención en el diminuto esqueleto del pequeño ser. Apenas se apreciaba tras las costillas de la madre. Pensé que había sido la tercera víctima de esa noche, y que nadie le había dado la oportunidad de decidir su propio destino.

—¿Qué puede impulsar a una madre a suicidarse sabiendo que lleva un hijo en su vientre? —farfulló en un tono casi inaudible.

—Entonces… Según los datos del forense, la mujer emparedada en ese tramo del pasadizo no era una monja —interrumpí, para desvanecer los pensamientos de la detective, que al parecer, iban más rápido que sus propias palabras.

Victoria me miró con decepción y atendió mis apreciaciones, que eran contrarias a las suyas.

—No me pongas esa cara —le advertí— esa mujer no solo estaba embarazada, sino que su cabello indica que no era una religiosa del convento de las Claras. Si no le dieron sepultura en ningún lugar sagrado, significa que fue repudiada por el cristianismo. Lo que me lleva a pensar que algún pecado importante tuvo que haber cometido.

—Precisamente por esa razón fue repudiada, Marcos. ¿No te das cuenta? Una monja que rompe sus votos de castidad no puede ser enterrada en un lugar santo. Además, doble repudio: el suicidio es pecado ante los ojos de la Iglesia. Motivo suficiente para desear que nadie encuentre su cadáver. Además, si tu abuelo Aurelio anunció que llevaba meses viéndose con su amante, ¿cómo estás tan seguro de que no se haya producido un embarazo durante esos encuentros?

—¿Estás insinuando que la leyenda puede ser cierta?

—Sí, porque esas fracturas en el costado derecho evidencian una realidad que encaja a la perfección con las habladurías populares —dijo Victoria clavándome la mirada. —Y como pudiste comprobar… en lo único que se equivocaron las lenguas fue en que era una de las tres hijas de Olaya. Porque a las tres les dieron sepultura en la capilla mayor del monasterio. Por lo tanto, ella debió de ser otra de las monjas internas.

—¿Y esa larga melena no rompe con las conjeturas? Las monjas llevan el cabello corto bajo el manto. A no ser que… —dije dubitativamente mientras me acariciaba la barbilla.

—¿A no ser qué? —insistió.

—A no ser que esa joven haya sido novicia. Es lo único que podría explicarlo todo.

—¡Ahí está la clave! —exclamó con un rubor en las mejillas por la emoción—. Eso significa que no llevaba más de dos años en el convento cuando se quitó la vida, lo que facilitaría la búsqueda entre los archivos conventuales. Tiene que haber algún dato sobre ella.

Habíamos dejado a un lado los comentarios científicos del arqueólogo forense, y nos habíamos centrado en los detalles más significativos del suceso. Sin querer, habíamos descubierto el asesinato de un nonato y el auténtico suicidio de la monja. Al parecer, todo cobraba sentido, dando un realismo irrefutable a una simple leyenda. Por primera vez en la historia del municipio, nos habíamos dado cuenta de que los rumores eran ciertos. Algunos vecinos de la zona vieron a la joven correr por las calles en plena oscuridad. Esa imagen se clavó en la retina de los testigos, y se ha perpetuado hasta el día de hoy.

—Me parecería extraño que un suceso de esa envergadura pudiese quedar silenciado. Ni la Iglesia, con su poder, pudo evitar el revuelo —dije apartando la mirada de las piezas óseas que yacían sobre la camilla—. Lo que sí logró la iglesia fue borrar cualquier rastro de la monja, dejando en evidencia y sin fundamento los cuchicheos —añadí.

—Por eso, sin pruebas y sin cadáver no habría delito —dijo Victoria—. Y si no hay nada escrito, ¿cómo podremos identificar a la víctima? Podría ser que en el convento no apareciera ningún escrito sobre ella. Podría ser cualquiera, o podría ser un fantasma a ojos de los historiadores. Si no hay nada que la identifique volveremos a la casilla de partida.

—No te alarmes —dije intentando calmar su ímpetu—. Primero que nada debemos averiguar cuántas monjas entraron en el monasterio entre 1578 y 1580.

—Bueno, llegados a este punto quiero darles otra maravillosa noticia. Es un descubrimiento importante para el grupo arqueológico del municipio, pero también ayudará a dar un pequeño impulso a la investigación policial —dijo Alexander mostrando su reluciente

sonrisa.

La expectación de nuestras miradas se concentró en sus labios, esperando el siguiente movimiento.

—El muro donde estaba atrapada la monja era la pared que separaba el subterráneo de la calle Nava y Grimón de otro situado en la calle San Agustín. Y siguiendo su recorrido, pudimos comprobar que finaliza, casualmente, en el patio de la casa de Salvador de Hoyos Baeza, el supuesto burgués de la trama. Por lo que debo entender que se confirma toda la historia.

—Yo diría más bien que la historia está clara. Existe una realidad irrefutable que ha salido a la luz a medida que hemos atado cabos y enlazado los personajes de la trama en diferentes escenarios. Me fascina mi trabajo por esta misma razón. Al final todo cobra sentido —puntualizó la detective orgullosa—. Pero la historia no termina aquí, Marcos. Si la monja estaba atrapada en la pared… aún faltan dos cosas por averiguar: ¿quién asesinó a Salvador de Hoyos y cuál fue el motivo? —dijo para borrarme la sonrisa que se me había dibujado en la cara.

—Remontarnos al pasado es una locura —intervino el forense—. Hallar el nombre de un criminal no es nada sencillo, por mucha pericia y tecnología de la que dispongamos ahora. Yo me decantaría más por investigar al asesino de este siglo. Ya ha cometido tres asesinatos, ¿para qué perder el tiempo en la época equivocada? —reiteró Alexander.

—Porque en esta ya no hay pistas a las que podamos agarrarnos. Ninguna de las monjas tiene nada en común, exceptuando su condición de religiosas —aclaré.

—Lo que Marcos quiere decir es que intentaremos evitar que este caso vuelva a archivarse. Si no, Andrés Mendoza pondrá el grito en el cielo. Y por el bien de la comunidad, no queremos que eso ocurra, ¿verdad? Yo seré la menor afectada porque regresaré a Barcelona, pero mi compañero y el resto de los responsables de la investigación, quedarán cuestionados para siempre.

—Tu reputación quedará dañada, Victoria. No lo olvides. Una mancha en un inmaculado currículum destaca mucho —argumenté para retarla.

—Por esa misma razón no voy permitirme mancharme, ni yo, ni mi currículum —puntualizó mientras daba media vuelta y salía de la

habitación con andares enérgicos.

Algo que se hacía muy evidente era el papel que había tomado el padre Vicente en todo este asunto. Era el único sacerdote que entraba y salía libremente del convento, disponiendo de información privilegiada. Confesar a todas las religiosas le otorgaba poder. Seguramente sabría el nombre de las monjas que pretendían renunciar a la clausura, e incluso el pensamiento pecaminoso de alguna de ellas. Aunque el sonido de su voz no compartiera similitud con el rezo en latín de la grabadora, el nombre de Vicente Alayón Martín ya hacía tiempo que ocupaba el primer puesto en mi lista de sospechosos.

## XVIII



## Ciudad de La Laguna. Finales del siglo XVI

**(17 de noviembre de 1580)**

Prometía ser una mañana deliciosa. La extensa nube gris que había coronado la ciudad durante la noche se había desvanecido tras el intenso aguacero. Ahora mostraba una textura algodonosa por donde se filtraban algunos rayos de sol, ofreciendo algo de calidez a las frías calles.

Al final de la vía, frente a la puerta del carnicero, se podía apreciar lo que en su momento fue una montaña de escombros, ahora derruida por la fuerza del agua. Gaspar pretendía reparar los muros de su vivienda tras el incendio acontecido la semana anterior. Las vigas se habían venido abajo junto con la techumbre de paja seca. Las leyes urbanísticas ya no permitían utilizar materiales combustibles en las cubiertas, sin embargo, él quería aprovechar la ocasión del incidente para hacer un proyecto más ambicioso. Esperaba impaciente la llegada de la licencia. Quería construir una segunda planta, ya que su sangriento oficio había prosperado en los últimos años y atesoraba una cantidad de ducados nada desdeñable.

Algunas de las piedras de cantería se habían desprendido del empedrado de los caminos y dificultaban el tránsito de las carretas que se dirigían hacia las montañas en busca de madera y paja. El esfuerzo de los bueyes por marcar el paso era en vano. La lluvia había vuelto a embarrarlo todo, trayendo ramas y suciedad. No se sabía bien en qué momento acababan las calles de la villa de arriba y en qué momento comenzaba el monte. La tormenta había formado un caótico escenario, aunque algunos aguantaban el chaparrón mejor que otros. Un mendigo había encontrado refugio durante la noche, y ahora salía de su escondrijo con un trozo de pan en la mano. Intentaba atraer la atención de uno de los cerdos que retozaba en el lodo, pero el animal ni lo miró siquiera, estaba más concentrado en disfrutar del baño de barro que en atender a sus necesidades básicas. El pobre hombre esperaba junto a las pequeñas ruinas de la casa del carnicero la llegada de fray Andrés, que lo obsequiaba todas las mañanas con un pedazo de queso tierno y un cuartillo[31] de vino, pero hoy además, le había prometido una onza[32] de *jabón ceniza*[33], una manta de *estopa*[34] y un par de *alcorques*[35] viejos.

Al otro extremo de la ciudad, por donde la corriente del agua se vio atraída, se levantaban los vastos muros del monasterio de las Clarisas. Infinitos, gruesos e infranqueables. Lindaban con tres calles a la vez, y con un pequeño callejón. Ese callejón, sombrío durante muchas horas del día, ofrecía unas condiciones idóneas para los

puestos ambulantes de viandas[36] y víveres frescos.

Desde horas muy tempranas la ciudad se ponía en pie. El entorno comenzaba a cobrar vida a medida que despuntaba el alba, dejando eco del murmullo de la gente que transitaba por los alrededores del convento. Sor Teresa sintió el calor sobre la espalda y se estremeció, enterró sus dedos en el barro para tapar la raíz de una lechuga tierna, no merecía ser cortada aún. Sabía que si la lluvia continuaba persistiendo algunos días más, los cultivos del huerto perecerían. Luego prosiguió con sus tareas de recolección entre los frutales, empezando por las jugosas naranjas y terminando por las últimas manzanas del año.

Las copas de los árboles más débiles amanecieron desnudas. La ventisca había deshojado muchas ramas y había arremolinado sus hojas entre los lugares más recónditos del jardín. Inhaló durante un instante el aire fresco y húmedo que descendía desde la cumbre, llevaba impregnado el aroma de las rosas y el sonido de los pinzones. La religiosa se remangó la falda para entrar en el corral. Las gallinas eran viejas y no solían estar sobradas de huevos, pero siempre eran los suficientes como para hacer unos postres deliciosos. Teresa era delgada, de piel fina y de ojos grandes y expresivos. Su palidez denotaba el largo periodo que llevaba internada, casi tres meses, pero para ella toda una eternidad. Su vida transcurría al son de las campanas de la Iglesia de la Concepción que se escuchaban a lo lejos. Esta vez, el campanario no tenía competencia alguna. El de la cercana parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, continuaba rodeado de andamios y en trámites de reconstrucción. Parecía que sus obras no tenían fin. El último encuentro del badajo37 con la pieza de metal, le indicó a Teresa que ya eran las nueve de la mañana, la hora de volver a las plegarias, a los salmos y a los rezos. La monja agarró la canasta apresurada dejando caer las enaguas; y ocurrió lo inevitable, la inmaculada tela dejó de serlo cuando introdujo la lona en un charco. Sin darse cuenta, se pisó el vuelto de la falda antes de lograr salir del gallinero y quedó impregnada de barro y excrementos. Era cuestión de tiempo que ocurriera. Últimamente andaba distraída y le costaba centrarse en sus tareas cotidianas. Se pasaba día tras día con la mente lejos del convento. Sor Ana de San Gabriel, la abadesa, ya la había reprendido en dos ocasiones: una por olvidarse de meter el pollo en la sopa y otra por coser el dobladillo del mantel al revés.

La congregación religiosa se comunicaba con el exterior de forma excepcional, y solo a través de la doble reja del locutorio, pero antes debía quedar registrada la visita y pasar el filtro de la celadora. Ella decidía si era relevante o no el encuentro. Nunca había intimidad, ya que las conversaciones eran supervisadas por las religiosas más veteranas o en algunas ocasiones, por la vicaria. Teresa solo había recibido dos visitas desde su internamiento, y ninguna de ellas había sido de su familia. A los únicos que había visto entrar del exterior había sido: al capellán, que las confesaba a diario, al sacerdote, que predicaba la misa, al escribano que redactaba las cartas y los registros notariales de la abadesa, a las criadas y a los seglares que atendían al monasterio en su conjunto. Y el resto de vida que entraba y salía del claustro eran las mariposas, las aves y el murmullo de la gente al pasar por las calles cercanas.

El silencio entre los muros parecía asfixiarla. Solo podía comunicarse con sus compañeras a través de las miradas o los gestos que la abadesa mostraba para corregirlas. Su vida estaba ocupada por el silencio, la oración, el trabajo y la penitencia. Penitencia… ¿en qué rincón del cenobio cabía lugar para el pecado? El silencio y la palabra breve eran comportamiento de ejemplaridad, y ella debía reunir esas condiciones y ceñirse a las normas si quería lograr su cometido. Ya no cabía lugar para las dudas. En realidad, no sabía si había hecho lo correcto al enviar esa carta a la abadesa suplicando su internamiento. A los pocos meses de entrar en la orden, ya se había arrepentido de su locura. Ahora lo entendía como un acto impulsivo para escapar del calvario que le había impuesto su familia: un matrimonio concertado con un hombre quince años mayor que ella.

Los días eran eternos y monótonos. Lo único que compensaba su desazón eran las horas de cocina, jardinería y costura. Pero Teresa sabía que esa misma noche toda esa angustia acabaría por fin. Esa vida de obediencia ciega y recato se desvanecería para siempre. Solo había dos formas de hacerlo: dando libertad a su cuerpo o dando libertad a su alma. Podría ser que ese as que guardaba bajo la manga fuera la esperanza cálida de la muerte, pero solo cometería ese pecado si fuera estrictamente necesario.

La madre superiora guardó la última carta que le había enviado el obispo, en una de las gavetas del escritorio. Ya tenía un registro de cinco comunicados en su haber, pero esta última misiva fue la más dolorosa para ella: el Tribunal de la Santa Inquisición había acordado someter a una de sus discípulas a escarnio público. Llevaba dos meses sin su escribano de confianza que, aparte de redactarle las cartas, la

aconsejaba en situaciones difíciles como esta. Tuvo que tomar la última decisión sin él: la de revelar la identidad de la monja descarriada al obispo. Las campanadas que escuchó a lo lejos, la hicieron caer en la cuenta de que ya era la hora de la comida. La abadesa salió de la habitación compungida por haber tomado esa terrible decisión sola, y bajó las escalinatas en dirección al comedor.

Sor Ana de San Gabriel tocó la campanilla invitando a las hermanas y a la servidumbre a acudir al *refectorio*[38]. Aunque habitualmente este espacio se empleaba como comedor común, sus reducidas dimensiones obligaban a tener que montarlo y desmontarlo en cada ocasión en la que se iba a usar la sala, para albergar así a todos los comensales. Debían organizar las mesas, colocar los manteles, los cubiertos, la vajilla y los alimentos. Había sido un día largo de ayuno y el cuerpo pedía ser recompensado. En el preciso instante en el que todas las religiosas se habían acomodado, tras el tradicional toque de la abadesa con tres golpes de cuchillo y antes de dar el primer sorbo de sopa, se escuchó el estruendoso sonido de la *aldaba*[39] de hierro contra el metal de la puerta de la entrada. Retumbó por toda la galería hasta alertar a las religiosas. El sonido se repitió en varias ocasiones, cada vez más fuerte y seguido, y para entonces, alguna sor había soltado la cuchara sobre su plato del susto, haciendo que el caldo diera buena cuenta en su hábito. La madre superiora se limpió la boca con la servilleta e hizo un gesto a la portera para que la acompañase en su larga travesía hasta la puerta principal. Ambas tenían una llave que giraba en la doble cerradura que las separaba del exterior. Esa gigantesca hoja de madera solo podía abrirse con el consentimiento de ambas, por eso no podía existir la presencia de la una sin la otra.

Al otro lado de la puerta esperaba fray Alberto, que portaba en una carreta: dos barriles de vino, una arroba40 de aceite, tres cuadros, telas importadas de Europa, fruta y diversos candelabros. Obsequios que solía hacer a las religiosas, ya que ellas no podían abandonar el convento salvo por peligro de incendio. Justo cuando el fraile se levantó el sayal para enseñar los arañazos provocados por los zarzales mientras recogía moras, apareció Salvador de Hoyo, el escribano, que llegaba con cierta desazón para suplicar a la abadesa que volviese a readmitirlo. Estaba arrepentido de su error.

## XIX



**Ciudad de La Laguna. Finales del siglo XVI**

**(17 de noviembre de 1580)**

Los extensos campos de la vega[41] de Aguere[42] presentaban un

paisaje homogéneo. Parecía como si la altiplanicie fuera un lienzo en manos de un artista, donde los intensos tonos de verde estuviesen salpicados por dorados campos de centeno y trigo. Empleando diferentes técnicas para ofrecer texturas y matices nunca antes vistos. Apretando y afinando el pulso para que las cerdas del pincel remarcaran los rasgos más importantes de su obra, trazando calles rectas, infinitas y simétricas que evidenciaban la destreza de su creador. Toda una obra de arte envuelta por abruptas montañas por donde discurrían las aguas pluviales que perfilaban los barrancos y se concentraban en la pequeña laguna. Un manto de agua que servía de abrevadero para el ganado y de lavadero para las lavanderas.

La Laguna era dueña de sus habitantes, pero también seducía a los viajeros, invitándolos a quedarse. Era una urbe que conformaba un conjunto de calles, plazas, iglesias, ermitas, conventos, palacios, casonas y viviendas sencillas; el enclave de una ciudad con encanto. Desde las casas desordenadas y humildes de la villa de arriba[43], hasta la simetría que presentaba la villa de abajo[44] con su opulencia y ostentación. Toda ella era hermosa en su conjunto y formaba la perfecta sincronía de una variopinta sociedad colonial.

Aunque para los ojos de algunos, la Ciudad de los Adelantados era fría, sombría y tétrica, para los de otros era un refugio arquitectónico de incalculable belleza. El lugar idóneo para la inspiración. La tierra era extremadamente fértil, y los hermosos prados de la dehesa antecedían al bosque, donde predominaba la espesa laurisilva y el conjunto de pinos, laureles, madroños y mocanes[45] que daban cobijo a una extensa variedad de aves.

La noche anterior se había presentado lluviosa, y el agua había corrido sin control elevando el caudal del lago más de lo habitual. Esta vez superaba los 2700 pasos que solía medir. Sin embargo, esa misma mañana, la del 17 de noviembre de 1580, el cielo parecía estar en calma.

Las datas[46] de tierra que había heredado Salvador de su abuelo estaban en la zona norte de la ciudad, a la vera del lago. El Adelantado le había otorgado tres fanegas47 de tierra de regadío, y una pequeña fortuna para levantar una casona de tres alturas en la calle de Santo Espíritu

[*]

, suficiente para salir adelante con holgura.

La labranza, el limpiado de las acequias, vigilar las trampas para

los ratones y controlar al ganado para proteger el cultivo, eran tareas de los esclavos. Sin embargo, el corazón de Salvador albergaba bondad desde hacía meses, muchos de ellos habían pasado a ser jornaleros, incluso algunos habían comprado su libertad y habían tomado la decisión de quedarse voluntariamente bajo su tutela, a su disposición y servicio, en el campo o en la hacienda. Seres humanos sin ataduras, pero con necesidades, la necesidad de labrarse un futuro de forma honrada y de tener la oportunidad de formar una familia. Muchos vecinos de la zona aún conservaban a sus sirvientes, algunos ya no trabajaban las tierras, pero sí se dedicaban a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos de otros. Personas arrancadas a la fuerza de sus raíces, la mayoría de raza negra. Los africanos se adaptaban mejor a las costumbres y al trabajo duro, sin embargo, los esclavos moriscos era más perezosos y más reacios a cambiar de religión. Muchos de ellos acababan en la cárcel por herejes.

Salvador contempló las dos suertes[48] de su vecino Álvaro Perdomo, las tenía en régimen de aparcería[49]. Este año había adelantado la zafra azucarera por razones climáticas. Sabía que el descenso de las temperaturas restaría calidad al producto. Muchas de las cañas ya estaban amontonadas en un extremo de la finca, limpias y *desburgadas*[50], listas para ser transportadas en carretas. Los montículos de hojas de los cañaverales estaban agrupados en cada una de las esquinas del terreno, servirían como alimento para los bueyes. Salvador se quitó la capa y se la puso de medio lado, se sacudió el *jubón*[51] y los *gregüescos*[52] y reanudó su marcha. Le quedaba un largo camino hasta la iglesia. A medida que se aproximaba al templo disfrutaba con orgullo de su recién construida torre, donde dos arcos de medio punto filtraban el sonido de las dispares piezas de bronce. El riguroso tañido de las campanas de la Concepción indicaba que ya era la una de la tarde. Se había demorado demasiado en pagar a sus jornaleros.

Las calles estaban frías y húmedas, salpicadas por el intenso verdor aterciopelado del moho que se había apoderado del borde de los adoquines que permanecían firmes sobre el pavimento. También teñía la base de los muros de las viviendas por donde había corrido el agua.

Salvador eligió desplazarse por el eje central de la ciudad, estaba menos concurrido que la calle de los Mesones

[†]

. Había un constante trasiego de carretas yendo y viniendo desde

los montes y desde el puerto de Santa Cruz. Desde la cumbre con troncos, paja, azúcar y grano, y desde el muelle con aceite, telas, cuadros, y otros artículos de interés. Allí siempre confluían campesinos, comerciantes y mercaderes que se encargaban de abastecer a toda la población. La única opción viable era atravesar la ciudad por la calle que va a Santa María

[‡]

, donde solo se cruzaría con las mozas y esclavas en sus idas y venidas del mercado de abasto. Sin embargo, no dejaba de sorprenderse cada vez que se tropezaba con una cortesana, familia directa de los Ponte, se murmuraba que estaba relacionada con una tal *Cathalina de las Cuebas*. Siempre llevaba a sus dos sirvientas como escolta, ataviada con robustos trajes y empecinada en perpetuar la moda de los *chapines*53. Pero las vías de la ciudad de Aguere no eran ideales para pasearse con semejante calzado pasado de moda. Sus criadas no solo tenían que estar atendiendo a sus torpezas, sino que además también debían portar cántaros con leche y cestas de pan y fruta.

En el último tramo de la calle, Salvador ya estaba absorto en su letanía mental, repitiendo una y otra vez el discurso que tenía preparado para la abadesa, cuando fue sorprendido por el aleteo de dos gallinas que se le venían encima. Cerró los ojos con fuerza y pudo reaccionar a tiempo para esquivar a las aves descontroladas. Un perro callejero las estaba persiguiendo con la intención de llevarse algo a la boca, aparte de plumas. En ese preciso instante se dio cuenta de que había atravesado la ciudad desde la villa de arriba en un tiempo récord. Entró por la calle del Pino

[§]

, rebasando sus cuatro intersecciones, hasta vislumbrar de lejos el extenso muro de tapial ciego del convento de las Clarisas. En ese preciso instante las manos comenzaron a sudarle, justo antes de que las finas gotas de lluvia comenzaran a caer sobre su nariz. Vio al fraile y su carreta en la puerta del monasterio.

## XX



**Ciudad de La Laguna. Finales del siglo XVI**

**(17 de noviembre de 1580)**

Teresa entró en la iglesia a última hora de la tarde. La luz que provenía del exterior era tenue y apenas se filtraba por los coloridos vitrales[54] de las ventanas, que proyectaban pálidas figuras sobre los bancos de madera. Caminó por el centro de la nave, sujetando el rosario entre las manos y se arrodilló ante el altar para dedicarle la última oración a la Virgen. Miró con nostalgia el bello artesonado[55] que coronaba la zona del presbiterio[56], luego juntó las manos y bajó el semblante para empezar con las siete alegrías de María, y terminar por confesar el pecado que crecía en su vientre. La angustia de mentir a sus hermanas le quitaba el sueño, pero no podía hacer otra cosa sino escapar de su calvario antes de que la criatura comenzara a mostrar una redondez que no pudiese disimular con el hábito. Al finalizar el ritual religioso, se levantó y se alejó del templo para intentar descansar las últimas horas que le quedaban antes de ejecutar su plan.

Teresa se dirigió hacia sus aposentos acompañada por la celadora. Era una estancia humilde y falta de mobiliario. Carecía de armarios y de arca para guardar enseres. Solo disponía de un hueco hecho en la pared para depositar el ajuar[57] y sus escasas pertenencias. La religiosa metió el brevario[58] bajo el colchón y comenzó a quitarse las prendas: primero el velo, que besó y dobló con mimo, seguidamente se aflojó la *toca*[59] que tanto le apretaba la cara. Se desató el cíngulo[60] y se quitó la túnica, las enaguas, las *calzas*[61] y la camisa de hilo. Se desató, con alivio, los cordones del justillo[62]. Cada vez se lo apretaba con más firmeza para disimular su preñez, junto con la venda envuelta a sus pechos. Pero la parte más dolorosa fue romper el cinturón de púas metálicas que llevaba desde hacía semanas adosado a su pierna. Sabía que las cicatrices que le dejaría el *cilicio*[63] clavado a sus carnes, sería de por vida.

La monja, en los meses de invierno, solía dormir con la toca, el velo, las calzas y el escapulario[64]. Pero hoy quería sentirse libre de ataduras y solo se puso el camisón. Luego cerró la ventana de guillotina, miró el crucifijo que estaba colgado en la pared, se persignó y seguidamente se deslizó entre las ásperas sábanas de la cama. El contacto con el lino le provocó un escalofrío. El colchón era firme, con un relleno de borras[65] que pronto dejaría marcada la huella de su cuerpo. Pasó tres horas con los ojos apuntando hacia el techo, acariciando la medalla de San Francisco que tenía colgada a su cuello. Sabía que lo que iba a suceder esa misma noche podía cambiar el

curso de su vida. Dependía del fino hilo que sujetaba una cuestión: la decisión que el tribunal inquisidor tomase ante una muchacha descarriada como ella. ¿Justicia divina? O quizás, ¿injusticia humana?

Estaba expresamente prohibido salir del dormitorio sin autorización. Si necesitaba acudir al aseo, debía comunicarlo para que le asignaran alguna compañera. Sin embargo, Teresa abandonó la alcoba sin previo aviso. Llevaba algún tiempo ensayando su estrategia, aunque no era la primera vez que rompía la clausura. Sujetó las lonas de esparto con una mano, y con la otra, el candil vidriado de mecha larga. El fulgor de la llama abría el camino entre la oscuridad, resplandeciendo por momentos en el rostro de la religiosa.

Se puso de puntillas para pasar frente a las celdas[66] de las otras monjas. El silencio de la noche amplificaba los sonidos, y aunque sus pasos eran ligeros, sus pies eran torpes. Sorteó varias zonas específicas por donde el crujir de la vieja madera podía delatarla, y descendió por la escalera que daba acceso al jardín. El aire era frío. Hacía días que las nubes anunciaban tormenta, pero ella no mostró interés por las bajas temperaturas ni por las ráfagas de aire que abofetearon su cara nada más salir al exterior, todo era invisible ante sus ojos hasta que se apagó la mecha del candil. Asustada, atravesó el parterre[67] prácticamente a oscuras, pisoteando la hierba y las pequeñas florecillas que lo conformaban. Sus delgados pies se hundían en el barro, y el fino camisón de hilo se pegó a su cuerpo nada más tomar contacto con la lluvia.

Cuando la religiosa cobró la conciencia, las llamas de la chimenea se habían extinguido, solo quedaban cenizas y pequeñas brasas incandescentes. Un pensamiento fugaz la sobresaltó. Por un instante creyó que había tenido una pesadilla, pero la pesadilla cobró vida cuando vio el cuerpo de Salvador tendido en el suelo. La visión de esa mutilación era tan real que se volvió loca de dolor. Desnuda y con la espalda ensangrentada, se incorporó de la cama y atrapó el camisón para cubrirse los pechos. Atravesó la alcoba tanteando las paredes, y con pasos temblorosos logró salir a la calle.

Teresa estuvo llorando durante todo el recorrido, pisoteando el extenso barrizal y sintiendo los desniveles del camino y las diminutas piedrecillas bajo sus pies. La oscuridad de la noche no dejaba espacio más que para una débil sombra deambulando como un espectro por las calles laguneras. La lluvia caía en diagonal, movida por la brisa que arreciaba desde el noroeste y que dificultaba aún más la visión de la joven. Pero ninguno de los obstáculos que le imponía el entorno

impidió que recorriera las tres calles empinadas hasta llegar a la Plaza de la Pila Seca68, donde se sostuvo agonizando en el borde de la pequeña fuente. El agua apenas había lamido sus heridas, pero sí diluía la sangre que salía de forma constante. El rojo granate perdía su color a medida que se deslizaba por su cuerpo hasta desaparecer por completo a la altura de las pantorrillas.

La jóven levantó la vista para contemplar la borrosa torre que se alzaba ante sus pies. Era majestuosa, y esa imagen solemne la llenó de esperanza. Logró contener las lágrimas que había intercambiado por sus pensamientos suicidas.

La iglesia de la Concepción aún permanecía con las puertas cerradas, pero la joven sabía que el sacerdote algunas noches se quedaba dormido en la sacristía, y esa podía ser una oportunidad para terminar con su sufrimiento.

No eran ni las cuatro de la madrugada cuando se acercó a una de las hojas de madera del templo, agarró la aldaba de metal y tocó el armazón con las últimas fuerzas que le quedaban, luego se deslizó hasta dejarse caer, y se acurrucó bajo las lluvia, dejando que el reloj que la contemplaba se tomase su tiempo. Y en medio de ese tiempo, la puerta de la iglesia se abrió.

# XXI



## Ciudad de La Laguna en la actualidad

Se acercaba la tarde cuando Victoria terminó de recortar los lazos de purpurina para decorar los regalos. Sus dedos se movieron con destreza amoldando el papel para envolver las seis tacitas de porcelana que había comprado para su madre. Faltaban tres días para Nochebuena y estaba ansiosa por tomarse un descanso. Su hermana siempre preparaba un suculento menú con el que acallaba todas las conversaciones, había sido chef durante once años, antes de que nacieran las gemelas. Seguía con su habilidad culinaria, pero ahora los clientes que degustaban sus delicias formaban parte de la familia. Nunca se habían hecho grandes regalos, pero sí discretos detalles para compartir. Se trataba de encontrar un punto de unión en esa semana de vacaciones, en un clima cálido y afectuoso, alejado del exceso consumismo que caracterizaba a las fechas.

Al terminar con los detalles navideños se puso una chaqueta gruesa, tomó su carpeta de informes y salió a la calle. La detective atravesó tres calles hasta alcanzar la peatonal de Obispo Rey Redondo. Se dirigió hacia el bar La Carrera y se premió con un café bien cargado, se aflojó la bufanda y soltó la documentación sobre el tablero de la mesa. Las vistas hacia la calle le provocaban nostalgia. Se acercaba la Navidad a toda prisa, y a ella se le escurría el tiempo como si fuera arena entre los dedos. Cruzó las piernas y se tapó la rodilla con la falda.

—Camarero, ¿podría traerme un café y un poco de agua con gas, por favor? —preguntó algo distraída mientras desplegaba la lista donde figuraban los 38 nombres cruciales para la investigación, al que se le debía sumar el nombre de Vicente Alayón Martín: sus dubitativas respuestas y el estrecho vínculo con la institución religiosa habían elevado el interés policial.

Victoria dio dos sorbos a la bebida antes de reorganizar el listado. Sabía que interrogarlos a todos sería una labor complicada, en cambio, cinco de ellos habían llamado especialmente su atención. Sus nombres estaban repetidos en el registro de entrada: *Pedro Bethencourt Martín, Francisco Hernández Darias, Hugo de la Rosa Brito, Rafael Expósito Tejera y Fernando Perdomo López*. Solo tenía que estudiar una estrategia para someterlos a interrogatorio. A medida que repasaba el caso aumentaba su fervor, que se intensificaban por los efectos estimulantes de cafeína. Estudió los expedientes de cada departamento y volvió a analizar las pruebas, pero ese entusiasmo por impulsar el caso se desvaneció en cuanto Matías, el reportero del periódico local lagunero, puso una mano sobre su hombro. No era ni siquiera un periódico de prestigio, como El Día o Diario de Avisos, solo un periodicucho local que le estaba dando mucha guerra.

—Buenos días detective. No quería importunarla. Sé que debe estar liada con todo este asunto. Pero al pasar frente a la cafetería, la vi a través de las cristaleras y me apeteció entrar a saludarla.

—Buenos días —dijo Victoria de forma escueta.

—Supongo que no le importará que me siente unos minutos ¿verdad?

—En realidad sí, ya me marchaba.

—Si apenas ha probado el café. Imagino que está haciendo una dura investigación —dijo el reportero sin atender a la negativa de la detective—, pero dadas las semanas que han transcurrido desde el asesinato, me temo que el material del que disponen no es suficiente ¿me equivoco? Tengo la impresión de que este caso se les está atragantando. Sé que se esfuerza y hace su trabajo lo mejor que puede, de eso no tengo dudas, pero yo también tengo una profesión que me ata, y también quisiera ejercerla lo mejor posible. Por eso necesito su ayuda. Dependemos el uno del otro.

—Lo entiendo, pero no se me permite compartir información con la prensa.

—¿Y no es más importante mantener informada a la ciudadanía?

—Cuando se resuelva este asunto sí. Mientras tanto, sería un error alarmar a la gente con especulaciones, y de paso, adelantar al asesino nuestros movimientos. A pesar de haber encontrado datos interesantes y haber atado algunos cabos, no podemos señalar a un culpable en particular. Solo disponemos de un listado infinito de sospechosos —dijo la detective para desvanecer el interés del periodista.

Matías bajó la mirada para hacerse una idea global de lo que tenía delante: informes y fotos de pruebas, pero Victoria, al percatarse de lo que pretendía, cerró las carpetas y las guardó en el maletín.

—Usted tiene una reputación, y un superior a quien debe rendir cuentas. Yo también necesito llegar a mis objetivos. En realidad, podríamos formar un equipo —insistió Matías—. Ustedes resuelven y nosotros informamos. Es un derecho que tiene la sociedad —afirmó acercándose a ella para intentar incomodarla.

—Siento que se encuentre en una tesitura tan delicada con su jefe, pero no puedo desvelar nada, lo siento. Tengo entendido que la noche del crimen se desenvolvió bastante bien ante el portal de la familia

Perdomo. Estuvo allí, al pie del cañón, con varios reporteros más. Me dirá que no fue suficiente información para cubrir la noticia. Vio sacar a las víctimas e hizo sus propias averiguaciones, ¿qué más quiere?

—Si lo que le preocupa es que difunda que hay un peligroso criminal entre nosotros, puede estar tranquila. Solo quiero saber si las pistas van bien encaminadas y si hay algún nombre que destaque entre los sospechosos.

—Encaminadas sí. Sospechosos todos. ¿Contento? —puntualizó Victoria con un tono áspero.

—¿Nadie está incriminado de forma directa, Victoria? Les queda un camino largo. ¿Qué sintió usted al ver las imágenes de los cuerpos decapitados? Me refiero a los dos crímenes.

—Lo mismo que hubiera sentido cualquiera que los presenciara.

—Sí, pero usted está más curtida en su profesión. No puede sentir lo mismo que yo.

—No soy usted, pero usted tampoco es yo. No por tratar con criminales y ver escenas desagradables soy inmune a todo.

—Sí, ¿pero qué siente?

—Impotencia.

—Y cuando se trata de un asesino en serie, ¿no valora el escenario en su conjunto? Porque yo también hago mis averiguaciones, detective. El trabajo de investigación es previo a un buen reportaje.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Victoria intrigada.

—A un asesino que actúa siguiendo un ritual concreto, cuidando hasta en el más simple de los detalles y mostrando una calculada visión que vincula un crimen al anterior. ¿No siente como si ya hubiera estado allí antes? Como si la pesadilla se repitiese. Según se comenta por el departamento, las imágenes de los dos crímenes son una copia exacta.

—Creo que en ese departamento se habla demasiado. Claro que valoro el escenario en su conjunto. Veo que estamos ante un demente excéntrico, narcisista, misógino, egoísta y falto de empatía. ¿Eso es lo que quiere poner en su artículo, la brillante obra de un perturbado

mental?

—No, solo quiero saber cuántas pistas fiables tiene en su poder.

—Para usted ninguna —dijo mientras se levantaba de la silla y se alejaba de Matías para pagar su consumición en la barra.

—¡Que sepa que tengo información que le podrían interesar! —exclamó elevando la voz, antes de que ella saliese de la cafetería.

Matías pretendía rebasar los límites de la información. Quería meterse en la mente de la detective. Sabía que era buena en su trabajo, y quería averiguar más, encontrar una fisura por donde entrar y poder recabar más datos. Era humana, por lo tanto, manejable. Y estaba dispuesto a averiguarlo para poder rematar su brillante artículo y superar a sus competidores. Tenía pendiente una entrevista con una de las compañías periodísticas más importantes de Canarias.

Victoria hizo un rápido reseteo de su memoria inmediata, borrando lo sucedido y dándole la categoría de anecdótica a la extraña conversación mantenida con el periodista. Estaba ilusionada por el matiz que estaba tomando el caso, y no iba a permitir que ese encuentro repentino rompiese su entusiasmo. Se dirigió a la papelería que tenía justo enfrente del bar, y dejó que sus pensamientos se diluyeran entre el vistoso escaparate repleto de curiosidades nuevas. La Navidad había llegado con fuerza y todo lo que la rodeaba realzaba el espíritu festivo. Buscaba un papel especial para envolver el libro que llevaba desde hacía días en el bolso, el mismo que encerraba un pedacito de historia bajo las calles del municipio. Una trayectoria que conformaba dos espacios en el mismo cauce: la agitada superficie y el misterioso subsuelo.

Victoria era astuta a la hora de recabar datos. Optimizaba el tiempo porque estaba entrenada para discriminar los detalles inútiles, y por esa razón sabía que las pequeñas conexiones que vinculaban a la monja emparedada con el asesinato actual eran la base del caso. Ya era imposible negar que ambos estuvieran relacionados, y que resolver uno llevaría indudablemente a dar con el asesino del otro. Solo necesitaba tener la mente fría y centrada, antes de dar el siguiente paso.

La deteriorada puerta carecía de timbre y Victoria se dejó los nudillos intentando hacerse oír. La casa de Pedro Bethencourt Martín

era de dos plantas, sin embargo, presentaba un aspecto poco mimado. La madera estaba apagada, a falta de lija y barniz que le diese vida. La piedra de las esquinas se mantenía firme, pero la pintura pálida y quebrada confirmaba que no era un hombre muy entusiasta y orgulloso de su propiedad.

Abrió la puerta un señor que podría tener unos 56 años, tal y como indicaba el informe que llevaba entre las manos. Efectivamente, era él. El aspecto de Pedro correspondía con el de la foto: cara afilada, ojos hundidos, barbilla triangular, que se hacía más prominente debido a su prognatismo en la mandíbula inferior. No era muy devoto del buen tiempo, su tez pálida podía indicar que era ermitaño, y a juzgar por el nauseabundo olor proveniente de la cocina, tampoco era muy hacendoso. Sujetaba un cigarrillo entre los labios y el movimiento de la boca al hablar hizo que parte de la ceniza se cayera y se depositase sobre la sudadera negra que llevaba puesta. El hombre que buscaba la detective era astuto e inteligente, no sabía si Pedro podría corresponder con la descripción que ella tenía definida en su mente, aún así debía interrogarlo para despejar las dudas.

—Por favor, señorita Reyes, pasé por aquí. Estará más cómoda en el salón.

—Muchas gracias —respondió.

El interior de la casa no era muy luminoso. Las cortinas tapaban las ventanas. Los techos eran altos y los muebles antiguos.

—Siéntese. Si quiere le puedo preparar una infusión. Debe de estar helada, hace demasiado frío en la calle. La estación invernal se ha adelantado, y es muy probable que la cumbre se cubra de blanco antes de acabar el año.

—No se moleste —dijo ella con una sonrisa amable—. No me demoraré demasiado. Hoy tengo el día ajustado. En breve debo acudir a otra cita.

—De acuerdo. Me sentaré con usted —dijo tirando de la *frazada*[69] para ponérsela sobre las piernas.

—¿Vive usted solo?

—Desde que murió mi madre, hace tres años, sí.

—Lo lamento.

—No se preocupe. Estaba muy enferma. Me ha dejado su casa en herencia. Suerte que soy hijo único —dijo mostrando una mirada bondadosa.

—¿Podría decirme dónde se encontraba usted el 5 de noviembre a las tres de la madrugada?

—Descansando ya en la cama. Supongo que leyendo alguna novela, como tengo por costumbre. A veces me cuesta conciliar el sueño —dijo señalando hacia el alféizar[70] de la ventana donde había varios libros amontonados.

—¿Alguien de su entorno podría corroborar esa versión? ¿Algún vecino o pariente, quizás?

—Como no sea el gato, nadie más.

—Muy bien. ¿Podría decirme por qué acudió cuatro veces al Archivo Histórico Provincial entre 2014 y 2016? ¿Qué buscaba exactamente?

—A mi ahijado, que está en el instituto, le pidieron que desarrollara un trabajo de Historia. Se podría decir que era su proyecto de fin de curso.

—¿Y tardó dos años en terminarlo?

Pedro tardó en contestar, como si estuviera rebuscando en su mente la respuesta perfecta. O quizás había algo más que lo tenía distraído.

—Sí. Porque ya sabía, de cursos anteriores, que se lo iban a pedir.

¿Y por qué se centró en el convento de las Clarisas en particular?

—Formaba parte del estudio histórico. Se trataba de hablar del primer convento femenino en Canarias —respondió antes de apurar la última calada.

—Si las Clarisas se fundaron en 1547, ¿por qué eligió estudiarlas a partir de 1578?

—Porque es cuando se establecieron en el convento actual. Me interesaban su fundación y el modo de vida.

—¿Habría posibilidad de dejarme una copia de ese estudio histórico?

—Por supuesto, detective. Se lo enviaré a su correo electrónico, si me dice cuál es, por supuesto.

—Gracias por cooperar —dijo tomando sus primeros apuntes en la libreta.

Al ver cómo rellenaba varias páginas, Pedro comenzó a ponerse nervioso y la agarró del brazo para que le prestara especial atención.

—¡No tengo nada que ocultar, señorita Reyes! —exclamó con tono elevado—. Lo digo por si intenta imaginar algo oscuro en mí. Sé que no gozo de buena presencia, pero no soy un asesino.

—Comprendo —dijo para calmarlo—. Solo quiero que me suelte.

—Sí, perdone.

—¿Podría leerme este párrafo en voz alta, por favor? Si es posible haciendo entonaciones teatrales —subrayó Victoria entregándole una hoja con el texto en latín.

—Por supuesto que sí.

Pedro cogió carrerilla con el interrogatorio y se prestó muy colaborativo en todas las preguntas, sin titubear en la mayoría de ellas, aunque mucha de la información ya aparecía en el expediente policial. Preguntas que se ahorró formular la detective: como si tenía algún familiar perteneciente o relacionado con el clero, si tenía antecedentes psiquiátricos, o si poseía algún arma registrada a su nombre, en especial una Glock G43. Ninguna de las respuestas sirvió para esclarecer sus dudas. Parecía imposible estrechar el cerco de la investigación, más bien lo contrario. Necesitaba una pista clara que vinculara a Pedro con las muertes. En ese preciso momento solo disponía de conjeturas que se sostenían por sí solas. Si no podía relacionar a los principales sospechosos con los asesinatos, tendría que dirigir la mirada hacia los otros 33 nombres de la lista. Investigar el caso *Penitencia* estaba resultando complejo. Cuanto más empeño le ponía, más se tergiversaba todo.

La detective mostraba una imagen serena al salir de la lúgubre vivienda, pero no por ello estaba calmada. La actitud impulsiva del sospechoso la descolocó. Nadie solía increparla de forma tan directa, o por lo menos, nadie que quisiese probar su inocencia. Pensó, que si los interrogatorios se efectuaran en el ambiente impersonal de la comisaría, seguramente se evitarían reacciones de este tipo.

Victoria tenía la esperanza de que yo tuviese mejor suerte a la hora de indagar entre los archivos de la orden religiosa. Estaba impaciente por sacar a la luz los nombres de las novicias de la época. Sin ninguna duda, esa joven emparedada tenía que estar inscrita en alguna parte: entre los documentos de la dote para ingresar en el convento, o en alguno de los libros de visitas del locutorio. Todo era posible si ese material se había salvado del incendio, y en el caso de que así fuera, si aún permanecía en buen estado de conservación. Pero había una tercera posibilidad, la más escalofriante de todas: que la iglesia hubiera borrado su rastro y lo único real que hubiera quedado de ella fueran esos huesos resecos entre las rocas.

Debía hacer una comparativa entre las monjas que ingresaron en el convento a partir de 1578 y las enterradas bajo los cimientos de la iglesia, por lo tanto, la que no figurase en el registro de entierro levantaría mis sospechas. La única que se había esfumado como por arte de magia de ese libro se llamaba Teresa Fuentes Martín, pero bajo el hábito de la clausura: Sor Teresa de las Virtudes.

Era un alivio saber que la monja había cobrado un lugar real en la historia y que tras la excavación, había pasado de ser un fantasma a ser de carne y hueso, aunque ahora solo hablaran sus huesos. Si esa mujer había nacido en La Laguna, debía figurar en el libro de registro de bautismos de la iglesia de la Concepción. Allí figuraría el nombre de sus padres y sería más fácil diseñar un árbol genealógico con todos sus ascendentes.

## XXII



Me recosté sobre el sofá, satisfecho por el minucioso trabajo de investigación, y repasé mentalmente las cuestiones más significativas de los hechos. La monja en cuestión solo llevaba cautiva tres meses. Eso significaba que ya estaba embarazada cuando entró en la orden; un dato interesante si tenemos en cuenta la historia que nos había

contado Aurelio. Si averiguaba el nivel económico de la familia de la joven, podría descubrir la negativa a desposarla con el burgués asesinado. Extraña decisión familiar, teniendo en cuenta que Salvador estaba a punto de comprar un título nobiliario, por lo que aumentaría el prestigio de su futuro yerno: una puerta hacia el bienestar económico que podría abrirse a cualquier familia de clase media. No sería sencillo indagar en el pasado de Teresa, pero merecía la pena intentarlo. La procedencia de la joven podría aclarar muchas dudas.

Siguiendo las migas de pan de Salvador de Hoyos, descubrí que a pesar de sus posesiones materiales, tenía una profesión muy admirable por aquella época. En realidad la escribanía se inclinaba más hacia la nobleza que hacia la burguesía. Ese hombre fue escribano público durante años, sirviendo a varios regidores de la ciudad, pero hubo una etapa en su vida en que también ofreció sus servicios al convento de las Clarisas. Todas las pistas estaban encajando a la perfección, algo que nos daba la suficiente confianza como para tomarnos la libertad de recrear nuestra propia historia intuyendo lo que pudo haber sucedido entre la desdichada pareja. Salvador tomó la decisión de encargarse de las cartas, escritos y títulos notariales del convento para estar cerca de la monja, pero no fue suficiente. Necesitaba más de ella, la calidez de su cuerpo, y ahí es cuando comenzaron las sospechas. ¿Quién sospechaba? ¿Cómo descubrieron el romance? ¿Cuál fue el móvil para matar a Salvador y castigar a Teresa? Tres preguntas que merecían una respuesta.

Escuché el timbre de la entrada principal que irrumpió en mi análisis mental. Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Lo menos que me esperaba era ver a Victoria plantada en el rellano.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañado.

—Necesito compartir el testimonio de los sospechosos contigo. Me gustaría saber tu opinión. Podríamos despejar muchas dudas.

—¿De todos?

—Por el momento, solo he interrogado a cinco. Ninguno se sentía cómodo hablando de los crímenes. Dime que, por lo menos tú, has descubierto algo.

La detective llevaba una pila de documentos repletos de información. Se hizo paso, desplazándome hacia un lado, para acabar soltando todo el papeleo sobre el mueble castellano que había en el pasillo.

—Dos días perdidos, Marcos. No hay ningún testimonio que haya despejado mis dudas —dijo colocándose un mechón de pelo tras la oreja—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo?

—Sí que lo sé: que si no encuentras algún relato convincente, te verás obligada a interrogar a los 33 sospechosos restantes. La lista resultó ser demasiado extensa.

—¡Exacto! —exclamó encogiéndose de hombros—. Una auténtica locura. No me veo vagando por las calles y tocando de puerta en puerta. Hubiera preferido citarlos a todos en la comisaría.

—Un caso con tanto interés mediático se convertiría en un infierno, para nosotros y para cualquiera que vaya a declarar. Dos de los periódicos locales hacen guardia a las puertas de la comisaría esperando migajas de información. De momento nadie ha abierto la boca.

—Sí, pero interrogarlos allí hubiera acabado con todo esto en apenas unos días.

—Si convences a Mendoza te doy carta blanca —añadí a modo de propuesta.

—En realidad, no sé lo que Mendoza pretende ocultar cuando la prensa ya lo sabe todo. Me topé con uno de los reporteros del periódico local esta misma mañana, y te aseguro que ese tiene más información de lo que imaginamos.

—Sí, pero ignora los detalles y los últimos hallazgos. Y el capitán quiere que siga así. Cuanto menos bombo y platillo se dé a este asunto, mejor para todos. Porque los medios de comunicación no profundizarán tanto en esta noticia, evitando también alarmar a la población.

—La población ya está alarmada, Marcos —dijo con un semblante serio—. ¿Crees que un asesinato de esta envergadura es fácil de olvidar? La noticia del crimen se difundió el 5 de noviembre, pero el temor y las especulaciones siguen vivas.

—Sí pero, como sabrás, Mendoza está al borde del infarto. La prensa sigue presionándolo y sobornando a muchos de los agentes. No me extraña que alguno suelte la lengua por un par de euros. Este caso es como una olla a presión, y no sabemos cuándo explotará. El tiempo es limitado.

—Obtener el testimonio de cada uno de los sospechosos sería revelador, sin embargo, llevarlo a cabo significaría dar ventaja a la prensa. Estoy segura de que pronto habrá alguna filtración a los medios. Pero dadas las exigencias de Mendoza y el punto muerto en el que estamos, no me queda más remedio que ajustarme a las directrices —dijo recogiéndose el cabello sobre la cabeza y sujetándolo con un bolígrafo.

—Lo sé.

Mientras le contaba los pormenores de mi reciente hallazgo: el descubrimiento de los legajos ligados a la novicia, la claridad en el exterior de la casa iba menguando; pero al parecer, la cara de Victoria reflejaba todo lo contrario, resplandecía. Ponerle nombre y apellido al cadáver hallado en el subsuelo la había animado.

—Además, también he encontrado su partida de bautismo. Algo que me llevó a descubrir que fue una niña adoptada. Ni rastro de sus padres biológicos. ¿Podría ser esa la razón por la que prefirieron ponerle el hábito en vez del velo de novia? En un principio pensé que la religiosa no era el ojito derecho de Hugo y de María, ya que la sangre familiar no corría por sus venas. Esas fueron mis apreciaciones iniciales, antes de encontrar la carta que Teresa escribió a la abadesa suplicando su internamiento. La decisión de entrar en el convento fue de la joven y no de sus padres.

—Podría estar huyendo de algo —argumentó Victoria.

—O de alguien —añadí yo.

Yo mismo me había impuesto la tarea de seguir el rastro de la joven novicia por todas las instituciones laguneras. No solo tuve la suerte de encontrar el manuscrito que Teresa envió al convento, sino todas las cartas que la abadesa guardaba bajo llave en su escritorio.

—Deberías sentarte y tomar un receso por hoy. Quiero que te centres en lo que voy a decirte —le ordené mientras ponía la cafetera sobre el fuego.

—Que mandón estás hoy —protestó ella.

Se sentó en una de las butacas de la cocina con una actitud más calmada, y dejó que yo preparase un pequeño tentempié: unos canapés de atún con pimiento y una bebida caliente y estimulante que despejase la mente y aclarase las ideas. Sabía que cuando Victoria ocupaba el día entre expedientes, testigos y sospechosos, podía

pasarse largas horas sin probar bocado.

—Estás cómoda, ¿verdad? —pregunté en el momento de meterse el segundo canapé en la boca. Ella me miró con los mofletes abultados y asintió con la cabeza.

—Tengo en mi poder documentos privados. Y con privados me refiero… a que no están al alcance de cualquiera. He descubierto que la abadesa que timoneó la institución religiosa en 1580 envió una misiva al obispo a petición de un tal conde de Ávila, un personaje anónimo que manifiesta y asegura ser conocedor de un pecado grave que atenta contra la iglesia católica. Una profesa del convento ha manchado el buen nombre de la comunidad eclesiástica. Por lo visto, ese tal conde de Ávila advierte sobre asuntos particulares de una interna. Lo he buscado minuciosamente por todos los archivos y ese hombre no figura en ningún escrito. Puede ser un seudónimo para ocultar su verdadera identidad. Se limita solo a incriminar a la monja. Pienso que para saber tanto del tema…, debió de tratarse de una amistad cercana a la madre superiora, o bien haber rondado el monasterio con frecuencia. Una monja de clausura no se puede investigar desde la distancia, hay que estar dentro del cenobio, o por lo menos, en las inmediaciones. Sería interesante averiguar su verdadero nombre y su pasado —dije elevando el timbre de voz.

Mientras estudiaba la reacción de Victoria, despejé parte de la mesa del comedor y extendí una copia de las cartas que había guardado sor Ana de San Gabriel con celo. Un verdadero tesoro histórico. Repasé dos de las misivas, interpretando gran parte de su contenido.

—En el tercer párrafo de la correspondencia se manifiesta la cercanía que había entre ellos. Me refiero a la abadesa y al conde. Podría intuir incluso que era ciudadano lagunero.

Victoria terminó de tragarse el pequeño bocado, y dijo:

—Algo tenemos claro. Ese hombre ha estado dentro del monasterio, y por eso sería necesario echar un vistazo a los libros de visita del claustro. Todas las personas que visitaron a las religiosas tres meses antes de la tragedia son sospechosas. Ahí debe estar el nombre del delator de la joven. Igual, con suerte, también sea el asesino. —dijo con tono entusiasta—. Pero supongo que una acusación así, amparada por la abadesa, debe estar acompañada por pruebas sólidas.

—No te creas. En esa época, algunos vecinos se acusaban entre

ellos, sin pruebas, solo por pura envidia. Eran delitos que ni siquiera existían: infidelidad, robo o blasfemia. Sin embargo, las consecuencias de aquellos actos podían llevarlos a un simple escarmiento o incluso a la muerte.

—Bendito siglo XXI —dijo la detective con una sonrisa a medias.

—Tengo la certeza de que Salvador de Hoyos fue suspendido de sus funciones como escribano en ese monasterio, seguramente porque alguien descubrió el idilio que tenía con la monja. Un mes antes del crimen, se reflejan documentos que no son del puño y letra de Salvador de Hoyos, sino de un tal Diego de Padilla. No es necesario un peritaje caligráfico para averiguarlo. La abadesa encomendó a otra persona el trabajo de escribanía.

—Está claro que Salvador jugaba con ventaja, Marcos. Al redactar las cartas para el Obispo, se fue informando de las intenciones que tenía la abadesa de delatar a la novicia, y por ese motivo planearon la huida juntos. Estoy segura.

—Sí, pero el asesino fue más rápido que ellos. Lo que hay que averiguar ahora es, ¿qué impulsó a ese conde a denunciar semejante delito? ¿Envidia, venganza o celos quizás? Porque ahora sí estoy convencido de que no se trataba de ningún sacerdote. Me inclino más hacia un miembro de la milicia. ¿Quién si no realizó los disparos? Eso no quita que haya sido gran devoto de la religión cristiana —añadí.

—Aquí hay cartas que no son solo del conde de Ávila. ¿Las has leído todas?

—Todas. Ocho en total —dije satisfecho.

La detective tomó la correspondencia y se sumergió en ella para desvelar el enigma que envolvía la muerte del burgués. Sonreí al ver cómo se iluminaba su rostro a medida que se adentraba en la lectura. Arrugando el entrecejo cuando se tropezaba con alguna frase ilegible o difícil de transcribir.

—Según lo que he podido interpretar —dijo la detective—, Sor Ana de San Gabriel da autorización para que la novicia sea investigada. Y a partir de aquí no se sabe nada más. Este pergamino es de octubre de 1580, así que si el suicidio de la monja tuvo lugar en noviembre del mismo año, falta información.

—Te aconsejo que leas todas las cartas antes de sacar conclusiones precipitadas.

Algunos de los textos eran del conde, otros de Teresa, pero había cinco misivas que tenían otro remitente: el mismísimo obispo. En una de ellas aparecía el dictamen final del Tribunal de la Santa Inquisición, que había tomado la decisión de castigar a la joven. Me sorprendió la postura que había tomado la institución. Se acercaba más a la clemencia que al castigo. No interpretaban el escandaloso romance como un acto que debiese ser castigado con la muerte. Por lo tanto, no tenía sentido que hubieran asesinado al amante. Lo único que indicaban como castigo era, su expulsión del monasterio y algunos azotes, para dar ejemplo a la ciudadanía. Es lo único que pudimos deducir sin la ayuda de paleógrafo. El pecado era grave, y juraría incluso que de consecuencias mortales para la pareja, pero estaba seguro de que sor Ana de San Gabriel intervino en sus escritos para atenuar la falta y suavizar la condena. Algo que influyó en la decisión final de la supremacía eclesiástica. ¿Por qué la abadesa había mediado de esa forma para proteger a la joven?

—He terminado de leer todo lo que mi inteligencia me ha permitido. Y sigo sin comprender lo sucedido. Aquí está la extraña cuestión que me planteo ahora: si la sentencia del Tribunal no fue tan severa… ¿Cuál fue el motivo para que castigaran a Salvador de esa forma? Y sobre todo sin la presencia popular —se cuestionó la detective.

—Interesante apreciación, Victoria. Es la misma pregunta que me he estado formulando desde que acabé de leer las cartas. Y ahora viene la gran respuesta, que podría incluso ser una realidad: ¿y si la Santa Inquisición no tuvo nada que ver con el castigo de la monja? Es probable que alguien se haya tomado la libertad de cometer esa atrocidad. Es decir: que alguien se tomó la ley por su cuenta.

—Sea quien fuera se habría saltado un procedimiento penal. Es extraño, ¿no crees? —dedujo mientras separaba uno de los sobres.

—Tienes razón. Alguien querría imponer un castigo acorde con el delito. Podría ser el conde, que tras sus peticiones, no vio cumplido su propósito. Al tribunal inquisidor no le dio tiempo a intervenir en el proceso. Alguien se adelantó rompiendo el protocolo. Porque todo lleva un orden: la persona primero debe ser acusada, luego juzgada, y posteriormente condenada y castigada por una actitud irreligiosa o un acto escandaloso. Pero en estas cartas solo aparecen las tres primeras partes del procedimiento: acusada, juzgada y condenada, pero no castigada —concluí antes de dar el último sorbo de café.

—Esa impaciencia es lo que me hace pensar que el asesino fue

alguien ligado a la víctima y no al monasterio en sí —dijo Victoria antes de guardar las cartas—. Y la monja, tras ver el caótico desenlace, decidió quitarse la vida sin más. Seguro que pensó en las consecuencias de quedarse viva: el repudio, la vergüenza familiar, etc. Ella y su hijo quedarían marcados de por vida.

—Brillante deducción —afirmé—. Lo que está claro, como bien has dicho, es que el asesino era de su entorno. Para que me digas a mí que no se puede resolver un caso con más de cuatro siglos de antigüedad —concluí antes de soltar una carcajada.

Me levanté de la banqueta y caminé por el salón para estirar las piernas. Necesitaba dar una tregua a la conversación. Me quedaba por desvelarle a Victoria lo más importante. Podría considerarlo incluso la guinda del pastel.

—Tengo algo más valioso que todas estas cartas —dije por fin.

—¿De qué se trata? —preguntó ansiosa.

—He indagado en el libro de visitas del locutorio de 1580, y he encontrado el nombre de Teresa por duplicado. En su corta estancia allí, nadie de su familia se interesó por ella, sin embargo, un tal Bartolomé Rivera fue a verla en dos ocasiones, aunque la segunda vez que acudió, ella no quiso recibirlo. Me pregunté, ¿quién podría ser ese hombre?: un simple amigo, su padre biológico, algún conocido de la familia… Podría ser cualquiera de esas opciones o ninguna.

—Si ese fue el único visitante que tuvo la novicia en tres meses… merece la pena investigarlo —añadió pensativa.

—En eso mismo estaba pensando. Un hombre misterioso: Bartolomé Rivera Albarado —puntualicé.

El teléfono de Victoria comenzó a vibrar durante un instante. Había dos llamadas perdidas y varios mensajes de WhatsApp de Matías Rodríguez.

—¿Cómo demonios ha conseguido mi número de teléfono este reporterucho? —se cuestionó sin responder a la llamada.

—¿Qué dice el mensaje? —pregunté intrigado.

—Que tiene información valiosa del sacerdote de la iglesia de la Concepción.

—¿Información de Vicente Alayón? Precisamente, con ese cura tengo que hablar. Voy a sorprenderlo con una visita, necesito saber si en estos días ha tenido algún percance fortuito.

—No te entiendo, Marcos.

—Yo sí —concluí.

# XXIII



**Ciudad de la Laguna. Finales del siglo XVI**

**(Madrugada del 18 de noviembre de 1580)**

Andrés, el sacerdote, al escuchar un estruendoso ruido en medio de la noche, fue corriendo hacia la dirección del sonido y abrió la puerta de la iglesia. Se quedó conmocionado al contemplar la escena.

La imagen de la monja. Su cuerpo yacía sin vida sobre los adoquines. Una criatura frágil, delgada, de piel blanquecina y cabello negro. Atrapaba el camisón con la mano derecha, aferrándose a él como si fuera su última esperanza de sentirse acompañada durante la caída. El violento impacto había desfigurado parte de su rostro y destrozado la mitad de su cuerpo. Él solo se había ausentado unos minutos: el tiempo que tardó en buscar una manta y preparar un ungüento para limpiarle las heridas de la espalda, sin embargo, la religiosa solo deseaba acariciar la cima de la ciudad para dejarse caer desde lo más alto. No comprendía cómo había logrado subir hasta allí, cuando apenas podía mantenerse en pie. No era una tarea fácil, teniendo en cuenta que la espigada torre estaba atravesada por una infinita escalera de caracol que mantenía las cinco alturas con unos techos vistosamente altos. La única pista hallada fue la marca de sangre sobre la pila bautismal vidriada71, seguramente se había afianzado sobre ella para emprender la desafiante hazaña.

El cadáver soltaba riadas de sangre que se fueron diluyendo con el agua de la lluvia, y que a su vez, parecía confabularse con el sacerdote para borrar las huellas del suicidio. El clérigo entrecerró los ojos para estudiar el entorno, intentando atisbar algo de claridad en las ventanas vecinales, cerciorándose de que nadie pudiese testimoniar la tragedia. La oscuridad y el fuerte aguacero dificultaban su visión. Andrés le dio la vuelta al cuerpo y quedó horrorizado por su aspecto, y haciendo de tripas corazón, la cubrió con la manta y la tomó en los brazos para resguardarla de nuevo en el templo. El fallecimiento de la novicia fue silenciado bajo el acuerdo del obispado, pero según la leyenda su alma seguía viva, vagando por las calles, buscando a su verdugo, para castigarlo a él y a todo su linaje. Esa misma mañana no sonaron las campanadas de clamor72 anunciando su muerte. Era como si Teresa nunca hubiera existido.

# XXIV



A medida que el puntero del reloj completaba las vueltas, las tazas de café se amontonaban en el fregadero. Cada vez nos íbamos involucrando más en los detalles de los documentos que Victoria había traído. La lluvia iba en aumento: desde una ligera llovizna que ruborizaba las tejas, hasta convertirse en una intensa cortina de agua

que desdibujaba el paisaje. Las gotas caían con furia haciendo eco en mis oídos, logrando incluso descentrarme de la lectura; y fue entonces cuando sucedió. El sistema eléctrico se vino abajo. Encendí la linterna del móvil y me asomé a la ventana para comprobar si había luz en las farolas de la calle. Estaban apagadas. El escenario era muy peculiar: la ciudad estaba sumida bajo el manto de la oscuridad, apenas iluminada por la intermitencia de la luna al paso de las nubes. Era como si Thomas Edison aún no hubiera nacido. Miré el reloj de pulsera para comprobar la hora. Faltaban escasos minutos para las dos de la madrugada. Mi paciencia menguaba a cada segundo. Lo único que habíamos deducido de la pila de fotocopias que se amontonaba en la mesa, era que el tal Bartolomé Rivera, el mismo que había visitado a Teresa en dos ocasiones, pertenecía a la nobleza, y que de alguna forma estaba vinculado a la familia de adopción de la joven. Encendí varias velas y volví a sentarme.

—¡Ya lo tengo! —dijo la detective aguzando la vista en uno de los escritos—. Bartolomé iba a casarse con Teresa. Era un matrimonio concertado. Ella se metió a monja para evitar el enlace. Hay otra carta que envió a la abadesa pidiendo asilo, en la que especifica los motivos.

—Te das cuenta de lo que acaba de suceder, ¿verdad? —pronuncié con entusiasmo.

—Sí. Que acabo de descubrir a un asesino de principios de la Edad Moderna. Bartolomé Rivera era la única persona que tenía motivos para asesinar a Salvador de Hoyos. Y puedo profundizar todavía más en mis sospechas: ese noble pertenecía a la milicia, era hijo de conquistadores y familia de regidores. Sabía manejar con destreza un arma de fuego.

—No me extraña que la familia postiza de la monja quisiera casarla tan joven. No querían perder la oportunidad de lucrarse con esa unión —dije—. Esa joven debió de ser muy bella para que alguien de tan buena cuna pusiera los ojos sobre ella. Y eso mismo habrá apreciado Salvador. Por eso comprendo la rivalidad que debió de haber entre ambos.

—Ya no hay más cabos sueltos. Bartolomé Rivera Albarado se escudó tras el seudónimo del conde de Ávila para denunciar ante la abadesa los furtivos encuentros entre la monja y el burgués. Por lo tanto… ya tenemos el móvil del asesinato: los celos —concluyó Victoria satisfecha. Y puedo ser más precisa: las casas de ambos pretendientes estaban enfrentadas, igual que ellos. Bartolomé habrá pasado alguna noche viendo cómo los amantes consumaban su amor.

Tras la contundente respuesta de mi compañera, me di cuenta de que todas las piezas encajaban de forma abrumadora. Bastaba con hacer un repaso mental de todo el proceso de investigación para darse cuenta de ello. El noble era el único que sabía cómo había muerto Salvador, y ese era un punto importante para dar con el asesino de Francisco Perdomo y de José Marrero, aunque los cadáveres pertenecieran a épocas diferentes.

Me situé detrás de Victoria para darle un masaje en los hombros. La noche había sido larga y la postura incómoda.

—No estaría de más que abriéramos el álbum familiar de Bartolomé —dijo con un timbre de voz que denotaba placer—. Me refiero a configurar el árbol genealógico de su descendencia. Tengo curiosidad por saber hasta dónde nos lleva. Porque si esas muertes fueran un secreto familiar… podría llevarnos hasta el asesino de este siglo, ¿no crees?

—Es una propuesta tentadora —afirmé mientras hacía presión con los pulgares a la altura de su cuello.

—Entonces ni siquiera tengo que salir de casa, porque aquí encontraré la información de su linaje —dije mientras señalaba una torre de carpetas que había dejado separadas a un lado de la mesa. Me llevará días enlazarlos a todos. Traeré las que faltan en cuanto pueda. Puede que haya alguno que no aparezca en el registro de bautismo o en el libro de entierro, pero podré vincular a la mayoría de los consanguíneos a través de los registros matrimoniales.

—Buen trabajo, detective. Si no fueran copias, te diría que has dejado la sala archivística vacía —añadió Victoria sonriente.

La lluvia continuaba cayendo, y a pesar de ello, la detective insistió en regresar a su habitación de hotel. No era ni la situación, ni la hora adecuada para deambular por las calles. Y eso fue lo que ocurrió, que caminamos a oscuras, bajo la tormenta, igual que lo hizo Teresa aterrorizada aquella noche del 18 de noviembre de 1580.

# XXV



La nieve había caído sobre la cumbre, y el aire cargado de humedad descendía sobre la altiplanicie. Encendí la calefacción y la acerqué al escritorio para calentarme las piernas que ya habían comenzado a entumecerse. Antes de dar el primer sorbo al exquisito vino que me había servido, arrastré la silla para acomodarme ante el

tablero donde se amontonaban una infinidad de archivos. La luz de la lamparita había sido mi única compañera después de terminar cada uno de mis turnos en la comisaría. Iluminaba al detalle todos mis progresos, y en ocasiones, era cómplice de mi desesperación, al ver cómo se había ralentizado la investigación. Un ilustre árbol genealógico me había distanciado de Victoria durante varios días. No tenía nada que aportar, ya que la lista familiar aún estaba incompleta. Apenas había llevado el recuento de las cinco primeras generaciones de Bartolomé, enlazando primos entre primos o incluso tíos entre primos, donde el apellido predominante se seguía perpetuando a pesar del paso de los años. Lo mejor estaba por llegar, cuando descubrí que el linaje de los Rivera se había esfumado, suplantándose por otros apellidos menos célebres. A las once de la mañana, abatido y desmotivado por tantas horas de esfuerzo, hice un recuento de mi trabajo: había más de dieciséis generaciones en la descendencia de Bartolomé, que comprendían entre 1545, año en que nació el noble, y 1961, año en que nació el personaje más revelador del caso actual. En el registro de bautismo se leía con claridad el nombre de Vicente Alayón Martín, el sacerdote de la iglesia de la Concepción. Era descendiente directo del asesino de Salvador de Hoyos. Me recorrió un sudor frío justo antes de tomar conciencia del descubrimiento, y luego la adrenalina hizo el resto. Salí a la calle nervioso y preocupado por la posibilidad de haberlo dejado escapar. Sabía que Vicente se estaba documentando a través de otras fuentes, que no eran precisamente las periodísticas, por lo tanto, era conocedor del ritmo que estaba tomando el caso y de algunos detalles que lo incriminaban. Sin darnos cuenta, le habíamos facilitado el camino, dándole el tiempo suficiente como para trazar un plan y salir huyendo.

Entré a la comisaría descentrado, y me dirigí hacia la gaveta de mi compañero para coger las llaves de una de las motos que estaban aparcadas fuera. Necesitaba agilizar el trayecto, aunque eso requiriese saltarme algunas normas de circulación. Antes de rotar la empuñadura del manillar, recordé que Victoria estaba desinformada. Le comuniqué por medio de WhatsApp que al fin se confirmaban mis sospechas. Vicente Alayón llevaba en las venas la sangre de un criminal. Su estirpe estaba manchada por la rumorología popular que al final se había convertido en una realidad.

Salí, a gran velocidad, desde la calle Nava y Grimón y bordeé un lateral de la Plaza del Cristo para continuar, en línea recta y en paralelo, a la calle Cabrera Pinto, donde tuve que adelantar a varios vehículos que circulaban tranquilamente, a velocidad de turista; desde allí tomé un corto trayecto de la Avda. Universidad, y a continuación, inicié un cúmulo de infracciones, empezando por saltarme un ceda el

paso y tomar el primer tramo de la calle Rodríguez Moure en sentido contrario. Luego desfilé por la peatonal de San Agustín, una acción temeraria, ya que tuve que sortear a los peatones que se iban presentando a lo largo de la vía. Caras de asombro y estupor se iban sucediendo. Algunos se quedaron paralizados. Parecía una lucha constante por hacer las cosas bien dentro de la ilegalidad de la situación. Callejeé hasta la Iglesia de la Concepción y aparqué la moto delante de la puerta principal. El templo estaba abierto, llevaba un horario muy convencional desde hacía años.

Esa misma mañana había una misa de difuntos. No quería montar un espectáculo y decidí esperar a que finalizase. Me sentí aliviado al ver la figura de Vicente dando la eucaristía y elevando la copa de vino ante sus feligreses. Fue curioso porque, de pronto, mi desesperación se convirtió en calma. En cuanto terminó la ceremonia, el sacerdote se dirigió a la sacristía arrastrando una extraña cojera. Sabía que allí permanecería un tiempo prudencial, hasta que los monaguillos pusieran de nuevo orden en el altar. Con notable tranquilidad fui tras él.

Vicente se quitó las gafas para enfocarme, y pude apreciar cómo se marcaban las arrugas de su frente.

—¿Qué hace usted aquí? No hemos concertado ninguna cita —protestó.

—Es cierto. Pero es un asunto que le concierne a usted directamente.

—Sea más explícito, señor Yanes —dijo con expresión soberbia.

—¿Sabe algo relacionado con una familia lagunera que llevó los apellidos Rivera Alvarado?

—Es posible.

—No me comentó nada la última vez que hablamos.

—Tampoco me preguntó —replicó con tono categórico.

—¿Es necesario que le especifique las preguntas para que pueda ampliar los conocimientos policiales?

—No sabía que los crímenes estuvieran relacionados con esa familia —declaró algo menos altanero, pero más nervioso.

—El primer asesinato se perpetró en el siglo XVI. ¿De veras que no lo sabía?

—No —dijo sin modular la voz, denotando inseguridad. Su expresión corporal era contraria a su respuesta.

—Respóndame con franqueza. La mentira y la verdad son caras de una misma moneda, pero ambas ofrecen resultados opuestos —añadí.

La estancia estaba poco iluminada. Vicente deslizó su trasero por el filo de la mesa intentando ocultar un cenicero repleto de colillas. Pero mi vista fue más rápida que su acción y comencé con las preguntas incómodas.

—¿Desde cuándo fuma usted? —pregunté acariciándome la barbilla. Este juego estaba empezando a gustarme.

—Yo no fumo, detective. ¿Se refiere al cenicero que tengo detrás? —dijo soltando una risa nerviosa—. Es de mi sobrino, que a veces viene a visitarme.

—Pues debería vaciar el contenido con más regularidad —respondí aguzando la mirada en su expresión pálida.

—¿Y esa extraña cojera, desde cuando la tiene?

—Ah, eso. La torpeza de levantarme a oscuras es la responsable. Le di una patada a la esquina de la cama hace una semana.

—Pues le dio con ganas.

—Sí, ya le digo yo. Soy muy torpe en la oscuridad.

—No es tan torpe como pretende hacerme creer. Yo lo noto bastante ágil, sobre todo a la hora de evitar las cornisas.

—¿De qué está usted hablando? ¿Se ha vuelto loco?

Me aproximé de forma amenazante para desafiarlo, dejando mi cara a pocos centímetros de la suya.

—Como bien ha dicho, es posible que sepa algo de la familia Rivera Alvarado —le recordé.

—Sí, algunas nociones de Historia tengo.

—Y supongo que no sabrá que Bartolomé Rivera Alvarado forma parte de sus ancestros ¿no?

Vicente me dedicó una expresión de desconcierto. No esperaba que hubiésemos profundizado tanto, y menos aún, sin documentos por escrito que enlazaran los crímenes.

—¿He dicho algo que le incomode, sacerdote?

—Eso no demuestra nada, Marcos.

—Ah, entonces sabe a lo que me refiero —insistí.

—Lo que haya hecho mi familia en otros tiempos no me incumbe.

—¿Por qué ocultó esa información? ¿Sabe que podíamos habernos ahorrado una larga investigación si hubiera colaborado?

Lo primero que debía hacer era persuadirlo. Necesitaba que confesase por voluntad propia. En realidad no teníamos pruebas sólidas contra él, solo conjeturas.

—¿Sabía que Isabel Negrín y Elena López tenían pensado abandonar el convento?

—Es posible.

—Pero usted las confesaba a diario ¿no es cierto?

—Es posible —repitió.

—¿Mató usted a Francisco Perdomo, a José Marrero y a Isabel Negrín?

—¡No! —exclamó con rotundidad—. De veras que se ha vuelto loco. No tiene ni una sola prueba y viene aquí a incriminarme. ¡Está usted chalado!

—Le vuelvo a repetir por segunda y última vez: ¿mató usted a Francisco Perdomo, a José Marrero y a Isabel Negrín?

Su respuesta fue una sonrisa que me encendió de tal forma, que lo agarré por el cuello de la sotana y lo tiré sobre la mesa sin dejar de amenazarlo con el puño de la mano derecha.

Los velones, el cenicero, y varios adornos que descansaban sobre el tablero cayeron al suelo. Al instante apareció uno de los

monaguillos alertado por los ruidos.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó el joven asustado.

Y antes de que el clérigo pudiese pronunciarse, saqué la placa de detective y la levanté para que pudiese verla.

—Esto es un asunto policial. Váyase. Por su bien, no se inmiscuya.

La puerta se cerró, y volvimos a quedarnos a solas.

—¡¿Me responde?! —le grité.

—No puede hacer nada, detective. Sin pruebas está cometiendo un delito —dijo con voz ronca.

Le rodeé el cuello con las manos, presionando con rabia sobre la tráquea. El cura, asustado, hizo aspaviento con los brazos en señal de asfixia, me arañó los dedos intentando aflojar la presión, y luego, asintió con la cabeza. Lo solté, y lo primero que hizo fue tomar una honda bocanada de aire seguida por varios golpes de tos. Respiró de forma jadeante durante un rato, y dijo por fin con un hilo de voz:

—De acuerdo, confesaré.

## XXVI



El teléfono de Victoria sonó como si fuera el rugir de un león, o así es como lo interpretó ella antes de desvelarse. Había dedicado largas horas de la noche intentando exprimir el tiempo, escudriñando las declaraciones de los sospechosos y centrándose en los detalles de cada conversación; y por ese motivo no tenía la intención de

levantarse antes del mediodía. Miró la pantalla del móvil con hastío y salió del aturdimiento en cuanto vislumbró el nombre de Andrés Mendoza reflejado en ella. Se sentó sobre la cama, y aceptó la llamada.

—¿Dónde estaba metida? La he estado llamado toda la mañana. Su móvil no daba señal —dijo notablemente alterado. Era la primera vez que se dirigía hacia ella con ese timbre de voz. Se le había caído la máscara de la amabilidad y ahora acusaba a Victoria, utilizando un lenguaje agrio.

—¿Es que tampoco lee usted los periódicos? —espetó.

La detective se levantó de la cama y comenzó a deambular de un lado para otro, con las sábanas enrolladas sobre el cuerpo, mientras intentaba comprender a su interlocutor. Parecía agitada, y visiblemente preocupada. La extraña conversación la tenía confundida.

—¡La quiero ver de inmediato! Acabo de largarme de la comisaría, así que tendrá que venir a mi apartamento! —ordenó—. Hay que aclarar, cuanto antes, todo este asunto. El alcalde me ha llamado para transmitirme su preocupación y la decepción que le ha causado el departamento policial en su conjunto. Cuando en realidad, solo unos pocos nos hemos metido en el fango. Ha sido incapaz de valorar nuestro esfuerzo durante el largo proceso de investigación. Después de su postura, dudo que vuelva a recuperar su confianza. Me siento avergonzado. ¿Se lo puede creer? Además —añadió—, la presión mediática y ciudadana me ha hecho perder los papeles: no hubo ni un solo teléfono que permaneciera en silencio en esa maldita oficina. Al final tuve que coger el coche y salir de allí. Me estaba volviendo loco.

—Siento mucho lo sucedido, pero le puedo asegurar que yo no he tenido nada que ver en ese asunto. Le prometo que he actuado de forma cautelosa —dijo con entereza.

—Algo habrá tenido que ver cuando su nombre aparece en primera plana —dijo el jefe de policía antes de cortar la comunicación.

La detective tiró el teléfono sobre la cama, dejó caer las sábanas y abrió el apretado armario para coger al azar varias prendas de ropa.

Victoria salió a la calle desprovista de abrigo, se había olvidado

por completo que estaba en la estación más fría del año. Llevaba una indumentaria escasa: una simple blusa de raso, de manga baja abotonada hasta la altura del ombligo, y una falda vaporosa satinada, que le cubría poco más de las pantorrillas, y que aún le quedaba holgada por su brusca pérdida de peso. Había aparcado el coche al final de la calle Anchieta, por lo que decidió ir a paso ligero hasta la avenida Trinidad en busca de un transporte público. El último taxi ya había sido ocupado cuando llegó. Sin embargo, había movimiento en la zona central del arcén y siguió andando un poco más. Todos los pasajeros habían ocupado sus asientos, y la detective comenzó a correr antes de que el tranvía retomase la travesía hasta la capital. Logró entrar unos segundos antes de que se pusiera en marcha. Estaba casi al completo y tuvo que sujetarse a una de las barras metálicas para no perder el equilibrio en las curvas. Le esperaban 45 minutos de incertidumbre, pero no estaba dispuesta a torturarse hasta que el capitán de la policía nacional lograse despejar sus dudas.

En la zona costera, la temperatura había ascendido varios grados, y Victoria sintió cómo su cuerpo se aclimataba de nuevo. Estaba en sintonía entre su indumentaria y los 19 grados que había en el exterior. Los edificios elevados modificaban el entorno, dando tonos grisáceos al paisaje. Se apeó al final del trayecto, en el intercambiador, y cruzó con avidez por el césped artificial de la mediana, para dirigirse a las dos estructuras más colosales de la ciudad: las torres gemelas de Santa Cruz. Comparada con las tres alturas de las casas laguneras, estas edificaciones casi podían acariciar las nubes. Se detuvo ante la puerta giratoria y levantó la barbilla. Dejó que su mirada recorriese un sinfín de ventanas hasta centrarse en la última. Mendoza vivía en la planta 32 de la torre I. Justo por debajo del pararrayos.

Tras el paseo vertical en el elevador, llegó hasta la puerta de la vivienda y se paró en seco sobre la alfombra. Pulsó el timbre y esperó el sonido de algunos pasos aproximándose. Lo que escuchó fueron unos golpes huecos cada vez más intensos. La puerta se abrió y apareció la rígida expresión del Mendoza al otro lado.

—Buenos días, señorita Reyes. ¿Le importaría quitarse el calzado?

Victoria se agachó para desabrocharse el lateral de su zapato de tacón, y luego hizo lo mismo con el otro. Dejó los elegantes Vuitton en

el pequeño mueble que había junto a la entrada, y luego hundió los pies en la moqueta beige. Por primera vez, después de tantos meses, sintió paz. Una sensación muy agradable la invitó a avanzar hasta el salón, donde los enormes ventanales lo iluminaban todo, mostrando las vistas más privilegiadas de la capital. Alcanzó a ver el Auditorio y el Parque Marítimo, pero lo más impresionante de todo fue la inmensidad del océano. El reflejo de las nubes lo oscurecía, pero estaba en calma. Respiró hondo y recordó todo lo que había trabajado en el caso y los motivos que le habían impulsado a rebasar los límites de sus capacidades. Sobre todo porque sabía que ella tenía el poder de su vida y no estaba dispuesta a empequeñecerse de nuevo por unas palabras mal sonantes en la boca del capitán. Retornar de nuevo a su isla natal había sido una terapia. Ahora estaba segura de quién era y los motivos por los que había aceptado el caso.

Mendoza cogió un periódico y lo lanzó sobre la mesa acristalada que estaba delante de Victoria.

—¡Siéntese! —ordenó.

Ella giró la cabeza, para localizar el sofá, se sujetó la falda y se dejó caer sobre el mullido asiento.

—¡Mire los titulares! —exclamó—. Aparece su nombre en portada. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Que ha perdido usted los papeles si cree que puede hablarme de esa forma —dijo sin más. Mendoza se quedó desconcertado, sin dar crédito a las palabras de la detective.

—No tiene nada que reprocharme, sino todo lo contrario. Que haya venido hasta aquí, solo significa una cosa: que sigo apostando por el caso, a pesar de su pataleta. Podría dar media vuelta y largarme. Nadie me lo impide. Mi lugar está en La Orotava. Por eso pedí la excedencia, para descansar.

Mendoza había canalizado las emociones, tras hablar con el alcalde, y las había proyectado en forma de ira. No estaba acostumbrado a saborear el fracaso. A medida que pasaba el tiempo, la tensión del jefe de policía fue menguando y su expresión de soberbia desapareció.

—Discúlpeme, señorita Reyes. Me he tomado demasiada libertad al tratarla así. Reconozco que me he excedido en mis modales. No sé lo que me ha sucedido. Quiero pedirle disculpas.

Victoria tomó el periódico local y comenzó a leer el artículo que, según Mendoza, llevaba su nombre impreso. Matías había redactado un artículo relacionado con el párroco de la iglesia de la Concepción, donde apuntaba que era uno de los principales sospechosos de los crímenes cometidos desde hacía cinco años en la ciudad lagunera.

—La menciona a usted y su entrevista en la cafetería —dijo mientras se sentaba al lado de la detective.

—Pero yo no dije nada de interés —confesó.

—Eso no es lo importante. Lo peor de todo es que ahora mismo hay detalles confidenciales a la vista de todos.

—Es posible que algún agente se haya ido de la lengua y le haya facilitado información a la prensa. Y mire que le advertí que se trataba de un asunto muy delicado. Matías debió de investigar por su cuenta. Le aseguro que de mis labios no salió nada que comprometiese la investigación —reiteró—. Pero debo confesar que no está mal encaminado. Esta mañana, Marcos me ha desvelado un detalle curioso sobre el sacerdote. Ha descubierto el nombre de Vicente Alayón en el árbol genealógico de la familia Rivera. Y otro apunte muy interesante es que, durante todos estos años, ha estado confesando a las monjas de esa congregación religiosa.

—Ahora me deja usted desconcertado, detective.

—Suele ocurrir, capitán. Cuando hay un asesino suelto, nada es como parece ser. A pesar de todo, yo he llevado una investigación paralela a la de Marcos y también tengo mi grupo de sospechosos, donde destaca Pedro Bethencourt Martín. Estoy segura de que ese hombre ha ocultado información y ha falseado la fecha de unos informes. Estoy dispuesta a desenmascararlo. Quiero saber hasta dónde me llevan sus mentiras.

Mendoza se puso en pie y retiró el periódico de la mesita.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó con una expresión gentil.

—No gracias, no quisiera robarle más tiempo, tengo pendiente un asunto por resolver.

—De veras que lo siento, señorita Reyes —pronunció con voz quebrada—. No he sabido ver la labor tan engorrosa que han desempeñado. Confieso que Marcos y usted han formado un equipo

excelente, pero hay un inconveniente.

—¿De qué se trata? —preguntó con curiosidad ella, levantándose del sofá y cerciorándose de que no se había quedado ninguna arruga marcada en la falda.

—Que la investigación se ha demorado demasiado. Solo espero que Vicente Alayón no haya abandonado la ciudad.

—De eso se ha encargado ya su mejor agente.

## XXVII



El timbre sonó varias veces antes de que la puerta se abriese.

—Qué sorpresa, detective Reyes —anunció Matías a través de la ranura de la puerta.

—No voy a decirle que pasaba por aquí, porque no es cierto. Sabe

perfectamente para qué he venido.

—Por supuesto. Para contrastar la información que tengo con la vuestra —respondió mientras retiraba la cadena del cerrojo.

—En realidad no vengo solo a eso, sino a pedirle explicaciones por el artículo publicado esta mañana en el periódico. Ha revolucionado a toda la ciudad con sus disparatadas conjeturas.

—No son disparatadas. Ya le informé por teléfono de que tengo pruebas —dijo Matías abriendo del todo la puerta para invitarla a entrar.

—Pero no puede publicar un artículo con una noticia así. Para empezar, la policía debe verificar esas pruebas —afirmó.

—No quería esperar a que otro periódico se adelantase a dar esa información. Ya sabe cómo funciona este mundillo.

Victoria no se había andado con rodeos tras la conversación con Mendoza. Había cogido un taxi hasta el primer tramo de la calle Tabares de Cala, cerca de la churrería, y próxima a la casa de Matías, que vivía en una envidiable casa de tres plantas con patio trasero, donde predominaba el olor a madera recién barnizada. No estaba segura de encontrarlo en la redacción esa misma mañana, pero el redactor jefe del periódico le facilitó su dirección. Ella no solo necesitaba explicaciones, sino pruebas fidedignas que acusaran de forma directa a Vicente Alayón Martín, y sabía que él podría tener respuestas.

—Este artículo va a acarrearle graves consecuencias si en realidad no puede demostrar sus acusaciones —le advirtió Victoria.

—Puede estar tranquila. Mis fuentes son de fiar, detective. No sería capaz de redactar nada sin algo que lo sostenga. La base está en contrastarlo con la realidad. Soy reportero, escribo artículos, y todo lo que sale a la luz lleva un trabajo de investigación previo. Sobre todo si me adelanto a las fuentes policiales.

Victoria se acomodó en el amplio salón y dejó el recorte de periódico a la vista.

—¿Le apetece un café? —preguntó Matías.

—Este tipo de revelaciones primero van a la comisaría y luego se negocian con el capitán. Podría estar interfiriendo en una

investigación policial, y entonces estaría cometiendo un delito, por muchas pruebas que tenga para acusar al sacerdote —dijo sin prestar atención a su ofrecimiento.

—¿Lo quiere solo o con leche?

—¿Cómo dice?

—El café. Si lo quiere solo —repitió.

—Ah. En realidad preferiría no tomar nada. Ya vengo bastante alterada hoy como para aderezar mi nerviosismo ingiriendo cafeína. El capitán de la comisaría ya me ha calentado las orejas desde primera hora de la mañana.

—Está bien, entonces quiero que vea una cosa. Puede relajarse.

Matías trajo varias carpetas y las dejó sobre la mesa auxiliar, junto a la detective.

—Quiero que sepa, señorita Reyes, que en mi equipo no solo hay reporteros que se encargan de cubrir las noticias. También hay investigadores privados. Se les paga bien, y esta es la prueba de su eficacia. Espero que pueda contrastar la información, y así poder contribuir con la investigación.

—¿Eso no tenía que haberlo hecho antes de redactar su reportaje?

—Podría, pero entonces no destacaríamos sobre los periódicos provinciales.

Victoria suspiró, dando a entender que la paciencia la tenía bastante ajustada.

—¡Dígame ya qué pruebas tiene! —ordenó.

Matías sacó tres pliegos de una carpeta con una lista infinita de nombres. Era el árbol genealógico que comenzaba con el apellido Rivera.

—¿Me está diciendo que eso es lo único que ha descubierto? ¿La descendencia de los Rivera? Está de broma, ¿no?

—Para nada. Esto es muy serio —aseguró.

—¿Cómo sabía dónde buscar? Enséñeme algo que no sepamos ya. Estoy al corriente de que Bartolomé Rivera fue el primer asesino de monjas, y Vicente Alayón, podría ser el último en ese conglomerado familiar que tiene usted en esos informes.

—Pensar eso es erróneo, señorita Reyes. El árbol genealógico que posee la policía está incompleto. ¿No se da cuenta? Hay algo que desconoce: Vicente Alayón Martín tiene dos hermanos más. Fíjese aquí —dijo señalando la última parte del folio donde figuraba el nombre de Clara Alayón Martín y Ana Isabel Alayón Martín.

—El cura tiene dos hermanas, ya veo. ¿Y eso qué significa exactamente?

—Que debería haber prestado más atención a los detalles. Una de las hermanas también es monja. Pero preste atención a la segunda hermana. Se casó y tuvo dos hijos. Mire estos nombres —volvió a señalar Matías.

Victoria se acercó al documento y leyó en voz alta.

—Aquí dice: Alberto Rodríguez Alayón y Matías Rodríguez Alayón.

Justo en ese preciso instante, sintió un pinchazo agudo en el cuello y un resquemor que irradió desde la arteria carótida hasta la cabeza. Se giró con agilidad, y de un golpe, tiró la jeringuilla que Matías tenía en la mano.

—¡Tranquila! —gritó el reportero.

—¿Qué me has inyectado? ¿Escopolamina?

—¿Me crees capaz de drogarte para que no recuerdes nada? En tu caso, quería hacer una excepción. He utilizado una toxina que afecta a tu sistema muscular. ¿Conoces a la Rana Arlequín? Su piel tiene un colorido muy peculiar. Llevas parte de su esencia en la sangre, que luego llegará a tu cerebro y bloqueará los impulsos químicos entre tus neuronas. En unos minutos no podrás ni sostenerte en pie. Estarás paralizada, pero consciente.

Victoria le asestó una patada en la rodilla, y él, para intentar reducirla, la sostuvo por las muñecas. Una lucha sin sentido, porque poco a poco se fue apagando hasta caer desplomada sobre los brazos del agresor. Él la levantó en volandas y subió las escaleras a toda prisa hasta la planta superior. Entró en una de las habitaciones y la dejó caer sobre la cama. Era fría, luminosa y escasa de mobiliario. Solo había dos mesillas de noche y una cómoda antigua repleta de portarretratos. El mueble resaltaba en medio de la pared blanca. Victoria pudo vislumbrar algunas fotografías desde la postura en la que había caído, donde se apreciaban varios grupos de soldados. La imagen de Matías mezclada entre el batallón la dejó desconcertada. Lo único que podía hacer Victoria era reflexionar y sacar conjeturas de lo que estaba sucediendo. No podía expresarlo a través de sus facciones, pero comenzó a atar cabos: las fotos de un exmilitar, cuadraban con el uso de la Glock G43 utilizada en los asesinatos. Sintió rabia. Tenía que haberse dado cuenta antes. Matías poseía demasiada información para ser un simple reportero. Durante la investigación se les había escapado lo más importante: estudiar el entorno de los principales sospechosos: las hermanas de Vicente y su prole. Sin embargo, las miradas policiales solo se habían centrado en Vicente Alayón y en Pedro Bethencourt. Por ese motivo, los detalles se fueron diluyendo junto al exceso de información.

—Puedo imaginar a qué velocidad debe estar trabajando tu cerebro ahora. Frenéticos pensamientos que intentan analizar todo el proceso de investigación. Sacando conjeturas y rebuscando evidencias que dejaron pasar por alto. Sí señorita, la conclusión final es que soy el sobrino de Vicente Alayón. Y no, no hay ningún documento escrito que detalle el asesinato que cometió Bartolomé Rivera Albarado, mi antepasado más admirado por la sociedad de aquella época. Los detalles de esa matanza son exclusivos de mi familia. Una herencia transmitida durante varias generaciones, de la misma forma que ocurrió con la leyenda: de boca en boca. ¿Cómo se encuentra la

monja, por cierto? ¿Ya está recuperada? Ah, que no puede usted hablar. Lo siento —dijo mientras dibujaba una cínica sonrisa en su cara.

Lo único que se podía apreciar de Victoria era el brillo de sus ojos enrojecidos, que se encendían aún más, con la sensación de impotencia y rabia. Matías soltó una carcajada triunfal antes de continuar con sus argumentos.

—Otro detalle que los técnicos no apreciaron fue la violación de las religiosas. Utilicé la misma marca de profiláctico que sus amantes. Bueno, en realidad los cogí prestados —confesó.

Ante el exceso de información, a Victoria no le quedaba otra alternativa sino ver, oír y calmar su mente. De nada le serviría alterarse cuando estaba invalidada y al borde de la asfixia. Le costaba respirar. Solo un hilo de aire la mantenía con vida.

—No he odiado a las mujeres toda la vida, ¿sabe? Solo fue el método de inculcarnos las creencias religiosas. Con mano dura. El pecado suponía un severo castigo. Mi madre nos lo recordaba siempre con la vara en la mano. Lo que ocurre es que ahora, la vara la tengo yo.

Matías corrió las cortinas para oscurecer la habitación mientras seguía desvelando los desagradables encuentros de su infancia.

—El apellido Rivera se perdió en la quinta generación, cuando mi tataratataratatarabuelo, o como pueda llamarse ese señor, se casó con una cortesana que no pertenecía a la familia, y algunos de sus hijos también se desviaron del camino. Y de ahí viene esa rama familiar tan diversa. Desposar a una mujer solo por el capricho de estar enamorado fue lo que le cambió el apellido a nuestra estirpe.

Luego se sentó a horcajadas sobre la detective, y comenzó a desabrocharle los botones de la blusa mientras estudiaba la profundidad de su mirada, en cambio ella, lo único que temía era perder el conocimiento por la falta de oxígeno. Apenas podía respirar, lo justo para no morir. La neurotoxina inoculada era potente, pero tenía la certeza de que no se había excedido en la dosis, si no, ya sería un cadáver. Hubiera paralizando también la acción de los pulmones. Matías bajó la mirada para centrarse en sus pechos redondeados. Estaban envueltos por encaje de seda blanca. Sonrió con malicia antes de quitarse el cinturón. Disfrutaba intentando adivinar sus pensamientos, recreando incluso su expresión al clavarle la aguja en el

cuello. Acarició sus labios y pellizcó sus mejillas para encenderlas. Acabó jugueteando con algunos mechones de cabello, y luego, la tomó por los hombros y la giró sobre la cama para posicionarla de espaldas a él, boca abajo, pero con la cabeza ladeada para que pudiera seguir respirando. Le rajó la blusa y le desabrochó el sujetador. Matías pensó que era el momento de rendir cuentas de nuevo. Veía a Victoria como una mujer descarriada, fuera de sus labores domésticas, que intentaba cuestionar la justicia divina. Simplemente, para él, era inadmisible. El artículo que había publicado en primera plana del periódico era una trampa, y Victoria había caído en ella. Sabía que se vería atraída por la curiosidad y los reproches. Estaba esperándola con anhelo y con la esperanza de que no viniese acompañada.

El primer cintarazo, sobre la espalda, le ardió profundamente. Había empleado toda su energía para infligir dolor, pero los siguientes fueron aún más cortantes, uno tras otro, sobre las marcas enrojecidas. Dolor sobre dolor. La detective perdió el conocimiento a mitad de la letanía en latín. Antes de desvanecerse por segunda vez, sintió como le desgarraba las medias y le subía la falda hasta la cintura. Matías cogió un preservativo del bolsillo y rompió el envoltorio. Se quedó pensativo, porque en realidad, no tenía intención de borrar sus huellas, pronto estaría fuera del país, antes incluso de que pudieran encontrar a Victoria. Lo pensó mejor y tiró el profiláctico sin usar sobre la colcha, por el lado que ella pudiese verlo. La detective pudo escuchar, antes de desmayarse, el tintineo de los cristales azotados por el viento, a lo lejos, el ronroneo de una moto, y el sonido de una cremallera de pantalón al bajarse. El periodista ya no podía contener más su excitación.

# XXVIII



Rompí el cristal de la ventana con el casco de la moto, y me introduje de forma cuidadosa en la vivienda para evitar cortarme con los cristales que habían quedado fijados en la madera. La estancia parecía amplia pero carecía de comodidades. Alguien se había tomado la molestia de ocupar un espacio abandonado para sobrevivir durante

algún tiempo. Un tablero de madera servía de soporte a un simple hornillo de gas, y junto a él, un escurridor para la vajilla. Era un espacio individualizado, donde solo había cabida para una persona. La mesa y la única silla que la acompañaba, corroboraron mis primeras impresiones. Predominaba el silencio. Saqué el arma y fui revisando los rincones de la casa hasta detenerme en el salón, donde descubrí, junto al sofá, un pliego de papel con el árbol genealógico de los Rivera, y junto a él, una jeringuilla vacía. En ese instante, la adrenalina se disparó y sentí un fuerte golpeteo en mi pecho. El corazón se me había vuelto loco. Victoria podía estar en peligro.

Estaba dispuesto a subir al segundo piso, cuando escuché el crujir de la madera sobre mi cabeza. Alguien merodeaba por la planta superior. Estaba seguro de que el sonido de la cristalera al romperse había anunciado mi llegada.

Me pegué a la pared y subí por la estrecha escalera sujetando el arma con firmeza. Me detuve en el último peldaño. Asomé la cabeza para cerciorarme de que el pasillo estuviese despejado y avancé despacio, sorteando las tablas que parecían estar sueltas. Tenía puestos los cinco sentidos en cada uno de mis movimientos. Cuando llegué a la primera habitación la puerta estaba abierta. Pude distinguir el cuerpo de Victoria, inmóvil, tendido sobre la cama. El corazón me dio un vuelco, y entré impulsivamente sin estudiar el entorno. En ese instante, alguien se me abalanzó por un costado. Había salido de la nada. El agresor se había escondido en la habitación contigua para intentar arrebatarme el arma. Fue un alivio para mí saber que estaba desarmado, si no, me hubiera pegado un tiro desde el primer instante. Los dos caímos al suelo y forcejeamos durante unos segundos. Dimos varias vueltas sin control, hasta que nuestras miradas quedaron enfrentadas. Sin ninguna duda, el hombre con el que estaba luchando era Matías, el reportero del periódico local. Ahora sabía qué relación guardaba con Vicente Alayón, el mismo cura me lo había confesado todo hacía unos instantes.

Mi rival no solo me aventajaba por su corpulencia, sino que además, poseía un arma más mortífera que cualquier pistola, su propio cuerpo. Me lo había advertido Vicente. Disponía de conocimientos militares, y eso significaba que sería imposible reducirlo si manteníamos el contacto cuerpo a cuerpo. Debía encontrar la forma de alejarme de él, al menos durante unos instantes. Solo así tendría la oportunidad de defenderme y de realizar algún disparo.

Rodamos por el piso hasta rozar la colcha de la cama. Victoria

parecía comenzar a reaccionar. Pude ver cómo salía del trance con movimientos aletargados. La primera patada me la llevé en el estómago, igual que la vez que lo perseguía por los tejados. Eso le dio tiempo a levantarse y pisarme la muñeca para obligarme a soltar el arma. Sin embargo, a pesar de mi desaventajada posición, contraataqué asestándole una patada en la rodilla. Apenas mostró un gesto de dolor. Parecía inhumano. Tardó unos segundos en agacharse para recoger la pistola, y yo aproveché para reptar por el suelo y salir de la habitación. Me levanté, y eché a correr por el pasillo en busca de un lugar seguro. Encontré refugio en el hueco de una vieja chimenea polvorienta y llena de telarañas. Parecía que no había sido encendida desde hacía siglos. Subí apoyando la espalda y haciendo presión con las piernas. Todo quedó en calma de nuevo.

—¿Dónde se ha metido, Marcos? Que yo recuerde, no nos han presentado formalmente —dijo elevando el timbre de voz para que pudiese escuchar la irónica charla que estaba manteniendo consigo mismo—. Es inútil que se esconda, lo único que hará será retrasar lo inevitable. Nunca tuve intención de hacerle daño. Pero viendo lo que está ocurriendo, no me va a dejar otra alternativa.

El sonido de sus pasos cada vez estaba más próximo. El instinto de supervivencia me llevó a sacar el móvil del bolsillo, bajarle el volumen y marcar el 112. La línea estaba abierta, solo tenía que ocultar el teléfono en algún lugar inaccesible. Una ranura entre dos piedras me sirvió de apoyo para el artefacto.

—Cuanto antes salga, menos dolor le infligiré. Se lo prometo —anunció con voz firme—. Tengo un vuelo que me espera. Como comprenderá, no puedo perder el tiempo. Le advierto que con cada minuto que pase tendré menos paciencia y menos clemencia.

Matías ya estaba cerca. Pude sentir su presencia. No cabía duda de que ambos estábamos en la misma habitación. Había elegido esconderme en una antigua biblioteca con centenares de libros y centenares de años. Lo escuché vociferando, esperando a que yo le respondiese. Luego se detuvo a mi lado, y vislumbre desde mi postura, cómo el arma que me había arrebatado, asomaba por el hueco de la chimenea y apuntaba hacia arriba. Si disparaba desde esa posición la bala no alcanzaría ninguna zona vital, igual me alcanzaría en alguna pierna, así que me mantuve en silencio. Matías esperó un instante, y como no sucedía nada, se le ocurrió la estúpida idea de asomar la cabeza. Momento que aproveché para asestarle un golpe con la suela del zapato. Esta vez sí gritó. Le rompí la nariz y lo desestabilicé durante unos segundos. Salí de mi escondite e intenté arrebatarle el

arma. Me abalancé sobre él, pero su respuesta fue contundente. Me llevé un codazo en la nuca y seguidamente sentí como si una serpiente me estrangulase el cuerpo. Estaba utilizando una técnica para inmovilizarme, pero yo me aventuré y me zafé antes de que lograse retenerme. El experto militar me agarró por la chaqueta y me dio un puñetazo en la cara, caí sobre unas estanterías de cristal que tenía a mis espaldas. Me levanté con dificultad sosteniéndome el tobillo y vi cómo iba en busca de la pistola. Eso me dio tiempo para recomponerme y tirarme de nuevo sobre él.

Victoria fijó la vista en su mano derecha y vio que podía mover los dedos. Abrió y cerró la mano despacio varias veces, luego se incorporó hasta quedarse sentada. Sintió que su cuerpo volvía responder de nuevo. La cabeza le daba vueltas, pero sus músculos ya no estaban entumecidos. Se dio cuenta de que podía mantener una respiración fluida y se alegró por ello. Un estruendoso ruido que fue seguido por el disparo de un arma de fuego llamó su atención. Luego vino un silencio estremecedor, que apenas duró unos instantes. Escuchó cómo se aproximaban unos pasos y el sonido de unas pequeñas ruedas al girar sobre la madera. Supuso que el que había quedado en pie había sido Matías, que llevaba consigo una maleta de viaje que tenía preparada desde un principio. Victoria tenía poco tiempo para actuar si quería tener una oportunidad de vivir. Se dejó caer de nuevo sobre la cama, fingiendo estar aún bajo los efectos de la toxina. Escuchó los golpes de la maleta en cada uno de los peldaños, y al instante, un desagradable portazo. La detective se levantó tambaleándose, afianzándose en cada uno de los muebles de la habitación hasta terminar sujetándose en el pomo de la puerta. Avanzó tanteando una de las paredes del pasillo y se dirigió hacia la habitación más cercana.

Un grito aterrador me ensordeció. Ella se apresuró para arrodillarse junto a mí.

—Tranquilo Marcos, no te muevas —dijo presionando la herida de bala con las dos manos.

Me rodeaba un gran charco de color granate. Demasiada sangre para salir airoso. Pero Victoria siguió tranquilizándome con voz sosegada.

—Marcos, mírame —dijo sujetándome la barbilla y tiñéndome con la sangre que llevaba en sus manos.

Estaba aturdido y a punto de perder el conocimiento.

—Mírame a los ojos, Marcos —volvió a repetir.

Hice un esfuerzo estoico para fijar la mirada en sus ojos. Lo único que no podía hacer era disimular la expresión de dolor.

—¿Confías en mí? —dijo con una mirada serena pero vidriosa—. Tranquilo, estás a salvo. Estaba utilizando las mismas palabras que yo había empleado en el pasadizo para tranquilizarla.

Mi respiración se entrecortaba por momentos y el dolor del pecho era cada vez más agudo. Sentí como mi cuerpo se debilitaba. Pero ella seguía insistiendo a pesar de la situación.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondí con un susurro.

—¡Eso es lo que quería escuchar! —dijo con un tono tranquilizador.

Y fue entonces, cuando sus labios cálidos descansaron sobre los míos. Me sentí envuelto por el fluido salado de sus lágrimas. Estaba conmovido, pero sin poder mostrar esa sensación. Luego, el frío gélido del miedo recorrió mi cuerpo.

Cuando Victoria retiró su boca de la mía, solo había una silueta borrosa y unos sonidos distorsionados. Ya no podía centrarme en sus palabras. Empecé a verlo todo de color negro y me rendí entre sus brazos, dejando caer al suelo la navaja que llevaba agarrada en una de las manos. Entonces fue cuando me desvanecí y dejé de ver ese rostro angelical.

Victoria me dio una cachetada con la intención de que volviese a reaccionar, pero no hubo respuesta por mi parte.

Gritos y llantos es lo que encontraron los técnicos sanitarios al entrar a la habitación. Todo ocurrió muy deprisa. La envolvieron con una manta térmica y se la llevaron a la parte trasera de una de las ambulancias. Estaba conmocionada.

## XXIX



Matías bordeó el todoterreno y miró fugazmente el vistoso abollón que presentaba la defensa por el lado derecho. Metió el pesado equipaje en los asientos traseros y se subió al vehículo. Presentaba una ligera cojera que se fue acentuando a medida que forzaba su cuerpo para apretar el acelerador. Quince minutos lo

separaban del aeropuerto, aunque su temor a perder el vuelo acortó el trayecto a diez. Detuvo el coche de cualquier manera delante de la puerta de entrada. Antes de apearse, se vio reflejado en el espejo del retrovisor y contempló el goteo de sangre que salía por su nariz y los cortes en el labio. Se bajó a toda prisa, tomó un pañuelo que llevaba en el bolsillo, y mientras avanzaba, se lo pasó por la cara para intentar disimular la agresión. Pero la inflamación en su cara y la hemorragia nasal eran difíciles de ocultar. Su camisa blanca ya no estaba inmaculada, se había teñido de rojo. Su única opción para evitar un escándalo visual, era abotonarse la chaqueta de arriba abajo para que la oscuridad de su traje disimulase las huellas del delito.

Cruzó la enorme sala acompañado por el murmullo de la gente, que no podía evitar fijarse en su aspecto. Los más osados se atrevían incluso a señalarlo. Su marcada cojera y su cara desfigurada eran revelaciones que se salían de lo común, y despertaban la curiosidad y el asombro de muchos de los viajeros. Pero Matías no prestó importancia a su entorno, y sin perder el impulso se dirigió en dirección a la ventanilla de la azafata de tierra, donde había tres personas haciendo cola.

—¿Podrían dejarme pasar? Tengo prisa —anunció con voz ronca a los ancianos que esperaban ser atendidos. Todos se retiraron hacia un lado y dejaron que se adelantara hasta el mostrador.

La azafata lo miró con temor e intentó mostrar una sonrisa que no pareciera forzada. Le cogió el pasaporte marcado por las huellas de sangre, y con manos temblorosas, la joven comenzó a teclear en el ordenador. Realizó todos los trámites sin hacer preguntas. Encendió la cinta transportadora y rodeó el asa de la maleta con la pegatina que indicaba el número de vuelo y la referencia del equipaje. Matías dio varios pasos tambaleantes hacia atrás y volvió a coger impulso para continuar su recorrido. Aún le quedaba atravesar los controles de seguridad, pero antes de enfrentarse a los guardias, se detuvo por última vez para fijar su atención en la pantalla luminosa que tenía sobre su cabeza. Identificó su número de vuelo, que hacía escala en Madrid, y a continuación, la puerta del embarque. En ese momento sintió que la corbata le estrangulaba el cuello y pasó un dedo por dentro del nudo para intentar aflojarla. Permaneció inmóvil unos instantes antes de comenzar a toser descontroladamente. Luego soltó un buche de sangre por la boca, y se desplomó sobre el brillante suelo encerado.

# XXX



Victoria estaba tendida boca abajo sobre la cama del hospital, cuando la enfermera le acarició el brazo. Su olfato fue lo primero que despertó. Inhaló el aire impregnado por la fragancia de las flores que tan armoniosamente decoraban la habitación. Arrugó la frente y se esforzó por abrir los ojos. La débil luz se filtró entre sus pestañas, pero

ella no quería despertar, intentaba protegerse de una realidad que creía haber soñado.

—¡Victoria! —insistió la sanitaria—. Es hora de tomarse la medicación.

Su cuerpo arrastraba aún los efectos de los tranquilizantes. La dosis había sido alta. Sintió un fuerte dolor en la espalda al intentar moverse. Las heridas eran recientes y estaban cubiertas por unas gasas.

—Ma, márchese —balbuceó somnolienta.

—Necesito que se incorpore. Tiene que tomarse, aunque sea, los antibióticos y los antiinflamatorios. Le resultará doloroso apoyar la espalda contra el colchón. Pero debe estar sentada para que pueda tragar.

—Déjeme un rato más —anunció de nuevo.

—Yo la ayudo. Además, tiene visita. Hay un policía que está en el pasillo esperando por usted.

—El corazón de la detective se aceleró. ¿Quién es? —preguntó impaciente.

—Me dijo que se llamaba Mendoza. Está preocupado por su estado y quiere verla. Venga, sé que puede hacer un esfuerzo.

Victoria se limpió la boca con el brazo y terminó de abrir los ojos.

—¿Quiere que le encienda la luz? Todavía no ha amanecido.

—No, deje que me habitúe primero a la claridad.

La claridad a la que se refería era una tenue luz que se colaba entre las cortinas en aquella fría mañana del 25 de diciembre. Los familiares de Victoria no habían pasado una Nochebuena tan buena como esperaban. Habían pasado la noche concentrados en la sala de espera del Hospital Universitario de La Laguna. Estaban tranquilos porque ella estaba fuera de peligro, pero preocupados por lo que le había ocurrido.

Victoria se atusó el pelo con los dedos y miró por la ventana. Descubrió que el cielo tenía el mismo color que su estado anímico: gris. No podía escapar de la realidad a menos que se medicara. No

sabía si esta vez podría afrontar sola la angustiosa sensación de vacío. Tan solo hacía unos meses que había huido de Barcelona, sin embargo, lo que deseaba ahora era desaparecer de Tenerife. Cada infortunio y cada traspiés que experimentaba, la sumergían en un abismo más oscuro, más profundo, más doloroso. Aún no había recuperado todas sus facultades y no tenía suficiente lucidez como para pensar con claridad hacia dónde quería escapar esta vez.

Sonaron tres tímidos golpes sobre la puerta y Victoria se esforzó por levantarse. Con la espalda dolorida se fue incorporando hasta lograr sentarse en el borde de la cama.

—¿Se puede? —preguntó Mendoza al otro lado.

—Sí, puede pasar —respondió ella mientras se envolvía con el albornoz de felpa que le había dejado su madre sobre la silla.

La puerta se abrió y apareció el capitán de la policía nacional sujetando un colorido ramo de flores.

—Buenos días, señorita Reyes —dijo entrando a la habitación—. ¿Cómo se encuentra?

Ella lo miró y no pudo responder a una pregunta que ya llevaba la respuesta reflejada en su rostro. Tenía los párpados inflamados de tanto llorar y un semblante abatido por la pérdida del hombre del que se había enamorado. ¿Cómo podría estar si no? Lo menos que le dolía eran las heridas de su espalda. Incluso podría volver a recibirlas si fuera necesario. Las veces que hicieran falta con tal de no llegar al trágico desenlace.

El silencio de Victoria respondió a la pregunta del capitán.

—Póngase cómoda. No he venido hasta aquí para importunarla. Solo quería darle una buena noticia. Su familia está aquí apoyándola y yo también. No quiero que se desmoralice.

Ella seguía sin pronunciar palabra.

—¿Dónde dejo las flores? Esta habitación parece un jardín. Y eso que no se permiten plantas, sobre todo por cuestiones sanitarias. Entiendo que por esta vez los enfermeros hayan hecho una excepción. ¿Ha leído las tarjetas de todos los ramos?

—No —espetó.

—Debería hacerlo. Todas las personas que la quieren han pensado en usted.

—Justamente, lo que menos me apetece ahora es pensar.

—No es aconsejable que abuse de los ansiolíticos. Es necesario que tenga la mente despejada.

—Me los recetó la psiquiatra, esta vez no es cosa mía.

Mendoza se acercó a Victoria y le ofreció la combinación primaveral que sujetaba entre las manos.

—Cójalas por favor —le pidió, con un gesto compasivo.

Ella aceptó el detalle y enseguida giró la cabeza para buscar un lugar donde colocarlas.

—¿No va a leer la tarjeta de mis flores?

—Lo siento, soy una maleducada. Sé que el departamento se preocupa por mí, y también que se esfuerza para ofrecerme privilegios. ¿Flores? ¿Una habitación para mí sola? Pero esta vez, no hay nada que pueda consolarme.

—No ha sido culpa suya que hayan disparado a su compañero. No puede estar toda una vida fustigándose por ello. Los accidentes ocurren, y más si pertenece a una brigada policial —dijo Mendoza mientras se desabrochaba el primer botón de la camisa.

—¿Llama accidente a una desgracia como esta? —preguntó con ironía.

—¿De qué desgracia habla?

—¡De la muerte de Marcos! —exclamó histérica.

—¡Pero, quién le ha dicho que Marcos está muerto! —exclamó sorprendido.

—Lo vi con mis propios ojos.

—No. Lo que usted vio fue que su compañero se desmayó mientras presionaba la herida. Evitó que la hemorragia fuera a más.

—¡Lo vi, estaba muerto! ¡Había sangre por toda la habitación! ¡Mucha sangre! —insistió alterada.

—Sí, había sangre. Es cierto. Pero no toda era suya. Matías también salió maltrecho de la pelea. Se ve que ya no tenía el pulso firme cuando disparó a Marcos. Esta vez no fijó su objetivo a la altura del corazón, sino al lado contrario. Eso sí, la bala le perforó un pulmón. El detective ha estado toda una noche en quirófano. La operación ha sido un éxito. Ahora mismo, está consciente y dos plantas por encima de usted.

—¿Pero toda esa sangre? —preguntó con un visible temblor de manos.

—Esa sangre provenía del costado de Matías. Afortunadamente, Marcos pudo apuñalarlo con una navaja que guardaba en el tobillo. Le alcanzó en el hígado y en el estómago. Matías falleció ayer en el aeropuerto.

Victoria dejó caer las flores al suelo y se abalanzó sobre Mendoza para abrazarlo. Estaba desconcertada y lloraba de alivio.

—Tranquilícese. Ya no tiene de qué preocuparse. Pensé que usted ya lo sabía.

—No. Me desmayé nada más llegar a la ambulancia. No recuerdo absolutamente nada desde que salí de esa maldita casa —dijo con la voz entrecortada.

Mendoza la apretó más contra su pecho y le susurró en el oído:

—Por favor, recoja el ramo y lea la tarjeta.

La detective obedeció. Se agachó, tomó las flores, abrió el pequeño trozo de cartulina y leyó, entre sollozos, la frase que había escrita: Ya estás a salvo. ¿Confías en mí? Si me respondes un sí, esperaré por ti toda la vida. Firmado: Marcos Yanes. Una bonita rúbrica remataba el final de la tarjeta.

Victoria tenía la cara bañada en lágrimas, se las limpió con el reverso de la mano y salió disparada hacia la puerta.

Mendoza la sostuvo del brazo para calmarla y la obligó a girarse para hablar con ella.

—No tan rápido, señorita Reyes. Habitación 807. Si quiere puedo acompañarla —dijo mientras le guiñaba un ojo.

—No capitán. No se preocupe —expresó con la voz quebrada por

la emoción—. Prefiero ir sola.

Cuando la detective acarició la puerta con la mano, su corazón parecía salirse del pecho. Escuchó unas voces que provenían del interior de la estancia y empujó la hoja de madera sin avisar. Marcos estaba sentado sobre la cama con un cabestrillo en el brazo y una apretada venda envolviéndole el hombro. Tenía una cortada en el pómulo, sellada con varios puntos, y el labio superior hinchado, pero en lo primero que se fijó ella, fue en su sonrisa. La habitación estaba ocupada por varios compañeros del departamento, que al verla, saludaron con entusiasmo. Luego se retiraron para darles algo de intimidad a los protagonistas de la hazaña. Victoria se aproximó despacio a él, mientras Marcos la observaba con atención para no perderse ningún detalle.

—Señorita Reyes, nunca la había visto tan guapa y resplandeciente como hoy —dijo con tono divertido.

—Señor Yanes, lo veo a usted mucho mejor que yo. Espero que le hayan rematado bien esos puntos del labio, porque puede que se le escape alguno después de hacer realidad mi sueño.

Y eso fue lo que ocurrió, que dos almas se fundieron en una fría mañana de invierno. Un beso tierno confirmaba lo que sentía el uno por el otro. Victoria retiró los labios de la calidez más adictiva, para decir sus últimas palabras:

—Te respondo a la nota de las flores. Sí, confío en ti. Nunca antes había estado tan segura como ahora.

GLOSARIO

**(1) Maravedí:** El maravedí fue una antigua moneda española utilizada entre los siglos XII y XIV.

**(2) Real:** El real español constituye dos unidades monetarias distintas de monedas de plata. El primer real español data del siglo XIV y fue acuñado por la Corona de Castilla. El real de plata fijó su valor en 31 maravedíes. Durante el reinado de Felipe II, entre los años 1556 y 1598, se acuñaron escudos con un peso de 3,4 gramos de oro, cada uno de ellos equivalente a 544 maravedíes. Los múltiplos eran las monedas de 2 reales, 4 reales y la conocida y famosa pieza de 8 reales.

**(3) Ducado:** El ducado castellano fue una moneda de oro creada por los Reyes Católicos, con un valor de 375 maravedís (11 reales castellanos). En época de Carlos V, el escudo o corona será la moneda que represente el patrón oro, y el ducado quedará relegado a moneda de cuenta.

**(4) Escudo:** es el nombre genérico dado en la edad moderna a las monedas de oro y plata que tenían en una de sus caras un escudo. Pero no es hasta el reinado de Felipe II cuando el escudo de oro se convierte en la principal unidad monetaria de todo el territorio español, estando subdividido a su vez en reales y maravedíes. La pieza de 2 escudos era conocida por el nombre de doblón.

**(5) Frezada:** Palabra antigua que se refiere a manta o prenda que sirve para abrigarse en la cama.

**(6) Prelada:** Superior de un convento o comunidad religiosa.

**(7) Argamasa:** Es un tipo de mortero empleado como material de construcción en albañilería, compuesto por una mezcla de cal, arena y agua. Antiguamente fue muy empleada como mortero para unir piedras o ladrillos en la construcción de murallas y casas. Se trata de un material sencillo, muy barato, perdurable y de fácil adaptación a construcciones.

**(8) Toba:** Piedra caliza muy porosa y ligera que se forma por precipitación de cal disuelta en agua o por acumulación de cenizas u otros elementos volcánicos muy pequeños.

**(9) Mampostería:** Sistema tradicional de construcción que consiste en erigir muros de piedras mediante la colocación manual de los elementos o los materiales que los componen que pueden caracterizarse por estar sin labrar, o con una labra muy tosca uniendo todo ello con argamasa.

**(10) Osario:** El término suele aludir específicamente al lugar o el recipiente que, en un cementerio o en una iglesia, alberga los huesos que se extraen de una sepultura. El osario, en este sentido, es un espacio que sirve para guardar piezas óseas.

**(11) Zaguán:** Sala o pieza de una casa inmediata a la puerta principal de entrada.

**(12) Familia Guigou:**

La familia que da nombre a esta casa es de origen francés y se afincó en Canarias a principios del siglo XIX. Carlos Esteban Guigou y Poujol, fijó su residencia en Santa Cruz de Tenerife, cuando se hallaba de paso para Brasil. Fue fundador de la Sociedad Filarmónica en el año 1827 y su nieto, el benemérito doctor Diego Guigou y Costa, lo fue a su vez del Hospitalito de Niños de Santa Cruz de Tenerife en 1901.

La casa Guigou fue construida entre finales del siglo XVII y principios del XVIII y adquirida por la Diócesis a la familia en 1941. Se destinó a escuela de artes y oficios con el nombre de “San Alberto Magno”, uno de los doctores de la Iglesia. Posteriormente, fue ocupada por los movimientos de Acción Católica, quedando abandonada y en estado ruinoso en los años setenta. Ya con la entrada del siglo XXI fue sacada del ostracismo cuando el obispo de Tenerife, monseñor Felipe Fernández, la inauguró como nueva sede del Archivo Histórico Diocesano, el 15 de noviembre de 2004, festividad de San Alberto Magno.

Como la gran mayoría de las casas señoriales urbanas denominadas “altas”, ha sido construida en dos plantas y cuenta con un amplio zaguán que lleva al patio principal, desde el que arranca, a la izquierda, una escalera de dos tramos con rellano.

En la planta baja, aparte del zaguán, estaban las caballerizas, la bodega y una huerta al fondo de la misma. Mientras que en la

segunda, se ubicaron la gran sala, la cocina, los dormitorios y los demás servicios, comunicados a través de un corredor orientado hacia el patio central. El edificio cuenta además con un tercer nivel que estaba destinado a granero.

**Por Carlos Hernández Bento** (Publicado en *El Día / La Prensa* el 3 de noviembre de 2004)

**(13) Rasqueta:** Herramienta formada por una plancha de hierro más o menos triangular y un mango de madera que sirve para rascar superficies. En arqueología, la rasqueta se utiliza para el rascado de la tierra y para limpiar las capas más superficiales.

**(14) Tafetán:** El tafetán es un tejido fino tupido, formado por el cruzamiento de hilos, lo que le aporta una apariencia granulada. Normalmente está hecho de seda o rayón, aunque también se puede hacer con varias materias (lana, algodón e incluso poliéster). Características: Es un tejido suave pero ligeramente tieso, siendo algo crujiente al tacto.

**(15) Patena:** Plato pequeño de oro u otro metal en el que se coloca la hostia durante la misa.

**(16) Vinajera:** Jarro pequeño con el que, junto a otro, se sirven en el cáliz el vino y el agua del sacrificio que representa la misa católica.

**(17) Sagrario:** En las iglesias católicas, lugar, generalmente sobre el altar mayor, donde se guarda el copón con las hostias consagradas.

**(18) Cáliz:** Recipiente, generalmente en forma de copa o de vaso, que el sacerdote católico utiliza para consagrar el vino en la misa.

**(19) Copón:** Copa grande de metal utilizada en el culto católico, que contiene las hostias consagradas para la comunión de los fieles.

**(20) Báculo:** El báculo es un ornamento eclesiástico en forma de bastón que se le confiere al obispo, abades o abadesas. En su forma completa, este tipo de bastón episcopal está estructurado mediante fuste y voluta.

**(21) Voluta:** Adorno con forma de caracol o espiral que remata la parte superior del báculo.

**(22) Fuste:** Palo largo y delgado. El fuste de un báculo es la parte

en forma de palo.

**(23) Vitela:** La vitela es un tipo de pergamino de superficie particularmente pulida, caracterizado por combinar delgadez y durabilidad, y fabricado a partir de la piel de becerros nacidos muertos o recién nacidos. Desde hace siglos las vitelas, muy apreciadas como un bien material de gran valor, son destinadas a ser el soporte de manuscritos ilustrados, ilustraciones de precisión en el ámbito de la historia natural (ilustraciones botánicas, zoológicas o mineralógicas), o también para constituir las páginas de libros y códices.

**(24) Paleógrafo:** Persona especialista en leer inscripciones y escritos antiguos para determinar su origen, estudiar su evolución, así como datar, localizar y clasificar los diferentes testimonios gráficos de estudio.

**(25) Piqueta:** Se llama piqueta a una especie de azadón o pico pequeño cuyo hierro se caracteriza por terminar por un extremo en pico y en el otro en forma de pala cortante.

**(26) Punzón:** Un punzón es una herramienta de acero de alta dureza, de forma cilíndrica o prismática, con un extremo o boca con una punta aguda.

**(27) Mosquete:** Es un arma de fuego de infantería que se empleó desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. Surgió como evolución del arcabuz y su cañón mide hasta metro y medio. Era grande y pesado y se necesitaba una horquilla para apoyarlo si se quería apuntar de manera correcta.

**(28) Arcabuz:** El arcabuz es una antigua arma de fuego, antecesor del mosquete. Su uso estuvo extendido en la infantería europea de los siglos XV al XVII. El arcabuz era un arma ligera, algo más manejable que el mosquete, lo que permitía a sus usuarios operar mejor. En versiones medias de arcabuces, el cañón podría rondar los 80 cm y pesar unos 4 kg.

**(29) Taco:** Objeto de plástico, fieltro u otro material, que se encarga de separar los proyectiles de la pólvora. Muchas armas antiguas de antecarga, requerían el uso de un taco de gran tamaño para separar la munición de la pólvora y comprimir esta última.

**(30) Baqueta:** Es la varilla de acero anexa al arma de fuego, principalmente en las que el proyectil se carga por la boca del cañón.

**(31) Cuartillo:** Antigua medida de capacidad para líquidos que equivalía a 0,504 litros, también es una antigua medida de capacidad para áridos (granos y legumbres) que equivalía 1,156 litros.

**(32) Onza:** La onza (oz) es una unidad de masa usada desde la Antigua Roma para pesar con mayor precisión las mercancías y otros artículos, especialmente si su peso era menor que una libra romana. La onza todavía se usa corrientemente en los países anglosajones, y antiguamente su uso era más extendido en toda Europa.

**(33) Jabón ceniza:** El jabón de ceniza brinda los mismos beneficios que los jabones de hoy en día, rompiendo los enlaces químicos de la suciedad, sirviendo al aseo personal y el lavado de ropa. El jabón de ceniza tenía generalmente una consistencia más suave que el jabón actual y solía ser de color marrón.

**(Texto de Portalfruticola.**

https://www.portalfruticola.com/noticias/2016/07/30/como-elaborar-jabon-negro-jabon-de-cenizas-y-jabon-de-potasa-contra-plagas-y-enfermedades/

**)**

**(34) Estopa:** Parte basta o gruesa del lino o del cáñamo que se emplea en la fabricación de cuerdas y tejidos.

**(35) Alcorques:** Calzado de suela gruesa de corcho o madera que carecía de punta y talón.

**(36) Vianda:** Cualquier clase de comida preparada para alimento humano.

**(37) Badajo:** Pieza metálica, generalmente en forma de pera, que pende en el interior de las campanas, y con la cual se las golpea para hacerlas sonar.

**(38) Refectorio:** Se llama refectorio a la sala destinada a comedor de los monjes en los monasterios y conventos. Tiene, generalmente, forma rectangular, y se halla situado en la galería opuesta a la iglesia.

**(39) Aldaba:** Pieza de metal, especialmente de hierro o de bronce, que se sujeta en la parte exterior de la puerta por una base

articulada y con la que se golpea para llamar.

**(40) Arroba:** Unidad de medida de peso que indica la cuarta parte del quintal (46 kg.), por ello pesaba sobre 11,5 kg. y, tenía una equivalencia de 25 libras castellanas.

**(41) Vega:** Una vega, *llanura aluvial*, *llanura de inundación* o *valle de inundación*; terreno bajo y llano que puede ser inundado ante una eventual crecida de las aguas de una corriente fluvial cercana.

**(42) La Laguna de Aguere**: es el nombre que recibía un lago situado junto al casco antiguo de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna en la isla de Tenerife y que dio nombre a la localidad. Históricamente recibió el nombre de La Laguna desde la llegada de los conquistadores castellanos en el siglo xv, siendo conocida anteriormente por los guanches, primeros pobladores de la isla, como *Aguere*.

**(43) Villa de arriba:** En 1497 se establecen los primeros vecinos en la ciudad lagunera, formando el núcleo poblacional cerca de la Iglesia de La Concepción. A esa zona se le da el nombre de la "Villa de Arriba" en la cual se desarrolla un trazado irregular de las calles, derivado de un asentamiento desordenado y sin división clara de las tierras, donde residían los artesanos, los campesinos, carniceros, y demás trabajadores de oficio.

**(44) Villa de abajo:** En 1500 el primer Adelantado, Alonso Fernández de Lugo, regresa a la isla y realiza la fundación definitiva de la ciudad entorno a la plaza Mayor, actualmente Plaza del Adelantado, que se convierte en el centro neurálgico de la ciudad, llamándose así "La Villa de Abajo" el nuevo trazado está inspirado en los modelos renacentistas. Se establece un plan urbanístico según dicta el Cabildo, acogiendo una diversidad de pobladores provenientes de Europa: genoveses, castellanos, portugueses, franceses, flamencos, etc.

El eje central de la ciudad es la calle La Carrera, actual calle Obispo Rey Redondo, que une La Villa de Arriba con La Villa de abajo.

**(45) Mocán:** Es una especie de árbol perenne originario de la Macaronesia. Mide entre 4 y 8 metros, pudiendo alcanzar excepcionalmente hasta 15 metros de altura. En Canarias forma una asociación vegetal propia denominada monteverde seco. Se trata de un bosque denso de talla media, localizado en las cotas por debajo del área de influencia de las nubes de los vientos alisios.

**(46) Datas:** Documento público mediante el cual el gobernador o,

en su caso, el señor, a raíz de la conquista de una isla, concede tierras u otros bienes a conquistadores y vecinos.

**(47) Fanega**: Medida de capacidad para el grano, las legumbres y otros frutos, de valor variable según las regiones. La fanega mide volumen pero también extensión, por lo tanto, también es una medida agraria de superficie. Así, una fanega de terreno serían unos 6560 metros cuadrados, aunque el valor varía también, según la región.

**(48) Suerte:** Parte de tierra de labor, separada de otra u otras por sus lindes. Referido especialmente al que se recibe en herencia. Tb. «~ de agua» por lo que solía especificarse también «~ de tierra».

**(49) Aparcería:** Contrato en virtud del cual el propietario de un terreno agrícola o de una instalación ganadera cede su explotación a otra persona a cambio del pago de una cantidad de dinero, de una parte de los beneficios o frutos, o de otra forma de compensación.

**(50) Desburgar:** Mondar *las cañas de azúcar*, quitándoles el cogollo y las hojas. Mondar significa: quitar la piel, la cáscara o la vaina a una hortaliza o fruta.

**(51) Jubón:** El jubón es una prenda rígida que cubría desde los hombros hasta la cintura y que estuvo en boga en España en los siglos XV al XVII. Era usado en la Edad Media para ambos sexos, se adoptó, a finales del siglo XVI, para uso cortesano, en todas las cortes europeas. Se trataba de una prenda interior que se llevaba sobre la camisa.

**(52) Gregüescos:** Los gregüescos o greguescos son un tipo de calzas o calzón masculino, corto y abombachado. De supuesto origen militar, se puso de moda en España en el transcurso del siglo XVI al XVII, adoptando luego diversas formas y medidas en la Europa occidental y las cortes españolas de Ultramar.

**(53) Chapines:** Chapín o chapines es un calzado de uso femenino de origen español usado a partir del siglo XV, y por lo general, junto con otro tipo de zapato más resistente. Es un tipo de chancla con suela alta de corcho y fino forro de cuero.

El chapín quedaba sujeto al empeine con dos orejas de cuero o tela atadas con algún sistema de cordón. Había modelos de punta cerrada y otros en los que del talón salía una tira a cada lado de la suela, pasaba por el empeine y se ataba en una oreja. Se considera de origen castellano o levantino y asociado a las mujeres mozárabes, siendo a partir del siglo XV adoptado por las clases privilegiadas de la

corte española.

**(54) Vitrales:** Una cristalera, vitral o vidriera policromada es una composición elaborada con vidrios de colores, pintados o recubiertos con esmaltes, que se ensamblan mediante varillas de plomo. El origen de los vitrales es muy antiguo: en los tiempos del Imperio Romano, ya se empleaban en los edificios religiosos. A partir del siglo XIII, con el apogeo de la arquitectura gótica, el uso de vitrales se masificó para la representación de escenas históricas o pertenecientes al terreno de la religión.

**(55) Artesonado**: Es el techo, armadura o bóveda con artesones (de madera, piedra u otros materiales). Artesón es el elemento constructivo cóncavo, poligonal y con adornos, que dispuesto en serie constituye el artesonado que cubrían las vigas de los techos. Proviene de la palabra *artesa*. Generalmente este nombre se refiere a toda techumbre con decoración de madera, que resuelve los problemas estructurales de los edificios. Se usan en la arquitectura mudéjar y andalusí.

**(56) Presbiterio:** Es el espacio que en un templo o catedral católicos, precede al altar mayor. Estaba, hasta el Concilio Vaticano II, reservado al clero y puede quedar separado de la nave central por gradas, escalinatas o una barandilla llamada comulgatorio. Suele ser el lugar destinado al coro, aunque no necesariamente. Así, con la llegada del cristianismo, se designó como el espacio reservado para los miembros más ancianos del clero el "presbiterio".

**(57) Ajuar:** El ajuar es el conjunto de bienes (mobiliario, ropa, etc.) que conforman un hogar. Tradicionalmente, era la familia de la esposa la que aportaba el ajuar al matrimonio, siendo responsabilidad de la madre ir preparando el ajuar de sus hijas antes de su boda y de acuerdo con su posición económica. Era preceptivo que la confección y especialmente el bordado de determinadas prendas (manteles, sábanas...) fuesen obra de la novia.

Algunos conventos de monjas participaron de la mentalidad y de las costumbres de la sociedad que les rodeaba, y se nutrieron de las jóvenes novicias que abrazaban la vida religiosa, quienes ingresaban con las ideas y costumbres de aquellos tiempos. La entrada al convento requería del pago de la dote para solventar los gastos comunes de la orden, así como del «ajuar», que consistía en el conjunto de muebles, enseres y ropas, que iban a necesitar en el monasterio. En algunos casos, las jóvenes compraban su celda, donde podían vivir independientes del dormitorio común.

**(Toño Morala 08/04/2019 Ajuares diversos: para mujeres, niños, monjas...** https://www.lanuevacronica.com/ajuares-diversos-para-mujeres-ninos-monjas**)**

**(58) Breviario:** es un libro de la liturgia religiosa católica que recoge el conjunto abreviado de las obligaciones públicas religiosas del clero a lo largo del año, más allá de la misa.

**(59) Toca:** Prenda de lienzo que, ceñida al rostro, usan las monjas para cubrir la cabeza, y que llevaban antes las viudas y algunas veces las mujeres casadas.

**(60) Cíngulo:** Se llama cíngulo a un cordón, con una borla en cada extremo, usado por los obispos, presbíteros, diáconos y demás ministros en la misa. Simboliza la castidad que los sacerdotes deben conservar, y también recuerda el látigo con que flagelaron a Jesús.

**(61) Calzas:** Prenda de vestir que, según los tiempos, cubría ciñendo el muslo y la pierna. Para los siglos XII y XIII las calzas masculinas cubrían el pie, la pierna y medio muslo, a modo de media femenina usual en el siglo XX, independientes entre sí las de una y otra pierna y muy ceñidas. Más tarde hará su presencia el modelo de calza en el que ambas perneras estaban unidas, como pantalones con pie y ceñidos a las piernas al estilo de las actuales. Se usaban tanto por hombres como por mujeres. En el siglo XVI se dividió en dos tipos, la que cubría el abdomen y parte de los muslos (que continuó con el nombre de calzas o el aumentativo, calzones) y el resto tomó el de calzetas o medias calzas y abreviadamente medias. Los colores: escarlata (propias de reyes y nobles), negras y oscuras (clero), verdes, rojas y amarillas (las más corrientes).

**(Vocabulario del Comercio Medieval. Legado Gual Camarena.**

https://www.um.es/lexico-comercio-medieval/index.php/v/lexico/14841/calzas

**)**

**(62) Justillo:** Prenda parecida al corsé, aunque no rígida, que se ataba con cordones por delante en lugar de por detrás y sujetaba el pecho. Era una especie de blusa escotada sin mangas, que llegaba casi hasta la cintura y se llevaba ceñida. Su apariencia era parecida a la de un chaleco, pero con cordones, aunque también podía llevar botones

o, ya más modernamente, corchetes.

**(Diccionario Dialectal Peralêo.**

https://raicesdeperaleda.com/diccionario/justillo/p-4207

**)**

**(63) Cilicio:** Un cilicio es una faja de cerdas o cinturón metálico con cadenillas dotado de puntas que se ata firmemente al muslo o la axila; las heridas provocadas por el cilicio no dan lugar a sangrado pero dejan marcas visibles. Es utilizada para provocar deliberadamente dolor o incomodidad a quien lo viste. Su uso estuvo extendido durante mucho tiempo en las diversas comunidades cristianas como medio de mortificación corporal, buscando así combatir las tentaciones y, sobre todo, la identificación con Jesucristo en los padecimientos que sufrió en la Pasión. Tradicionalmente, el cilicio era una camisa o túnica hecha de tela áspera o de pelo de animal. Su nombre deriva del latín *cilicium*, una capa hecha de pelo de cabra de Cilicia, una provincia romana del sureste de Asia Menor; podía emplearse también como faja alrededor de la cintura o el vientre.

**(64) Escapulario:** Por escapulario se puede entender dos piezas asociadas a la Iglesia católica: una pieza de devoción, o la vestimenta monacal. El escapulario devocional se deriva del escapulario monarca, pero es mucho más pequeño: son dos piezas de género unidas por dos largas bandas o cordones.

El escapulario monacal es una pieza de tela parte del hábito de algunas congregaciones religiosas católicas, masculinas y femeninas. Consiste en una tira con una abertura por donde se mete la cabeza y que cuelga sobre el pecho y la espalda, pendiente de los hombros. Es parte del traje de faena usado por los monjes benedictinos entre otros y es símbolo del yugo de Cristo.

**(Diccionario Educalingo.**

https://educalingo.com/es/dic-es/escapulario

**)**

**(65) Borras:** Parte más basta o tosca de la lana y, por lo tanto, de menor valor.

**(66) Celdas:** aposento de los conventos y monasterios.

**(67) Parterre:** Jardín o parte de él con césped, flores y anchos paseos. Los parterres no precisan tener flores, ya que pueden estar formados exclusivamente por plantas y arbustos perennes.

**(68) Plaza de la Pila Seca:** En 1500, en el centro de la plaza de La Concepción descansaba una pequeña fuente que fue sepultada por la crecida del lago de la ciudad. La inundación y la invasión de barro podría ser la causa por las que el Cabildo prohibió la construcción de viviendas en esa zona, por lo que el Adelantado decidió diseñar el nuevo trazado de las calles en La Villa de Abajo. Se dice que no había sido una fuente muy bondadosa con los vecinos. Fue reconstruida por el segundo adelantado, Pedro Fernández de Lugo en 1530. Según los historiadores, en un principio llegó a dar agua, quedando seca posteriormente. Algunos afirman que el desnivel que existía hacia las zonas que le correspondía a la Villa de Arriba, hacía imposible que fluyese el agua hasta la fuente, y que en realidad nunca hizo su función de abastecer a la población de la zona. Esto llegó a crear un conflicto entre ambas Villas. Para conseguir este valioso recurso básico aparecieron los aguadores, personas que se desplazaban hasta La Villa de Abajo en busca del preciado líquido. Hay testimonios escritos que afirman que muchos de los esclavos portaban cántaros de agua desde La Plaza Mayor, plaza del Adelantado, hasta La Villa de Arriba. Situación que despertó el malestar de los vecinos que de La Villa de Abajo que disfrutaban del abastecimiento de agua.

**(La ruta de los manantiales que crearon La Laguna, por Roberto Lomba.**

https://www.eldia.es/la-laguna/2021/05/09/ruta-manantiales-crearon-laguna-51494700.html

**)**

**(69) Frazada:** Manta de cama gruesa y peluda que proporciona mucho calor.

**(70) Alféizar:** La palabra alfeizar se refiere a un borde que sobresale de la pared debajo de una ventana, tanto por la parte de adentro como por la de afuera, dejando al descubierto el grueso del

muro.

**(71) Pila bautismal vidriada:** Realizada en barro de color verde vidriado. Se encuentra en la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción. Esta pila procede de Sevilla de finales del siglo XV y fue testigo de la cristianización del pueblo aborigen después de la conquista de las islas. Es la más antigua de toda la iglesia, y probablemente de toda la isla. Estuvo en servicio hasta 1760, a pesar de haberse quebrado parcialmente desde la segunda mitad del siglo XVI.

**(72) Campanas de clamor:** Toque a los muertos o difuntos. Campanadas utilizadas en los entierros comunes, impulsada por toques lentos a cuerda de dos campanas. Por lo general la señal se suele dar a primera hora del día, al salir el sol, y es la forma de anunciar a todo el pueblo que algún vecino había fallecido.

**Plano de Leonardo Torriani.**

Recorrido de la huída de Teresa bajo el subterráneo desde el convento de Las Clarisas (punto R marcado por puntos) hasta la iglesia de La Concepción (punto B marcado por una línea), donde se aprecia el lugar donde estuvo la pila seca (punto T).



## NOTA DE INTERÉS

Haciendo referencia a la documentación histórica, la novela pretende reflejar la esencia de la ciudad de La Laguna a finales del siglo XVI, empezando por el inestable empedrado de sus calles, cuando las fuertes lluvias y el paso de las carretas hacían verdaderos estragos en los caminos que comunicaban la capital con otros municipios. La conservación de esos lugares de tránsito fue una inversión cuantiosa que las autoridades tuvieron que asumir durante siglos. También el frío y la humedad se acentuaban más que ahora, destacando además los marcados estratos sociales y la poderosa influencia que ejercía el estamento eclesiástico. Se ha trasladado a los personajes hasta 1580, donde la pobreza de los mendigos contrastaba con la opulencia de la nobleza.

Leyenda y ficción van de la mano cuando se narra el trágico desenlace entre las parejas de amantes. Oficialmente no se ha descubierto ningún emparedamiento bajo la calle San Agustín, como tampoco existe ningún Salvador de Hoyos bajo la Catedral de los Remedios; sin embargo, la trama está ambientada en un entorno real. Dos siglos muy diferentes que confraternizan a lo largo de la novela y que destacan varios hechos históricos; como la vida de Olaya Fonte del Castillo y su prolífera descendencia. Actualmente sus restos descansan en el convento de las Clarisas, pero la autora se atrevió a traspasar los rígidos límites de la historia para descender al mundo de lo desconocido: una combinación entre su imaginación y los recursos de algunos arqueólogos que trasladan al lector hasta la cripta de esa familia, describiendo de forma intuitiva cómo podrían estar dispuestos los restos óseos, fundamentándose en la analogía que solía haber entre los ataúdes y su colocación en aquella época.

Según algunos investigadores, bajo las calles de La Laguna discurren estrechos subterráneos que comunican iglesias, ermitas, palacios, conventos y barrancos. Casualmente, la novela menciona a dos de ellos: el que va hacia el Palacio de Nava, y el de la calle las Candilas, pero no se tiene constancia de que haya ningún túnel bajo la calle San Agustín.

Cabe destacar, que hay dos hechos históricos alterados por conveniencia literaria: las víctimas de la peste bubónica, que asoló el municipio lagunero en 1582, no están en ningún osario bajo la capilla mayor del convento de las Clarisas. En realidad fueron enterradas en zanjas profundas, en el llano de los Molinos. Las autoridades ordenaron el enterramiento de los cadáveres en zonas aledañas a las iglesias por la falta de espacio y para evitar el contagio. Muchos de estos enterramientos se realizaron en un solar donde posteriormente se construyó la parroquia de San Juan Bautista, entonces situada a las afueras de la urbe. La otra peculiaridad que enmascaró la autora, fue la fecha en la que aparecieron los primeros libros de entierro. Los registros de bautismo y de matrimonio eran obligatorios desde el Concilio de Trento en 1563, y el de defunciones lo sería desde 1614, aunque ya existían con anterioridad a esas fechas. Es por ello que no se puede afirmar ni desmentir que haya libros de enterramiento ante de esa fecha.

# AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que se han cruzado en mi vida, porque sin saberlo, han contribuido al crecimiento de una mente inquieta y llena de curiosidad. Agradezco esta novela a mi familia, a mi madre, porque me enternece ver ese brillo en sus ojos cada vez que habla de mis proyectos, a Thony Mochilla por su apoyo incondicional, a Esther Mendoza, porque su ojo crítico ha sido de gran ayuda a la hora de pincelar algunos capítulos, a Luis Vizcaya por su entusiasmo y su actitud desinteresada para motivarme, a Rubens Reyes por dejarse embaucar hacia el extraordinario mundo de la lectura, aun sabiendo que sus críticas serán punzantes, debo reconocer que es una característica que forma parte de la genética familiar, a Daniel García Pulido, una persona comprometida, apasionada y cercana, que ha enriquecido mis conocimientos con anotaciones y comentarios históricos. Gracias por empaparte la novela en un tiempo récord. Quiero agradecer también a Isaías Valle su aportación a este sueño que hoy es una realidad, sin él no tendría una portada que me enamoró desde el primer momento, a Alfredo López, por hace un repaso de los capítulos clave, a María Dolores Arias, que con esa voz calmada y positiva comentó sus primeras impresiones al corregir y pulir el texto. Y por último, agradezco el interés de todas las personas que en el transcurso de estos dos años han estado pendientes de la evolución de esta historia.

## BIOGRAFÍA

Bibiana Reyes Cruz, escritora tinerfeña nacida en marzo de 1977. Una mujer dinámica y creativa que descubrió la pasión por la escritura a los veinticuatro años de edad.

Fue finalista del concurso literario ArtGerust de microrrelatos erótico-romántica en julio de 2016 con “Lluvia de seda”.

Su primera obra fue escrita en el 2002, “El Gusanito Lupy”. Un cuento infantil que nos enseña a convivir sanamente con el entorno natural.

Su primer libro publicado, ***Si duele, no es amor,*** fue presentado el 4 de octubre de 2014. Es el salvavidas para los corazones rotos de este siglo XXI. Se puede considerar como un manual de primeros auxilios para cualquier situación controvertida en la vida. ¿Quién no ha sufrido por amor o conoce a alguien que lo esté padeciendo?

En noviembre del 2016 publicó su segundo libro, ***Natalie, dos vidas y una historia,*** esta vez sorprende de nuevo con un género distinto. Se adentra en una historia romántica llena pasión y suspense, donde la trama es un interrogante que mantiene vivo el interés hasta la última página.

En diciembre de 2018, por fin saca a la luz su cuento infantil. Aprovechando la gran repercusión que está ocasionando el cambio climático. ***El Gusanito Lupy: contra la contaminación*** pretende comenzar desde los cimientos del ser humano; la infancia. “No hay herramienta más poderosa que la educación para concienciar a la sociedad, ni mejores alumnos que los niños” –dijo la autora.

Su última novela hasta ahora se titula ***La tumba del asesino,*** no es difícil adivinar el nuevo género. Esta vez el suspense envuelve el escenario. Es una historia que crea controversia entre lo que impone la justicia y lo que es verdaderamente justo. Comienza con cinco asesinatos ocurridos en un laboratorio. Entre las víctimas se encuentra la hermana del protagonista, un agente de la CIA que se infiltra en la policía para investigar el caso. Todo son pistas infructuosas y cambios

de escenarios que van llevando al lector de un lugar a otro mientras los agentes intentan unir las piezas del puzle. La clave se encuentra en unos tatuajes bajo el cabello de los cadáveres.

[*]

Actual calle de San Agustín.

[†]

Actual calle Herradores.

[‡]

C/La Carrera y actual Obispo Rey Redondo.

[§]

Actual calle Viana.